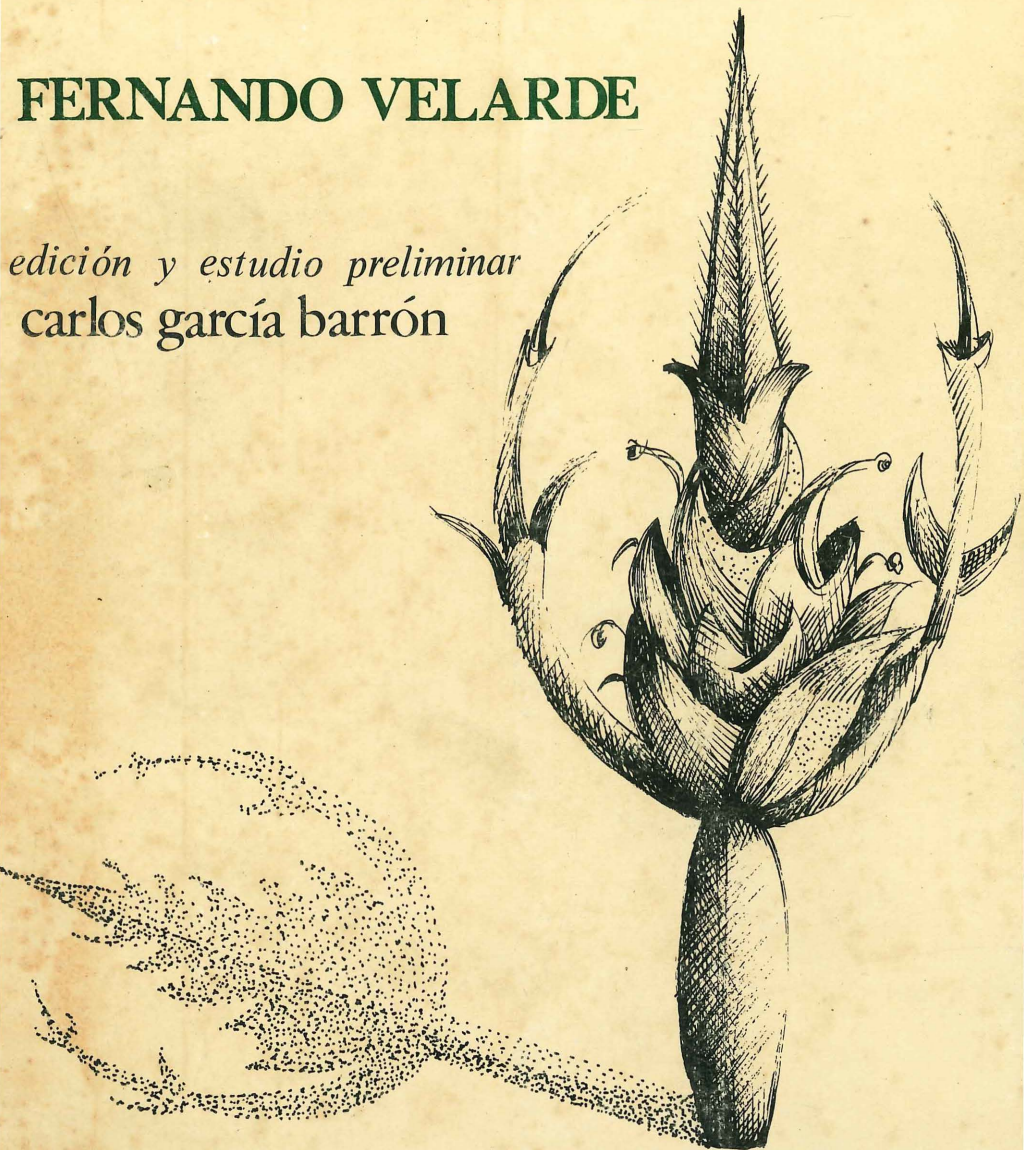


LAS FLORES DEL DESIERTO

FERNANDO VELARDE

edición y estudio preliminar
carlos garcía barrón



Pontificia Universidad Católica del Perú

FONDO EDITORIAL 1982

Publicaciones recientes:

DEL BUSTO, José Antonio
La Hueste Perulera

DEL BUSTO, José Antonio
Tupac Amaru. Antes de su rebelión

FIGUEROA, Adolfo
La Economía campesina de la sierra
del Perú

FISHER, John
Poder y sociedad en el Perú Colo-
nial. El Régimen de las Intendencias

GARCIA BELAUNDE, Domingo
Conocimiento y Derecho

MAC GREGOR, Felipe R.P.
Sociedad, Ley y Universidad Perua-
na

MARZAL, Manuel
Estudios sobre religión campesina

MARZAL, Manuel
Historia de la Antropología Indige-
nista: México y Perú

OSTERLING, Jorge
De Campesinos a Profesionales

TRAZEGNIES, Fernando
Ciriaco de Urtecho. Litirante por
amor

SOLDI, Ana María
La Agricultura Tradicional en Ho-
yas

WAGNER DE REYNA, Alberto
Pobreza y Cultura. Crisis y Concier-
to

ZOLEZZI, Lorenzo
La Profesión de abogado en Lima.

FERNANDO VELARDE
LAS FLORES DEL DESIERTO

FERNANDO VELARDE
LAS FLORES DEL DESIERTO

Edición y estudio preliminar
CARLOS GARCIA BARRON



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
Fondo Editorial, 1982

CONTENIDO

I INTRODUCCION

1. Nota Expositiva	11
2. Esbozo biográfico de Fernando Velarde	13
3. Comentario a <i>Las Flores del Desierto</i>	17
4. La reacción limeña	29
5. Influencias literarias en <i>Las Flores del Desierto</i>	35
6. Velarde y el romanticismo peruano	41
7. Bibliografía.	45

II EDICION

1. Prólogo	49
2. <i>Las Flores del Desierto</i>	81

I INTRODUCCION

NOTA EXPOSITIVA

Uno de los frutos más perdurables de mis dos años de estancia en Perú (1974-1976) fue el de tomar contacto directo con la cultura y la literatura de ese fascinante país descubriendo de esta manera nuevos horizontes que hasta hoy continúo explorando con la curiosidad e interés del nuevo peruanista que me considero ser. Como mi especialidad profesional es el siglo XIX español, resultó natural que una vez en Lima dirigiera mis pesquisas hacia esa centuria desenterrando así al protagonista de este manuscrito, don Fernando Velarde. La amistad del patriarca de las letras peruanas, Dr. Luis Alberto Sánchez, me permitió orientarme rápidamente sobre Velarde, mas pronto concluí que intentar estudiar la totalidad de su vida y obra resultaría empresa sumamente ambiciosa. Como veremos en breve, este inquieto santanderino vivió y viajó a lo largo y ancho del continente americano dispersando sus obras por muchos países. Decidí, pues, centrarme en sus años de residencia en Lima y, en especial, me pareció de singular importancia analizar su famoso libro de poesías, *Las Flores del Desierto* cuya publicación en Lima en 1848 causó profunda sensación en los círculos literarios de esa ciudad. Tampoco fue esto fácil, ya que no me fue posible localizar dicho libro ni en Perú ni en España. Vino al rescate otro buen amigo, el Dr. Félix Denegri Luna, el cual después de advertirme que sabía de un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, logró que se hiciera un microfilm del mismo, que es el que he manejado y presento ahora debidamente transcrito.

De vuelta a los Estados Unidos y reincorporado a mi cátedra en la Universidad de California, en Santa Bárbara, me puse en contacto con el Director de la Biblioteca Menéndez Pelayo, don Ignacio Aguilera, el cual se interesó por mi trabajo y me remitió útiles datos bibliográficos sobre Velarde que recojo y cito más adelante.

Todas estas peripecias llegan hoy a feliz término. Mi propósito no es otro sino el de arrojar un poco más de luz acerca de Fernando Velarde y su papel en el romanticismo peruano. Queda por hacer el estudio exhaustivo de su vida y obra. Me es grato dedicar estas páginas a la provincia de Santander, cuna de tantos ilustres escritores y región a la que me unen vínculos de afecto.

Quisiera agradecer públicamente el apoyo y ayuda que me han prestado en esta empresa mis buenos amigos ya citados, Luis Alberto Sánchez y Félix Denegri Luna, así como la Dra. Graciela Sánchez Cerro, Directora de la Sección de Investigación de la Biblioteca Nacional de Lima. Este trabajo, junto con otros, fue realizado en los infrecuentes momentos de descanso que me permitía mi puesto de Agregado Cultural de los Estados Uni-

dos de América en el Perú y tiene por ello una significación especial para mí. Expreso igualmente mi gratitud a la administración de la Universidad de California en Santa Bárbara y a mis colegas por haberme concedido la excedencia de mi cátedra durante esos dos años. Espero no haberles defraudado.

ESBOZO BIOGRAFICO DE FERNANDO VELARDE

La vida de Fernando Velarde ha sido trazada por varios estudiosos santanderinos entre los que figuran José Antonio del Río Sáinz; Antonio de Trueba; el propio Marcelino Menéndez Pelayo y Leopoldo Rodríguez Alcalde. A ellos habría que agregar los comentarios de dos insignes peruanos: Ricardo Palma, que le conoció bien y, posteriormente, el historiador y crítico don José de la Riva Agüero. Pese a sus esfuerzos no poseemos, a estas alturas, una biografía detallada y completa, a consecuencia, como ya se apuntó, de que nadie, incluyendo el que escribe estas líneas, ha podido aportar un estudio total de su vida y obra. Repetiremos, pues, algunos de los datos que ya conocemos.

Velarde nace en Hinojedo, cerca de Torrelavega, Santander, el 12 de diciembre de 1823. Su familia pertenecía a la hidalguía de la provincia. De su infancia poco es lo que sabemos salvo que muchos de sus hermanos murieron y que económicamente la familia experimentó serios problemas. Tímido, al parecer, y un tanto ensimismado, hace pocos amigos pero los que merecen su afecto lo conservarán hasta el fin de su vida. Prueba de ello es que dedica *Las Flores del Desierto* a uno de ellos, don Francisco González Piélago.

A los catorce años, Velarde abandona España y se dirige a Cuba donde vivía un hermano suyo, Román, periodista del famoso *Diario de la Habana*. Eventualmente se irá ambientando en la isla, logrando trabajo en uno de sus periódicos. Sin embargo, España le sigue atrayendo principalmente porque allí permanecía su gran amor, la misteriosa "J.A.T." a la que dedica muchos de sus poemas. Un rápido viaje a la Península le confirma sus temores: la joven se había casado con otro hombre. Velarde regresa al Nuevo Mundo, destrozado interiormente. Viaja por Puerto Rico, Cuba, Panamá y llega finalmente a Lima en 1846, uno de los focos culturales de aquel entonces. En la ciudad de los Reyes es pronto acogido por los jóvenes poetas románticos y reconocido como uno de los suyos. Velarde tenía veinticinco años.

En el Perú, el joven santanderino despliega una febril actividad. Dirige por dos años *El Talismán*, revista literaria que no hemos podido localizar; funda un colegio de segunda enseñanza; escribe libros de texto sobre gramática española, geografía y retórica. Colabora también en *El Comercio*, el diario más leído de Lima.

La publicación en 1848 de *Las Flores del Desierto* desencadena una gran polémica entre los partidarios y detractores de Velarde, como se señala en otras páginas de este estudio. Estos últimos no logran interrumpir su labor literaria que continúa con gran intensidad. En 1854 se casa con la hija del co-

ronel Juan Francisco Balta, matrimonio que no fue nada feliz ni duradero. En ese mismo año abandona Perú para recorrer Chile, Ecuador, Guatemala y México, dejando constancia de su periplo en poemas que luego publicará en sus **Cánticos del Nuevo Mundo**. Después de un fugaz retorno a Cuba, pasa a los EE.UU. donde publica el citado libro en que recoge los principales poemas escritos y publicados hasta entonces. Los **Cánticos del Nuevo Mundo** merece una monografía aparte pues en él aparece lo más logrado de la obra poética de Velarde después de **Las Flores del Desierto**. La crítica reseña favorablemente este libro al igual que otro que también publica, **La Poesía y la Religión del Porvenir**.

El espíritu inquieto y esencialmente descontento de Velarde le impulsaba a seguir recorriendo el mundo. En 1873 se encuentra en El Salvador donde, al igual que hiciera en Perú, funda un colegio con tal éxito que será nombrado Director de la Escuela Nacional del Estado por el Presidente de la República. Durante estos años Velarde acusa un fuerte carácter anticlerical. José de la Riva Agüero indica al respecto:

Su manía persecutoria ya no iba tanto contra sus detractores literarios y pedagógicos, cuanto contra los políticos conservadores y muy en especial contra los jesuitas por quien se creía hostilizado y calumniado. Se proclamó panteísta, creyente en la metempsicosis y se afilió al republicanismo radical y conspirador como ardiente partidario del marques de Abaida y de Roque Barcia.¹

En 1876, Velarde se encuentra en España, cansado y amargado por las vicisitudes de su agitada vida. Acababa de morir su hermana Felisa en Hinojedo; poco después arde su casa natal. Publica en Santander su libro, **La Poesía de la Montaña**, sufriendo la decepción de ver que nadie se interesa por él, hecho que acentúa la desilusión y desengaño con que había llegado a España. Melancólico y triste parte de Santander para Londres ciudad que conocía bien y era de su agrado. Allí morirá el 15 de febrero de 1881.

La fama de Velarde en América superó con creces al escaso interés que suscitó su obra en España. El propio Velarde intercala en sus libros el testimonio de personalidades como Andrés Bello, José Arnaldo Márquez y Rafael Pombo. Sin duda, le dolió mucho no haber sido reconocido en su país natal, cosa por otra parte explicable si se tiene en cuenta que vivió casi toda su vida adulta fuera de España. Al concluir la introducción a su **Antología de la obra poética de don Fernando Velarde**, Rodríguez Alcalde afirma que, "sería de desear que algún día Santander se acordara de este hijo pródigo que tanto amó a la Montaña, y fuera posible una reedición de sus obras, si no

¹ José de la Riva Agüero y Osma, **Obras completas** (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962), tomo I, pág. 138.

completas, porque algunas constituyen más bien valores negativos, al menos sin grandes limitaciones de espacio, logrando de ese modo redescubrir un poeta del romanticismo español.² Con este trabajo espero rellenar parcialmente dicha laguna.

² Antología de escritores y artistas montañeses. Don Fernando Velarde. Selección y estudio de Leopoldo Rodríguez Alcalde (Santander: Imprenta de la Librería Moderna, 1959), tomo XXXVIII, pág. xcii.

Dionisio Alcalá Galiano, el desconocido prologuista de *Las Flores del Desierto*, nace en Cádiz el 19 de marzo de 1811 hijo de D. Antonio Alcalá Galiano, político de larga trayectoria. Comparte con su padre el destierro de 1823 a 1833, primero en Londres y posteriormente en Francia donde toma contacto con el romanticismo de ambos países. A la muerte de Fernando VII, padre e hijo regresan a España. El joven Galiano se inicia en el periodismo y, gracias a sus amistades políticas, es nombrado Director de Tabacos en las Filipinas, cargo que no llegó a ejercer pues es condenado a prisión por haber falsificado una veintena de Reales Ordenes. Se fuga de España en 1839 antes de cumplir la sentencia de diez años de prisión y durante los próximos veinte años vive y viaja por Hispanoamérica. En el Nuevo Mundo procede a trabajar en el periodismo interesándose también por la literatura. Prueba de ello es su encarnizada polémica con Esteban Echeverría estudiada por Carlos García Barrón en "Nuevos datos sobre la polémica entre Esteban Echeverría y Dionisio Alcalá Galiano" y publicada en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XXXIII, No. 127-128(1968), págs. 78-105).

En 1847, Dionisio llega a Lima donde conoce a Fernando Velarde y fruto de esa amistad será el largo prólogo que le prepara a *Las Flores del Desierto*. En 1859, Dionisio regresa a España acogiéndose a un indulto concedido por Isabel II con motivo de su enlace matrimonial y en 1860 muere en Madrid. Dionisio Alcalá Galiano fue autodidacta, romántico, desterrado y trotamundos características muy parecidas a las del propio Fernando Velarde.

Ricardo Palma, *La Bohemia de mi tiempo* (Lima, 1948), pág. 56; Luis Alberto Sánchez, *La literatura peruana* (Asunción, 1951), Tomo V, pág. 104 y 146; Augusto Tamayo Vargas, *Literatura peruana* (Lima, 1954), Tomo II, pág. 162 *Ibid.*, *Apuntes para un estudio de la literatura peruana* (Lima, 1947), pág. 182.

COMENTARIO A LAS FLORES DEL DESIERTO

En *Las Flores del Desierto* Velarde manifiesta claramente su estirpe romántica. Esto se patentiza si nos fijamos en los temas que desarrolla: un amor que no llega a su culminación ni sabemos, a ciencia cierta, si es correspondido pero que le habrá de obsesionar durante buena parte de su vida: un destino que el poeta califica de “cruel”, culpable de su amargura y desdicha y que parece perseguirle incesantemente; la incomprensión de la sociedad en que vive y su sentido de superioridad vis-à-vis ésta; el dolor que experimenta al abandonar la patria sin saber cuando la volverá a ver; el deseo de libertad y ansia de eternidad.

Cada uno de estos temas está documentado a lo largo del libro. El primero de éstos es el amor que siente hacia la misteriosa joven “J.A.T.”, cuya identidad desconocemos. Fechado en Hinojedo, provincia de Santander en 1839, el propio poeta nos confiesa que tenía 14 años cuando lo compuso y que ella tendría aproximadamente la misma edad.

*“Ah! dime si aquellos niños se quieren
“Después de esta vida se juntan los dos,*

.....

El niño-poeta la idealiza utilizando para ello términos como “virgen pura”, enfatizando sus cualidades espirituales más que las físicas,

*“Blanca silfa misteriosa
Dulce espíritu de amor.*

Desde la distancia, el joven Velarde la mira “delirante”, en “éxtasis”. El subconsciente también participa,

.....
*Cuando en dulce devaneo
Soñando amores divaga.*

Mas ya desde este primer poema observamos que las desgracias empiezan a interferir en sus relaciones las cuales, a estas alturas, hemos de considerar como platónicas. Nos enteramos de que la madre de “J.A.T.” ha muerto y, por un momento, Velarde se siente relegado a su segundo lugar en el afecto de su amada,

*Posternada ante la fosa
De tu madre, suspirabas,
Melancólica y llorosa,
La invocabas cariñosa
Y entre tanto me olvidabas.*

Pasado este trágico momento, el imberbe poeta reanuda sus declaraciones de amor,

*Ah! mírame hermosa
Con dulce semblante,
Permite que fije
Mis ojos en él.*

*Atiende risueña
Mi súplica amante
Si quieres que expire
De amor a tus pies ¡*

Mas parecería como si, en efecto, la “fuerza del sino” decimonónica no permitiera la feliz realización de este amor juvenil. ‘J.A.T.’ habrá de trasladarse a las “orillas del Betis”, posiblemente para ser cuidada por familiares en Andalucía puesto que a la muerte de la madre se queda huérfana. Velarde presiente que esta inesperada separación puede ‘enfriar’ sus incipientes relaciones y distanciarles personalmente. De ello se hace eco en estos versos,

*Ayer me dijeron que luego partirás
A climas más remotos muy lejos de aquí.
Entonces, mi vida, sentí tanta pena
Al ver que tan lejos te vas para siempre
Pensando que acaso te olvidas de mí.*

El poeta se plantea la pregunta de siempre en esta coyuntura,

*Te vas para siempre, te vas alma mía,
Te vas y no puedo seguirte aunque quiera,
Si acaso me olvidas, entonces... ¿qué haré?*

A continuación manifiesta en forma categórica un sentimiento frecuentemente expresado en momentos como éste,

*Sin tí no concibo la gloria del cielo,
Sin tí no concibo ni amor ni hermosura.*

El poeta, sin embargo, siente desde el principio que, en lo que a él ata-

ña, su amor permanecerá incólume como la cornisa cantábrica,

*Tú has visto esos hondos cantábricos mares
Rugir cuando truena feroz temporal.
Tú has visto esos tumbos que avanzan turgentes
Que chocan y saltan en blancas columnas,
Y el mundo estremecen al son colosal;
Tu has visto esas rocas que el mar carcome
Que el sol no calcina ni abate el turbión:
Pues mira, cual ella, profunda, indomable
Será eternamente mi intensa pasión.*

En otro pasaje del libro vuelve a asociar a su “patria chica” con su pasado feliz en compañía de la amada,

*Yo iré a las orillas del patrio Vesaya
Buscando a mis penas cumplida expansión;
Allí donde llena de amor escuchaste
Mi tierna plegaria, mi dulce canción.*

“J.A.T.” parte para Andalucía. Unos años después, en 1843, Velarde aludirá a su ausencia recurriendo a un elemento típicamente romántico: la tumba,

*En esos valles queridos
Hay un sepulcro olvidado,
Símbolo triste y sagrado
De las glorias de mi amor.*

*Yo no puedo, madre mía,
Olvidar aquella hermosa
Que tan buena y cariñosa
En esos valles me amó.*

En 1840, a los quince años, Velarde parte para Cuba. Huérfano de padre, según se deduce del texto, decide ir a reunirse con un hermano mayor, Román, residente en Cuba por muchos años. No olvidemos, en este contexto, la costumbre tan común en el siglo XIX de ir a buscar fortuna al Nuevo Mundo. Este alejamiento físico de España trae consigo un mayor distanciamiento de ‘J.A.T.’,

*Horribles pensamientos se agolpan en mi frente
Bullendo en torbellinos de negra confusión
Oh suerte! es muy amargo perder eternamente*

*La hermosa que adoraba frenético y ardiente
Con todas mis potencias, con todo el corazón.*

Ya en Cuba, Velarde le declara a su madre que ni aún desde tan lejos puede olvidarse de 'J.A.T.',

*Mil veces por olvidarla
Reluché constantemente
Mas al fin rendí la frente,
No puedo olvidarla yo.*

La vida sentimental de Velarde en Cuba no parece haber sido particularmente fructífera pues en otro de sus poemas escritos en la isla reitera la intensidad de aquel primer amor,

*Yo celebré tus exéquias
Casta virgen de la gloria!
Melancólica memoria
Del primer y último amor!*

En su "destierro" cubano, Velarde acusa fuertemente la sociedad, que a su vez suscita en él una gran emotividad al recordar nostálgicamente a su querida "J.A.T.",

*Lámpara triste, cariñoso guía
En la noche medrosa del olvido,
Cara reliquia de mi amor perdido,
Naúfraga sombra de la hermosa mía.*

*Por más que luche la desgracia impía,
Siempre en mi pecho vivirás querido
Hasta que lance mi postrer gemido
De mi existencia en el postrero día.*

*Cuando en el polvo del sepulcro frío
Inmóvil yazga descarnado y muerto,
Y allá en mi cráneo cóncavo y sombrío,*

*Bullan los gusanos en rumor incierto.
¡ ¡ ¡Ay! qué será de tí, consuelo mío,
Junto a un cadáver asqueroso y yerto!!!*

Velarde, como romántico que es, invoca a la muerte en imágenes que concuerdan con la práctica común en los poetas de aquella época. A medida

que transcurre el tiempo se acentúa la distancia que media entre aquel primer momento de pasión y la realidad del presente. De ahí estos versos con los que cerramos esta exposición sobre el tema del amor en su libro,

*Yo tuve lejos, muy lejos
En otra tierra apartada,
Una pasión desgraciada,
una ilusión inmortal.*

Evidentemente, la alusión a la “pasión desgraciada” se refiere a su malogrado amor a “J.A.T.”, convertido ahora en una ilusión irrealizable pero no por ello menos intensa.

AMOR FILIAL

Pese a que Velarde abandona el hogar a una temprana edad, su devoción filial a su madre es invariable. Es significativo que en *Las Flores del Desierto* no haya ninguna mención de su padre. En uno de los poemas del libro, “Contemplando al cadáver de un niño” Velarde singulariza la ternura y profundidad de su amor materno,

*Nada existe más sincero
Más entrañable y sublime
Que el dulce beso que imprime
La ternura maternal.*

Más adelante se apoya en un concepto poco original para hacer resaltar el papel de la madre,

*En este valle de lágrimas
Todo pasa, todo muere;
Pero una madre nos quiere
Cariñosa más y más.*

De hecho, su madre en España se convierte en la receptora de sus culpas y a ella se dirige al declarar,

*Bien sé que has de llorar, ¡oh madre mía!
Cuando mis trovas afligidas leas,
Cuando comprendas mi desgracia impía,
Cuando tus ansias malograda veas.*

*Si vieras, madre, mi paciencia inerte
En el recinto material del mundo...
A los furores de la infausta suerte
Por fin mi genio sucumbió iracundo.*

*Si vieras, madre mía, mi mortal angustia,
Mis ojos tristes y mi voz cascada,
Mis pasos lentos y mi frente mustia,
De reluchar y de sufrir cansada.*

Velarde se siente prematuramente envejecido y recuerda melancólicamente sus travesuras de la infancia,

*No soy el niño incorregible y fiero
Que tantas penas te costó algún día,
Cedió a la suerte mi vigor primero,
Todo lo abate la fortuna impía.*

AMOR PATERNAL FRUSTRADO

La incesante evocación de "J.A.T." perdura a lo largo de su estancia en Cuba. A veces sueña con lo que hubiera sido su vida de haberse casado con ella y se supone el orgulloso padre de un hijo recién nacido, fruto de su amor. Esta vertiente de sus sentimientos se manifiesta cuando contempla a una niña de diez años,

*Yo contemplaría tu dormir sereno,
Y al despertar después te besaría.
Yo con mi seno paternal tu seno,
Muriendo de placer, estrecharía.
Yo de ternura cariñoso lleno,
¡Oh hija de mi amor! exclamaría...
Vínculo santo, convulsión dichosa
Del padre esposo con la madre esposa.*

LA PATRIA

Como ya queda señalado en otras páginas, Velarde se embarca hacia Cuba en 1840, a los quince años. El viaje se efectúa a bordo de la fragata, *Provisional*, según él mismo nos indica. En su poema, "Despedida" vierte su dolor al abandonar a su querido Santander,

*Ondina de estos mares, amor de estas riberas,
Suspende tus cantares, tus gritos de placer,
Y oyendo de mis trovas las notas plañideras,
Las vierte por dejarte, querido Santander.*

A medida que se aleja de la costa cantábrica, Velarde remonta sus miras hacia la totalidad de la patria que va dejando atrás,

*Oh dulce patria mía! Cuán rápida te alejas,
Tus cumbres ya trasponen la línea horizontal,
Se pierden en los vientos inútiles mis quejas,
Y en medio de los mares, cual huérfano me dejas,
Rumbando al hemisferio del mundo occidental.*

El espíritu monárquico de Velarde hace que elogie y dedique un poema a Isabel II en 1844 con motivo de su mayoría de edad. En esta composición el poeta celebra —prematuramente— el fin de la guerra civil española, es decir, la conclusión de la primera guerra carlista. (Recordemos en este sentido el ‘abrazo de Vergara’ de 1839). Su deseo es que la grandeza de la Corona y por ende de España, brille poderosamente,

*Aun radia fulgurante
Vertiendo en nuestras almas
De grandes sentimientos
El germen inmortal.*

*Dios quiera que no olvides
Los votos de los pueblos
Que unánimes te exaltan
Magnífica Isabel.*

*Dios quiera que repose
Pacífica y gloriosa
Debajo de la sombra
De espléndido laurel.*

El joven Velarde sospecha que la aventura en la que se acaba de embarcar puede ser poco agradable. De ser así, acudirá al recuerdo de España para sobrellevar su pena,

*En páramos horribles
Errante peregrino
Y acaso abandonado
Del mundo en el confín
Tendré consolaciones
Muy dulces, patria mía,
Tendré por compañeras
Tus plácidas memorias
Ya cante en los desiertos,
Ya brinde en el festín.*

Hombre de pasiones fuertes, Velarde declara abiertamente su amor a la patria,

*Mi dulce paraíso de luz y de alegría,
Feliz o desgraciado, yo siempre te amaré
Te quiero con el alma, querida patria mía,
No esperes que te pague con vil apostasía;
Jamás cosmopolita ni apóstata seré.*

Cuando la fragata en que viaja pasa por las Islas Canarias, Velarde en un momento de gran inspiración compone su interesante poema, "Al Pico del Teide". En él, Velarde recurriendo a una larga tradición poética, destaca la permanencia del volcán vis-à-vis la caducidad de las obras hechas por el hombre. Y él, joven poeta, al divisar en la distancia el soberbio Teide, siente también hervir su propio volcán interior,

*Sublime Teide, tu grandeza admiro,
Mas no por eso la cerviz prosterno
Que yo también, aunque pequeño, aspiro
A conquistar un porvenir eterno.
También yo, Teide, yo también deliro
Con los furores de un volcán interno
Que mi existencia borrascosa absorbe
Y me arrebató más allá del orbe.*

CUBA

Después de una larga travesía la fragata se acerca a las costas de Cuba. Velarde se muestra ilusionado y con vivos deseos de llegar a tierra. A su vez, Cuba, por ser colonia española, representa una prolongación de la Patria mientras que, a nivel personal, simboliza la esperanza de una nueva vida.

*Cuba hermosa! tú ahuyentas del alma
La tormenta huránica y negra,
Refulgente esperanza me alegre
Contemplando tu gran majestad.*

*Mi entusiasmo también se enaltece,
Pues te miro feliz y española,
Cuando el sol tropical tornasola
Tu florida y radiante beldad!*

Sabemos muy poco acerca de la vida de Velarde en Cuba. Lo que sí es evidente, a juzgar por sus propias palabras es que sucumbió al embrujo del Caribe. Sin embargo, había en Velarde una profunda angustia que no le habrá de dejar disfrutar plenamente de la sensualidad que le rodeaba. Reconoce que este ambiente en que vive es capaz de inspirar a cualquier hombre, mas él, ansioso de amor y de gloria, se siente insatisfecho,

*Esta fecunda atmósfera de fuego,
Esta brisa, estos campos, estas flores,
Este vago y pacífico sosiego
Al hombre inspiran ilusión y amores.*

*Mas yo la magia del amor no encuentro,
Yo que a sus glorias ambicioso aspiro:
Mi pensamiento retrocede al centro
De sus recuerdos en perpetuo giro*

Es más, el poeta confiesa en un determinado momento que su estancia equivale a un destierro, y así se expresa en el poema, al concluir,

*Huracanes turbulentos,
No sucumbo en mi destierro.*

Velarde permanece en Cuba de 1840 a 1846 dedicado a actividades que desconocemos pero que no le colman de satisfacción. Prueba de ello es que decide seguir nuevos derroteros por Hispanoamérica, aventura a la que se lanza con renovados bríos y esperanzas de mayor éxito. Su despedida de Cuba es emotiva como atestiguan estos versos,

*Adiós hermosa Cuba! me alejo de tus playas
Temblando de esperanza, de júbilo y placer
Con todo, al despedirme, magnífica esmeralda,
Dulcísimos afectos me inspiras esta vez.*

En este mismo poema hay una alusión directa a los infortunios que padeció en Cuba,

*Después de tantas horas de mísero abandono,
Después de tantas horas de tanto padecer,
Mis ojos necesitan la luz de la hermosura
Sediento estoy de amores! Sediento de placer!*

LA INQUIETUD METAFÍSICA

Velarde es un hombre esencialmente descontento y no sólo por sus desdichas sentimentales sino también porque se considera víctima de su “infausta suerte”, de su “fortuna impía”. Además, se considera incomprendido por la sociedad en que vive.

Únicamente otros seres superiores (léase otros poetas u hombres de profunda sensibilidad) son capaces de comprenderle, actitud, por otra parte, perfectamente romántica.

*Sublimes inteligencias!
Deidades del pensamiento,
Que sentís lo que yo siento,
Que en otro mundo esperais!*

*Ah, yo espero que vosotras
Cuando escuchéis mis canciones
Comprendáis mis afecciones
Y también las compartais.*

Su ansia de libertad y de eternidad, típicas del hombre del romanticismo, al igual que los conceptos arriba indicados, le harán apoyarse en la metáfora tradicional que equipara la vida en este mundo a una cárcel,

*¿Cuándo rompes, ¡Alma mía!
La vil cárcel que te encierra?
¿Cuándo dejas de la tierra
la mortífera prisión?*

*¿Cuándo cesan tus furoros?
¿Cuándo cesan tus latidos,
Tu ansiedad y tus gemidos,
Turbulento corazón?*

Hay en Velarde una tensión espiritual muy acusada. Por un lado no quiere desesperarse y lucha por mantener viva la esperanza de una vida mejor. Se traba en su espíritu una violenta lucha entre, digamos, el bien y el mal, el deseo de lograr una vida feliz contrapuesto a su desesperación e impotencia ante la "fuerza del sino", adversa según él. Es significativo que Velarde experimentase este conflicto anímico cuando en realidad era un joven empezando a vivir. Ya desde su temprana edad se siente incapaz de sacudir "el genio que preside mi triste juventud". Cunde en él en esos años juveniles el desconcierto y presagios de futuras tragedias,

*"Horribles pensamientos se agolpan en mi frente
Bullendo en torbellinos de negra confusión".*

Nótese el uso de adjetivos y epítetos de índole negativa: "horribles", "negra" al igual que en otras ocasiones el repetido uso de "impía" para describir su suerte. Este desasosiego suyo se patentiza en una de sus mejores composiciones cuando al pasar por el Pico del Teide da rienda suelta a sus emociones,

*También yo, Teide, yo también deliro
Con los furoros de un volcán interno*

*Que mi existencia borrasca absorbe
Y me arrebató más allá del orbe.*

*Más allá! Más allá! que el alma mía
Del horizonte al horizonte avanza:
Más allá! Más allá! Fortuna impía,
Al ímpetu veloz de la esperanza
Hasta perderme a la región vacía,
Raudo cometa que del caos se lanza,
Rayo que suelta de la eterna pira
Y en los desiertos del espacio gira.*

Su existencia es efectivamente, “borrasca”, carente de tranquilidad, víctima de las pasiones desatadas por su “volcán interno”. Velarde es menester repetir, se siente “víctima” de una “fortuna” “cruel” que a la postre acaba siempre dominándole.

Además, no se puede comunicar con nadie puesto que la sociedad es incapaz de comprender su angustia vital, hecho que le lleva a despreciar a los que le rodean,

*La miseria de la carne,
La impiedad, el egoísmo
Y el horrible pirronismo
Confunden el bien y el mal.*

*Esa ciencia presuntuosa,
Esa gran filosofía
Destruyó cuanta creía
Nuestra mente celestial.*

*La sociedad orgullosa,
Esa gran familia humana,
Despótica soberana
De la hermosa creación.*

*Es un monstruo, un amalgama
De ignorancia y de malicia
De miseria y de codicia,
De indolencia y ambición.*

Visto en conjunto, el estilo poético de Velarde adolece de ciertos defectos evidentes a todo lector no sólo de *Las Flores del Desierto* sino del resto de su obra. En primer lugar sobresale su tendencia a la excesiva extensión de muchas de sus composiciones y su consabida tendencia a la palabrería, a una fraseología exagerada. A ello habría que sumar otro lastre: el uso

desmesurado de citas históricas, literarias, etc. en un alarde de demostrar una amplia cultura, hábito éste poco justificable en la expresión netamente lírica. En este sentido y como poeta romántico abundan en sus poesías las quejas y lamentos, muchos sinceros, sin duda, pero algunos casos de efecto contraproducente pues dan la impresión de haber sido creados con el fin de impresionar al público lector.

Mas si hemos apuntado lo que nos parecen ser algunas de sus limitaciones estilísticas, es preciso igualmente subrayar sus aciertos. Entre éstos destacan su sensibilidad visual, la plasticidad de las visiones que nos presenta, así como la musicalidad presente en buen número de sus poemas. La voluptuosidad y sensualidad de muchos de sus poemas en que describe a Cuba serían los que probablemente causaron mayor impacto entre los poetas peruanos para los cuales estos y otros versos de Velarde eran un soplo de aire vivificador.

LA REACCION LIMEÑA A *LAS FLORES DEL DESIERTO*

A partir del 3 de enero de 1848 empieza a anunciarse en las páginas de **El Comercio**, el más importante diario de la capital peruana, la próxima publicación del libro de Fernando Velarde. Así rezaba el anuncio,

“A la mayor brevedad se publicará con ese título por entregas una colección de poesías de D. Fernando Velarde precedida de un prólogo (que bien puede estimarse como un curso de literatura) escrito por D. Dionisio Alcalá Galiano. Los Sres. que gusten suscribirse podrán hacerlo en la librería española, calle de Sto. Domingo y en la tienda de Tigre en el concepto de que cuatro reales será el precio de cada entrega”.

Efectivamente el 11 de febrero anunciaba **El Comercio** que se empezaba a repartir la obra. El día 17 de abril se indicaba que ya estaba lista la cuarta entrega de **Las Flores del Desierto**. El 28 de junio salía a luz la última parte del libro de Velarde.

La reacción no se hace esperar. En las páginas de **El Correo Peruano** aparecen reseñas poco favorables a Velarde. En ellas se le acusa de utilizar palabras desconocidas como “torvo nubló”; se le censura por usar versos “ridículos y pedantes”, como “turgente”, “convexo” y “circular”, vocablos según sus detractores poco poéticos. Velarde, hombre de temperamento colérico, se defiende de estas acusaciones tildando a sus críticos de ser unos ignorantes por desconocer esos términos. También se defiende del cargo de que algunos de sus versos eran plagio de los de Espronceda, protestando su inocencia con estas palabras,

‘Es verdad que amo profundamente a ese genio portentoso, es verdad que miro sus inmortales concepciones con admiración idólatra, es verdad que adoro los prodigios de su gloriosa inteligencia tal vez con mayor ternura que a las tristes hijas de mi propio sentimiento; pero también es cierto que mi orgullo es tan suspicaz, tan independiente, que me desdeñaría de que mis versos pareciesen imitaciones suyas”.

Concluía Velarde retando al anónimo crítico a identificarse y celebrar con él una conferencia pública donde pudiera sustentar sus aserciones abiertamente. (**El Comercio**, Julio 12, 1848, p.4)

Algunos, como Manuel Castillo, poeta de segundo orden, se apresuran a escribir a *El Comercio* declarando no haber sido el autor de dicha crítica. Mientras tanto Velarde manifestaba al editor del citado diario su irritación ante los ataques de que continuaba siendo blanco desde las páginas de *El Correo Peruano*. En estos largos artículos Velarde refuta punto por punto a sus detractores, sosteniendo el mérito de su propia obra. El 18 de julio, Fernando de Ofelán, amigo de Velarde, en una carta a *El Comercio* afirma su inocencia declarando no ser el anónimo autor de los ataques a Velarde. Otros terciaban en la polémica, ponderando las virtudes de la obra de Velarde si bien objetan ante el tono que consideran ser demasiado enérgico de la defensa del autor de *Las Flores del Desierto*. Y tenían razón. Velarde, por ejemplo, llega a acusar a sus enemigos de carecer totalmente de sensibilidad amenazándoles con palabras como estas, "... será necesario traspasarle de parte a parte con un asador bien candente". Para agosto, el número de personalidades involucradas en esta polémica iba un ascenso. Otro poeta, José Toribio Mansilla, entra en la refriega e inicia su carta a Velarde con estas palabras:

"Decididamente os habéis vuelto loco. El pedantismo y el orgullo os ciega de tal modo, que sois capaz de ver críticos envidiosos detrás de cada puerta que se abre, de cada ventana que se cierra".
(*El Comercio*, 4 de agosto, 1848, p. 3)

Los amigos de Velarde, por otra parte se lanzan a pregonar a los cuatro vientos las virtudes del "excelso" santanderino dedicándole a veces largos poemas como el de Annibal V. de la Torre que reproducimos por ser representativo de dicho grupo:

LA ROSA DEL PANTEON

A mi amigo el Sr. D. Fernando Velarde, como una prueba de sincera amistad que le profeso.

Tout passe et toute retombe
Dans la nuit de la tombe
Voltaire.

I.

*Entre fúnebres restos crecida
Nos presentas tus lindos colores,
Sin sentir los mundanos amores
Ni escuchar nuestro llanto y dolor:
En el triste recinto do yacen
Una madre, un amigo, un amante,*

*Creces tú deliciosa y fragante
Ostentando tu grato verdor.*

*A tu lado pomposos levantan
Sus cabezas los álamos tristes,
Mientras tú te engalanas y vistes
Con botones de puro coral:
Tu fragancia embalsama el ambiente*

*Y en un sitio do todo es tristura,
Al mirar tu sin par hermosa
Menos fuerte es el rudo pesar.*

*¡Ay! tal vez una mano profana
Te arrebate del talle querido,
Y tus hojas ¡ay Dios! distraído,
Por el suelo quizá regará:
Sin mirar que las tumbas desiertas
Tu constante engalanas ¡oh rosa!
Y te elevas esbelta y hermosa
Do infeliz el mortal dormirá.*

*Y ese mortífero ambiente
Que se derrama a tu lado,
Ese ambiente emponzoñado,
¿Nunca, nunca te hace mal?
El aire fétido a veces
De tanto cadáver frío,
¿No te hace perder, impío,
Tu pureza virginal?*

*Dime, en la nocturna calma
No van secos, descarnados,
Mil esqueletos helados,
Tus olores a aspirar?
No van chocando sus huesos
Con horroroso crujido,
En tu dulce colorido
Y tu fragancia a gozar?*

*No quiere adornar alguna
Su calavera sin rizos,
Creyendo que sus hechizos
Vivos en la tumba están
O bailar en la danza loca
Unos con otros unidos
Y tus tallos desprendidos
Por sus secas manos van?*

*O en gratas conversaciones
En pláticas deliciosas,
Esas almas amorosas
Pasan la noche en placer;
Y tú asombrada te espantas*

*Si algún esqueleto viene,
Y entre tus dedos te tiene
Sin llegarte aun a romper?...*

II

*¡Oh! yo quisiera tus misterios, rosa,
Penetrar del oscuro Panteón,
Y ver en una noche silenciosa
Tan grande afán y tanta confusión.*

*Alguno habrá tal vez meditabundo,
Solo, triste, sombrío y caviloso.
Que de dolor el pecho destrozado
Hasta el sepulcro lo siguió constante.*

*O tal vez dormirán tranquilo, yertos
Entre sus tumbas solitarias, frías,
Sin que nada en silencio de los muertos
Turbe en las noches claras o sombrías.*

*Y en el triste recinto de la muerte
Eres tu sola imagen de la vida...
¡Ay! nadie flor envidiará tu suerte
Aunque tu caliz a gozar con vida.*

*Porque allí sin esperanzas,
De ese lugar triste adorno,
De tí solo ver en torno
Dulces lágrimas de amor:
Que ¡cuantas veces un hijo
Al pasar te habrá bañado,
Con el llanto derramado
Por su terrible dolor!*

*O alguna madre amorosa,
Pobre flor, en tí te vería,
De la hija que perdía
Tristes símbolos quizá:
Y de su abrazo pecho
Por el pesar dolorido,
Largo tiempo comprimido,
Hondo suspiros saldrá.*

Y todos, todos que tienen

*Algún objeto adorado,
En ese lugar sagrado,
Lugar de luto y pesar:
Al verte fresca y lozana,
En esas tumbas desiertas
Junto con mil flores muertas
Con llanto te han de regar...*

*¡Ay! yo también en antes aflijido
Con pesar tu hermosura contemplé,
Y de ti ¡pobre flor! compadecido
Del tallo solitario te arranqué.*

III

*Y otros combates en mi interior sentía
Al robar tu hechizos a los muertos,
Y en las tumbas mirar me parecía
Me amenazaban con sus rostros hiertos.*

*Mas todo era calma, silencio profundo
Y apenas se oía el viento cruzar:
Ni un tierno sollozo, ni un ¡ay! gemebundo
Señal de los fuertes dolores del mundo
En ese recinto se hacía sentir.*

*Cual hojas que mece de un árbol el viento
Temblaban mis manos de horrible pavor:
El pecho oprimido, faltando el aliento
Huía espantado con paso violento,
En torno mirando de mí con horror.*

*Salí y en mis manos convulsas tenía
Tu tallo que en antes cortara yo audaz,
Sin pena horrorosa mi pecho oprimía,
Pensando enseguida contigo que haría
Por darte más vida, contento y solaz.*

*Mil vagas ideas nublaban mi frente
Cubierta toda ella de helado sudor,
Ideas que pasan cual fuego en la mente,
De atroz torbellino furioso y ardiente
Que incendía violento cuanto haya enrededor.*

Se oían iguales los fuertes latidos

*Que daba en el pecho mi fiel corazón,
Y allí en la capilla llegaban perdidos
Mis quejas, mis ayes también doloridos
Pidiendo al Eterno postrado perdón...*

*Y acabada la oración,
De la capilla sagrada,
Con el alma destrozada
Por un horrible dolor,
Me retiré contemplando
Con pesar, con amargura,
Tu fragancia, tu hermosura
Y tu divino color.*

*Y en cada una de tus hojas
Misteriosas, purpurinas,
Mil figuras peregrinas
Mi mente al verlas formó:
O acaso un recuerdo tierno
Mi desgraciado padre,
O de mi infelice madre
Mi corazón desgarró.*

*Que de ambos allí reposan
Las sacras cenizas frías,
Con tristes lágrimas mías
Regadas más de una vez:
Que huérfano me dejaron
En este mundo maldito,
Y allí por ellos contrito
Elevo al cielo una prez.*

*Mil veces tú, flor, me viste
Cubierto el rostro de llanto,
Ante su sepulcro santo,
Orando ¡Ay Dios! con fervor:
Arrodillado pidiendo
Me diesen algún consuelo,
Que mitigaran mi duelo
Disipando mi dolor.*

*Y hoy pobre rosa al tomarte
Pensaba con amargura,
En los ratos de ternura
Que había tenido allí:*

*Y que arrancaba el adorno
De esas reliquias queridas,
Que están en el cielo unidas,
Como estuvieron aquí.*

*Y cuando llegó a mi mente
Este triste pensamiento,
Un atroz remordimiento
Mi corazón invadió:
Y a su sepulcro querido
Retorné precipitado,
Y sobre el mármol helado
Mi mano te colocó.*

*Que ¡dónde, mejor podría
Colocarte flor hermosa!
Que en la tumba silenciosa
De esos objetos de amor!
Pues si acaso la fortuna
Me vuelve a traer algún día,
Te veré con alegría
A su lado mustia flor.*

*Lima, julio 7, 1848
Annibal V. de la Torre.*

Mas no todas estas composiciones son testimonios de adhesión a Velarde. Con frecuencia se publican con intención opuesta como la del 3 de agosto en que, en tono burlón, el autor se mofa del gran y misterioso amor de Velarde,

“OTRA FLOR DEL DESIERTO”

Señorita J.A.T

Célica deidad de mi férvido corazón, Yo te contemplo como una diosa, velada por un torvo nublo, que te sustrae a las profanas miradas de los enfermos mortales; y que solo estas visible para mí, deslumbrando mis flébiles ojos. ¡Ay! Que con tu alma verdad has dado un golpe contundente a mi hinchado corazón, a la manera de esos tumbos turjentes que en los cantábricos mares se estrellan contra las tremendas rocas, que no abate el turbión ni el voraz. Febo calcina con sus fulminantes rayos! Tus ojos son dos cristalinas esferas que giran veloces en sus dos cóncavas órbitas. Tu voz es imponente y bronca como de airado Titán; y tu sien erguida, cándida, hermosa, bella y bonita (sóplate esa, etc.) es como el pico de Teide, que ha cantado con mi altisonante y melodiosa Lira.

Pero ¡Ay! que, ayer me dijeron que luego partías a climas remotos muy lejos de aquí; y yo al saber que tan lejos ibas a vivir lejos de mí... dije... pues es entonces escribámosle esta carta; y por si acaso se pierde, te advierto que adentro va otra.

El Apolo del desierto.
(Contra-seña Baca)

Huelga señalar la reacción de Velarde al leer escritos como este. Arreacia el furor de los ataques y contraataques, contienda ésta que resultaría prolijo examinar en detalle. El hecho es que la violencia llega a imponerse. En la noche del 4 de agosto, Velarde se encuentra en una calle limeña a José Toribio Mansilla, uno de sus principales enemigos. Se cruzan unas palabras y, al parecer, Velarde le propina varios garrotazos. Esta conducta de Velarde suscita la protesta de algunos que hasta entonces se habían considerado sus amigos.

En suma: los críticos de Velarde le achacaron, acertadamente a nuestro parecer, la falta de plan en **Las Flores del Desierto**. De hecho, buena parte de su poesía en esa obra es inconexa, combinación de quejas, gritos aislados y sentimientos expresados sin previa depuración. Igualmente válida es la crítica que le imputaba la manía de hacer alarde de sus conocimientos utilizando para ello vocablos poco comunes así como el frecuente uso de alusiones a la historia, filosofía y otras ciencias que poco o nada tenían que ver con el tema desarrollado destacando la pedantería y vanidad del autor. Por otra parte, Velarde fue blanco de unos ataques que rayaban en la calumnia originados por personas menos capacitadas que él y probablemente envidiosas del éxito que recibió **Las Flores del Desierto**.

INFLUENCIAS LITERARIAS EN LAS FLORES DEL DESIERTO

Velarde y Espronceda

La influencia de Espronceda en el autor de *Las Flores del Desierto* es evidente y confesada por él mismo. Lo que Velarde resiente es que se le acuse de haberle plagiado. Conviene detenernos en esta relación e intentar documentar la índole y alcance de la influencia de Espronceda en Velarde.

Lo primero que resalta es la temprana lectura de Espronceda por el poeta santanderino. Ya en su poema, "Despedida", escrito en 1840 o sea cuando tenía apenas diez y siete años, cita directamente a Espronceda al inicio de su poema,

"Adios patria! Adiós amores!

Estos versos se encuentran en "La entrada del invierno en Londres", compuesto durante la estancia de Espronceda en Inglaterra en 1827.¹ Citamos a continuación la estrofa en que aparece el verso,

*"Adiós, lares queridos, patria mía,
grata a mi pecho más que a la riqueza
al de pomposo altivo cortesano,
dulce mansión de gloria y alegría,
al presente morada de tristeza.
Adiós. Doquier te buscaré y en vano".*

El amor a la patria es pues un tema común en ambos vates.

Sin embargo, la obra que probablemente más influyó en Velarde fue el *Diablo Mundo*. En una ocasión, Velarde alude directamente a dicha obra al concluir su poema, "En la Isla de Pinos",

*Y Atónito imaginaba
Las más terribles escenas
Del Antiguo Testamento,
Las visiones más grandiosas
Del sublime Apocalipsis,
Las más bellas fantasías
Del Diablo Mundo inmortal.*

¹ Ver la edición de Guillermo Carnero, *Los Poetas. Espronceda* (Madrid: Júcar, 1974)

De esta obra en sí, Velarde parece hacerse eco concretamente del “Canto a Teresa”. Salvando las diferencias entre la Teresa de Espronceda y la “J.A.T.” de Velarde, hay ciertamente paralelismos que merecen ser subrayados: para ambos poetas se trata de la mujer, en singular, que fue capaz de inspirar en ellos un profundo amor; ambas se describen en términos que resaltan su pureza: “angélica”; “purísima”; “virgen”; “cándida”, etc. En los dos surgirá posteriormente el desengaño amoroso aunque Velarde no llegue a expresar el desprecio que manifiesta Espronceda por su Teresa. Y es que para Velarde como para Espronceda el amor está planteado como un sentimiento vitalizador de la personalidad en todos sus aspectos. El amor es la forma del conocimiento del mundo y camino de perfección personal. A este lenguaje intimista, sentimental e introspectivo hay que agregar otro punto que une a ambos bardos: el que Velarde, al igual que Espronceda, recurra con frecuencia a la octava endecasilaba con rima ABABABCC. Sirva de ejemplo la última estrofa del poema “Al Pico del Teide” de Velarde,

*Más allá! más allá! que el alma mía
Del horizonte al horizonte avanza:
Más allá! Más allá! fortuna impía,
Al ímpetu veloz de la esperanza
Hasta perderme a la región vacía,
Raudo cometa que del caos se lanza,
Rayo que suelta de la eterna pira
Y en los desiertos del espacio gira.*

La versificación en el “Canto a Teresa” es idéntica como podemos comprobar en la primera estrofa,

*¿Por qué volveis a la memoria mía,
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
¡Ay! que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazón sólo un gemido
¡Y el llanto que al dolor los ojos niegan,
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!*

Espronceda es muy dado a la repetición, recurso que en Velarde es muy frecuente y probablemente originado en su lectura del autor del **Diablo Mundo**. A título de botón de muestra, sirvan estos versos de Espronceda, sacados del “Canto a Teresa”,

*En varias formas, con diverso estilo.
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo;
Ora la trampa épica sonando,*

*Ora cantando plácido y tranquilo,
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque a él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.*

En el poema "A J.A.T.", Velarde se apoya en la repetición para intensificar el efecto que desea causar en el lector como vemos en estos versos,

*Que hierve en las hondas entrañas del globo,
Que radia en las cumbres del alto zénit,
Que allá en las auroras del Mayo sonríe,
Que brama en las noches oscuras del invierno,
Que vibra en los senos del aura sutil.*

Otro rasgo común que pone de relieve la influencia de Espronceda en Velarde es el vocabulario romántico que utiliza aquél y que encontramos con frecuencia empleado por éste. Nos referimos en particular a palabras como "fatídico"; "raudo"; "lúgubre"; "flamígero"; "impía"; "turbios" y muchas otras más.

Velarde debió sentirse muy identificado con Espronceda desde la primera lectura de su obra. Velarde abandona España a los 16 años de tal modo que sus estudios cesan a partir de ese momento. Curiosamente, Espronceda confiesa en el Primer Canto del **Diablo Mundo** cómo dejó de ser estudiante a una temprana edad,

*Mis estudios dejé a los quince años,
Y me entregué del mundo a los engaños.*

Finalmente, cabe señalar la propensión velardiana a las digresiones filosóficas por lo que sería duramente criticado por sus enemigos limeños y que constituyen otra de las características de la poesía de Espronceda.

Velarde y el Siglo de Oro

El repaso cuidadoso del lenguaje poético de Velarde revela el esmero con que el poeta compuso muchos de sus poemas. Una de las características de su estilo es el uso de cultismos provenientes de su lectura de la poesía del Siglo de Oro, vocablos como "torvo"; "cóncavo"; "hemisferio"; "cadáver"; "turgente"; "gigante"; "convexo"; "antípodos"; "miserio"; "tórrido"; "undosos"; "hidrópicos"; "occidente"; "virginal", y muchos otros. Algunas de estas voces, como señala Dámaso Alonso, fueron utilizadas por Góngora tanto en sus **Soledades** como en la **Fábula de Polifemo y Galatea**.²

² Dámaso Alonso, *La lengua poética de Góngora*. Tercera edición, corregida (Madrid: Revista de Filología Española, Anejo XX, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1961)

Otra tendencia muy acusada en Velarde es la de utilizar términos que, si bien no son cultismos en el sentido estricto de la palabra, podrían ser calificados como palabras literarias en su acepción. Por ejemplo: “maléfico”; “báratro”; “cenotafio”; “turbión”; “túrgidas”.

En un caso específico Velarde manifiesta sentimientos expresados previamente por Fray Luis de León,

*Cuando rompes ¡alma mía!
La vil cárcel que te encierra?
Cuando dejas de la tierra
La mortífera prisión?*

Versos que recuerdan los del maestro salmantino en su poema, “En la Ascensión”,

*¡Y dejas, Pastor Santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro!*

La musicalidad en la poesía de Velarde

Vista en su conjunto, la obra poética de Fernando Velarde despunta por la musicalidad de buen número de sus poemas. Esta cualidad la consigue a veces apoyándose en la métrica del Siglo de Oro. Por ejemplo, en su composición “Al retrato de J.A.T.” los versos 1, 3 y 4 del primer cuarteto constituyen ejemplos perfectos del endecasílabo sáfico,

*Lámpara triste, cariñoso guía
En la noche medrosa del olvido,
Cara reliquia de mi amor perdido,
Naufraga sombra de la hermosa mía.*

Uno de los poetas españoles que mejor cultivó esta métrica fue Esteban Manuel de Villegas. En su “Oda al Céfiro”, recurre al endecasílabo sáfico,

*Dulce vecino de la verde selva,
huésped eterno del abril florido,
vital aliento de la madre Venues,
céfiro blando.*

Como vemos, Villegas³ perfeccionó esta difícil versificación fijando los

³ Esteban Manuel de Villegas. *Eróticas o amatorias*. Edición de Narciso Alonso Cortés (Madrid: Clásicos Castellanos, Espasa-Calpe, S.A., 1956), tomo XXI.

acentos en la cuarta y octava sílabas, regla desde entonces respetada y que Velarde supo manejar para dar mayor musicalidad a sus versos.

Velarde y el pre-modernismo

En otras ocasiones el ritmo y musicalidad reflejan modalidades claramente pre-modernistas. En su poema, "A la vista de la isla de Cuba", el uso del decasílabo anapéstico le sirve para producir esta musicalidad,

*Salve, virgen del mar de Occidente!
Salve, salve, magnífica Antilla!
Tu hermosura fantástica brilla
Con la pompa inmortal del Edén.
Salve, virgen del trópico ardiente.*

Rubén Darío⁴, años después, optaría por un ritmo semejante en su "La salutación del optimista", reforzándolo mediante el uso del esdrújulo,

*Inclitas razas, ubérrimas, sangres de hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!*

La exaltación de la "sangre de Hispania" de Darío, versos escritos después de la guerra hispano-americana de 1898, tienen un precursor en esta estrofa de Velarde compuesta mucho antes e incluida en *Las Flores del Desierto*,

*Cien naciones al par eternizan
Noble España, tu nombre y tu gloria,
Tus costumbres, tus leyes, tu historia
Cien naciones comparten al par...*

Otro paralelismo entre Velarde y Rubén Darío es la predilección de ambos vates por la plasticidad de imágenes y el léxico suntuario. En su poema, "En la Isla de Pinos", Velarde maneja con soltura toda una serie de imágenes que parecen señalar uno de los caminos seguidos por el modernismo mucho después,

*Ni los suspiros de fragancia pura
De estos vergeles de esmeralda y oro,
Donde la brisa perennal murmura*

⁴ Ver Arturo Marasso, *Rubén Darío y su creación poética* (Buenos Aires: Biblioteca Nueva, 1941)

Do vuela y canta el tomequin sonoro.

*Campos alegres! fértiles campiñas,
De ceibas, de cafestos y naranjas,
De saludables y sabrosas piñas,
De arroyos puros en corrientes franjas.*

*Ardiente amor del seno mejicano,
Sus ondas mansas te acarician ledas,
La hermosa luz del sol americano
Te envuelve en gasas y flotantes sedas.*

Es posible que en la lectura de Espronceda encontrara Velarde destellos de lo que vendría a ser el Modernismo. Recordemos, por ejemplo, estrofas como esta del Canto VI del **Diablo Mundo**,

*Lamparas de oro, espejos venecianos,
Aureos sofás de blanco terciopelo,
Sillas de nácar y marfil indianos,
los pabellones del color del cielo,
caprichos raros de la industria humana,
relieves y elegantes doraduras,
jarrones de alabastro y porcelana,
magníficas estatuas y pinturas*

Por último, hay que subrayar la originalidad de algunas de sus imágenes poéticas como estos versos que reflejan el título del libro que venimos estudiando,

*Venid! venid espléndidos delirios,
Triste os espera el corazón abierto;
Puras esencias de fragante lirios,
Desiertas flores que engendró el desierto.*

FERNANDO VELARDE Y EL ROMANTICISMO PERUANO

Cuando Velarde llega a Lima en 1847 se encuentra con un grupo de jóvenes poetas que venían leyendo la literatura romántica europea. A partir de 1843 circulaba ya en Lima una edición de las *Poesías* de Zorrilla, agotada rápidamente.¹ Por esas fechas José Joaquín de Mora traduce el *Childe Harold* de Lord Byron², publicando casi simultáneamente sus propias *Leyendas españolas*. El romanticismo empezaba a tomar forma en el Perú. El distinguido crítico Emilio Carilla señala al respecto:

“En el Perú, al igual que México y Colombia, países de importante producción literaria durante la época colonial, el romanticismo fue menos estridente y los modelos españoles más numerosos que en otras ex-provincias españolas, como la Argentina, de escaso relieve cultural durante la colonia, donde triunfará la influencia romántica europea no española”.³

Más adelante, Carilla destaca la popularidad de Espronceda en el Perú, acogido éste no sólo por su ideología liberal sino también por la música más o menos cantarina de su verso. También Larra fue popular entre los peruanos por su sátira acerada, ingenio y espíritu progresivo. Hay otros españoles que son leídos con fervor: García Tassara; Enrique Gil; Arolas y el ya citado, Zorrilla, admirado por su colorido y musicalidad.

En cuanto a los franceses, los que mayor mella hicieron entre los lectores peruanos cabría mencionar a Víctor Hugo; Chateaubriand; Musset y Béranger. En tercer lugar aparecen los ingleses como Lord Byron y Ossian; les siguen los alemanes y los italianos.

Todos estos escritores serán lectura obligatoria de una pléyade de vates que habrán de adquirir fama posteriormente. Aludimos específicamente a Carlos Augusto Salaverry; Arnaldo Márquez; Manuel N. Corpancho; Clemen-

1 Luis Alberto Sánchez, *La literatura peruana* (Paraguay: Editorial Guaranía, s.f.), tomo VI, pág. 5.

2 *Ibíd.*, *Introducción crítica a la literatura peruana* (Lima: P.L. Villanueva, 1974), pág. 92.

3 Emilio Carilla, *El romanticismo en la América Hispana*. Segunda edición revisada y ampliada (Madrid: Biblioteca Románica Hispánica, Gredos, 1967), tomo I, pág. 44.

te Althaus; Benjamín Cisneros y Ricardo Palma, para citar únicamente a los más significantes. Este último traduce el "Salmo de la Vida" de Longfellow y la "Conciencia" de Víctor Hugo con lo cual, según Luis Alberto Sánchez, se da a aquella promoción un signo fatalista. El limeño busca, al igual que los románticos de otras latitudes, la lejanía, una realidad incompatible con la que le rodea. El crítico peruano prosigue con estas observaciones:

"Era comprensible que se convocase a los ángeles y las huries en vez de las "tapadas", a menudo procaces. Había que recrear a templarios y sultanes, en reemplazo de los prosaicos y vocingleros generales y sargentos (refiriéndose a la política nacional). Clamar al cielo y dejar en paz al infierno, aunque infernales habían sido los últimos cuarenta años. El romanticismo amplió la perspectiva e inició la marcha hacia un Empireo; su ruta estaba llena de "diamantes y perlas, albos y destellos, tisúes, querubes, almenas, alfeizares, torreones, Bósfores, Jesulanés" y remedos de Walter Scott, Chateaubriand, Lord Byron, Alfredo Musset y de aquel sitibundo y penetrante "Fígaro", cuyas definiciones de la vida, el arte y el amor destilaban, en debida dosis, convenientes amargas y apropiadas pasiones"⁴.

En términos generales puede afirmarse que el romanticismo peruano no tuvo mayor resonancia ni alcance. Es más, seguimos hasta nuestros días sin ningún estudio a fondo sobre este movimiento, prueba del escaso interés que ha suscitado entre los propios peruanos así como estudiosos extranjeros. El testimonio más detallado de esa época lo proporciona Ricardo Palma en su ameno relato, *La Bohemia de mi tiempo*:⁵. En él, Palma nos describe lo que era la vida limeña por 1848 y años subsiguientes, es decir, en el momento en que el romanticismo peruano florece. Cada uno de los poetas antes citados, pertenecientes a esta "bohemia", posee su propio acento, sus propias inquietudes. Desde luego, el más universal de ellos es el creador de las *Tradiciones*⁶. ¿Cómo es que estos poetas se alistaron tan rápidamente a las filas de este nuevo sentir literario? José de la Riva Agüero, mesurado crítico peruano, declara sobre el particular:

"A primera vista parece que el carácter literario de los peruanos, sus condiciones de viveza y lucidez, y su genio satírico hubieran debido contrariar la influencia del romanticismo, moderándola.

4 Introducción crítica., op. cit., pág. 94.

5 Ver Ricardo Palma, *La Bohemia de mi tiempo* (Lima: Edición Hora del Hombre, 1948)

6 Sobre Palma, ver el libro de Guillermo Feliú Cruz, *En torno de Ricardo Palma. La estancia en Chile* (Valparaíso: Imprenta de la Universidad de Chile, 1933)

Sucedió así en algunos, pero por lo general, la exageración y hasta las ridiculeces de que no escaseaba la poesía romántica encontraron en otras dos cualidades de nuestro carácter. . . Es la primera la meridional facundia y la predilección heredada de los españoles, por el énfasis y la altisonancia de estilo. Somos un pueblo impresionable y retórico y muy a menudo nuestro amor a la brillantez de la palabra predomina sobre nuestro despojado y burlón ingenio. Ha de recordarse esto si no se quiere tener de nuestra psicología una noción parcial e incompleta. Por ello nos enamoramos del resonante, espléndido y verboso romanticismo de Hugo, Zorrilla y García Tassara y Espronceda. Por ello en los románticos del Perú, como casi todos los de España y de la América española, hay tanto de hueco y declamatorio. Es la segunda, la facilidad que tenemos para imitar la presteza y el entusiasmo con que adoptamos las novedades (lo cual no obsta para que nos lleguen tarde).⁷

Estos comentarios sobre el ambiente literario de Lima por aquellos años nos ayudarán a comprender mejor el impacto que produjo la llegada de Velarde a Lima precisamente en el momento en que esta "bohemia" limeña se disponía a abandonar la formalidad académica que había predominado hasta entonces en la literatura peruana. Recordemos que Velarde venía de vivir en Cuba donde su temperamento sensible y delicado, se había estremecido al contacto con una naturaleza tropical, brillante y lujuriosa. Allí había observado de cerca las difíciles relaciones entre los peninsulares, los criollos y los esclavos. El romanticismo de Velarde se forja en Cuba como consecuencia del efecto que en él produce la naturaleza antillana; la lectura de los románticos europeos y su preocupación por el bienestar de sus contemporáneos.

Don Marcelino Menéndez Pelayo al acercarse a la obra de Velarde enfatiza el que ésta posea "un sentimiento profundo y casi místico de la naturaleza; elevadas aunque confusas aspiraciones de ultratumba; un idealismo más germánico que español, ataviado con el sombrero de jipijapa y el lujo charro del indiano de nuestra costa cantábrica".⁸ Don Marcelino se siente atraído por la figura de ese compatriota suyo, también santanderino, sólo que lo considera más americano que español debido a que Velarde vivió casi toda su vida fuera de España. Sobre este punto ha discrepado Luis Alberto Sánchez quien conceptúa a Velarde poeta español pues, según él, nunca llega a identificarse con ninguno de los países en que vive (Chile; Perú, Guatemala; Puerto

⁷ José de la Riva Agüero y Osma, *Obras completas* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962), tomo I, pág. 138.

⁸ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana* (Madrid: V. Suárez, 1913), tomo II, pág. 256.

Rico; México; El Salvador). Mas dejando de un lado estas consideraciones sobre su identidad nacional, el hecho incontrovertible es que Velarde encajó bien en el mundo poético limeño, granjeándose la amistad y buena voluntad de la mayoría de los literatos. Cabe preguntarse, ¿qué ven éstos en *Las Flores del Desierto* para llegar a considerarle en poco tiempo como su maestro? En realidad y analizando objetivamente sus poemas, pensamos que en su totalidad no son de una calidad tal como para suscitar el delirio que produjo en aquellos jóvenes. Ya hemos indicado en otra parte⁹ la razón primordial de su éxito, es decir, el que Velarde llegara oportunamente a Lima en el momento en que empezaba a florecer el romanticismo en el Perú. En otras palabras, más que por su mérito intrínscico, nos parece que su popularidad se debe a haber llenado un importante vacío en las letras peruanas debido a la falta de un titular o maestro nacional. Ricardo Palma, amigo íntimo de Velarde, arroja luz sobre este punto,

En los fluidos y armoniosos versos de Fernando Velarde encontrábamos un vago perfume de idealismo y misterio. Para nosotros no era un poeta discutible si no un poeta que se imponía. Lo admirábamos... Velarde nos fascinaba con su genio a pesar de los infinitos defectos de forma que caracterizaba su poesía.¹⁰

En suma: el éxito de Velarde hay que atribuírselo no tanto a su obra poética como a factores extraliterarios: su personalidad y la coyuntura de su presencia junto con la publicación de su muy romántico libro de poesías, *Las Flores del Desierto*.

9 "Fernando Velarde y el romanticismo peruano". Ponencia leída en el VI Congreso Internacional de Hispanistas en Toronto, Canadá, agosto de 1977.

10 *La Bohemia de mi tiempo.*, pág. 46.

BIBLIOGRAFIA

I Obras de Fernando Velarde:

Las Flores del Desierto (Lima: 1848)

En el Perú se encuentra incompleto en la Biblioteca Nacional. Signatura 869.57/V 72.v.

El Poeta y la Humanidad (Lima. 1852)

En Lima lleva la signatura X 488.07/V 38 y hay un ejemplar en la Biblioteca Nacional. En la Biblioteca Nacional de Madrid se encuentra otra copia con la signatura C^a 949 n. 8.

Lira Patriótica del Perú. Colección escogida de poesías nacionales, desde antes de la proclamación de la independencia hasta el día. Edición de Fernando Velarde y Manuel N. Corpancho (Lima: 1855)

En la Biblioteca Nacional de Lima lleva la signatura XZV.145 3

Gramática de la lengua castellana, métrica y nociones de la filosofía del lenguaje (Quito: 1855)

En Lima lleva la signatura X 468. 07 V. 38

En la Biblioteca Menéndez Pelayo en Santander hay un ejemplar con la signatura 1.200

La Poesía y la Religión del Porvenir. Cantos del Nuevo Mundo (Barcelona: 1870)

Hay un ejemplar en la Biblioteca Menéndez Pelayo, signatura 01134.

II Obras sobre Fernando Velarde:

Fernando Velarde. Selección y estudio de Leopoldo Rodríguez Alcalde en Antología de Escritores y Artistas Montañeses (Santander: Imprenta de la Librería Moderna, 1954)

II EDICION

PROLOGO

Al ofrecer ante el público en el presente tomo de poesías nuevo candidato a sus favores, tan difíciles de merecer como sabrosos de gozar, no entra de manera alguna en las intenciones del autor ni de sus amigos el calificar directa o indirectamente el mérito de sus trabajos; manejo, en verdad, de que no faltan abundantes ejemplos, mas para el cual no cabe encontrar a los ojos del sano juicio suficiente justificación, o aun acaso disculpa. Por una parte, las costumbres de nuestra refinada civilización, o más dudosa de sí misma, o más hipócrita, no permiten al orgullo desembarazado entonar el himno de la propia alabanza, repitiendo las palabras del célebre lírico latino: *Exegí monumentum aere perennius*, jactancia que además hubiera repugnado siempre a la excesiva desconfianza que de sus fuerzas abriga el autor, y que tanto afán nos ha costado vencer, incitándole a arrostrar los riesgos del público examen; mientras por otra parte, el artificio con que procuran algunos captarse la benevolencia ajena, deprimiendo con fingida humildad el parto de su ingenio, se halla hoy día tan gastado y falto de prestigio, cuanto ha sido opuesto en toda época a la franqueza con que debe expresarse un ánimo generoso. Ni todo bien considerado, pesa con menor fuerza esa obligación de prudente reserva sobre el escritor oficioso que viene a echar su cuarto de espadas, sirviendo de medianero entre el poeta y los lectores; pues, o ya pudiera sospecharse que cede en el encomio a afectos y consideraciones personales, o ya más bien que aspira, exagerando la alabanza, a que recaiga alguna mínima porción sobre la subalterna tarea que desempeña. Que su humilde voto es eminentemente favorable, lo indica muy a las claras el prurito de entrar a la parte en la publicación de la obra, puesto que nadie solicita ser compañero en un desaire, o prohijar el hijo ajeno cuando le juzga raquíptico y deforme. Justificar su sentir apoyándose en el raciocinio y en la crítica, he ahí la misión que le cumple, y que procurará llenar en el curso de este prólogo lo mejor que le fuere dado; porque lo único que pudiera quizá causar pena al autor, por cuanto en ello iba envuelta una injusticia, sería el ver juzgada esta obra con arreglo a doctrinas diversas de aquellas que profesa, y que sirvieron de manantial en que fue a beber su inspiración; en cuyo caso vendrían a reputarse por culpas, no sólo cuantas fueren hijas de la natural flaqueza de la mente humana, sino aun las mismas composiciones en que se haya esforzado con el éxito más feliz.

Tachar en una comedia de Calderón que las unidades clásicas se ven quebrantadas, o en el *Edipo* de Martínez de la Rosa que su argumento, a la vez de majestuoso se presenta descarnado, y corre lenta la acción en su curso, fuera dar un ejemplo de crítica radicalmente viciosa, puesto que ni el uno ni

el otro de estos esclarecidos poetas aspiraron a poseer las dotes por cuya ausencia se les acrimina. Un eclecticismo justo y elevado,¹ sin cuyo auxilio no cabe formarse juicios imparciales ni profundos, medirá los quilates del mérito en cada obra con arreglo a las condiciones que a su creación presidieron; y según se aproxime al tipo ideal que sirve de norma a los esfuerzos de cada escuela, o según de él se desvie, así será el voto que para su calificación pronuncie. Sólo quienes se hallen afiliados en las ya desacreditadas filas de una secta intolerante y fanática, incapaz de concebir, o de confesar al menos, belleza alguna fuera del estrecho círculo de sus ideas y aun de las fórmulas por ella consagradas, solo, digo, esos espíritus apocados podrán rehusarse a admitir tan filosófica doctrina como base de su criterio; y semejante exagerado sentir lícito es no tenerlo en mucho, sin merecer por ello la nota de arrogante. La índole de nuestro siglo es por fortuna más conciliadora. El adelanto analítico de la inteligencia nos ha hecho y recibirá por inconcuso el fecundo axioma de que si la humanidad es grande por ser eternamente una en esencia, no es menos grande por ser eternamente una en esencia, no es menos grande, y aun acaso más bella, por ser varia hasta lo infinito en aspectos; y que en el contraste perpetuo, para nosotros en cierto modo incomprensible, de ambos atributos, estriba el fenómeno de nuestra entidad moral, y el encanto de esa lucha siempre viva, en que agota sus bríos el espíritu por descifrarse el arcano de sí propio. Y puesto que la verdad típica y absoluta en que se encuentran resueltos y avenidos entre sí todos los términos del problema, ha de ser por lo mismo superior al vuelo de nuestros flacos alcances, está claro también que sus relaciones incompletas pueden ser múltiples a lo sumo y poseer en idéntico grado, no obstante su divergencia aparente, la calidad de verdades relativas. He aquí cómo viene a explicarse de una manera sencilla a la vez y profunda esa admirable variedad de métodos y escuelas en que se desahoga el vigor de la fantasía, revestida en su manifestación de mil caprichosas formas, que, respondiendo todas a las aspiraciones del alma, lograron despertar las simpatías y provocar el entusiasmo en apartadas épocas, bajo el imperio de encontradas creencias, y entre distintos pueblos o sucesivas generaciones. He aquí cómo la admirable pureza y sencillez de líneas del Partenón, la imponente robustez del arco romano, la informe grandeza del templo egipcio, el sombrío misticismo de las catedrales góticas, y aun acaso el fantástico diseño de las pagodas orientales, tienen igual derecho a recibir el tributo de nuestra admiración. He aquí finalmente por qué en la región abstracta de las ideas, no menos que en el recinto material y palpable del arte, no debe desdeñarse escuela alguna, y cómo es capaz cada cual de encumbrar-

¹ El eclecticismo de que hace alarde Dionisio Alcalá Galiano proviene de sus lecturas de Jouffroy, discípulo de Cousin y exponente de este pensamiento. Véase, *Specimens of Foreign Standard Literature Containing Philosophical Miscellanies from the French of Cousin, Jouffroy and Benjamin Constant*, Edited by George Ripley. Second edition (Boston: Hilliard, Gray & Co., 1838), Vol. 2, págs. 98 y 100. Esta influencia la he estudiado en mi trabajo sobre la polémica entre Dionisio Alcalá Galiano y Esteban Echeverría.

se hasta la mayor posible altura, siempre que una concepción clara y fecunda le sirva de base, que sepa interpretar las necesidades e instintos de su siglo, y que alcance por cualquier medio a conmover y halagar las delicadas fibras del sentimiento humano.

Asentado ya, y sobre tan sólidos cimientos, el derecho que asiste a todo poeta de no ser juzgado por otras doctrinas que aquellas dominantes en su ánimo, entra ahora la obligación de hacer aquí una especie de profesión de fe literaria: tarea quizá enojosa, pero tanto más precisa, cuanto que no basta con proclamar adhesión a los principios de esa moderna escuela lírica, apellidada romántica a falta de más adecuado nombre.

En efecto, los poetas de la anterior generación, que militaron bajo las banderas del mal llamado clasicismo, tenían un sistema de leyes perfecto, un código escrito y universalmente acatado, en cuya infalibilidad y supremacía profesaban ciega fe; y sobraba su adherencia al dogma, para que con los preceptos de **Horacio** y **Boileau** en la mano fuese deslindando minuciosamente el crítico si su observancia era estricta, o si en algún momento de descuido se había deslizado la mente hasta incurrir en el grave yerro de herejía. Pero como la moderna escuela, cuyas máximas se sustentan aquí (no por ser escuela, ni por ser moderna, sino por cuanto se juzga ver en ella más legítimo y fiel representante de las ideas e instintos contemporáneos) lejos de admitir semejante dictadura, ha erigido en principio la independencia, y casi cupiera decir la anarquía del individualismo, forzoso será explicar de que modo concibió el poeta sus tendencias, y por qué medios procura coadyuvar a la realización de sus conatos. A este fin no será ocioso presentar un ligerísimo bosquejo de la historia de nuestra poesía castellana, buscando allí el origen de las causas que provocaron y justificaron la revolución literaria comenzada hacia el año de mil ochocientos treinta y cuatro,² y consumado hoy día con éxito tan feliz y completo.

Dado que parezca aventurada la opinión que voy a emitir, en cuanto va contra la corriente de teorías generalmente admitidas y sancionadas por el voto de los más aventajados críticos, téngome yo imaginado, y no titubeo en afirmarlo, que los siglos medios no fueron un período de aquellos que, hablando con propiedad, pueden calificarse de poéticos; o para expresar mi sentir con mayor exactitud, diré, empleando el dialecto de la moderna metafísica, que su poesía era de un carácter objetivo más bien que subjetivo, externa y no interna: visible para nosotros que desde lejos contemplamos y analizamos la escena oscura y desconocida para quienes obraron como ciegos actores en el inmenso drama. Los influjos que se combinaron para crear semejante situación excepcional fueron varios, así como se notan sus síntomas, claros y manifiestos cuando se pretende escudriñar con detenimiento y sinceridad el verdadero estado de las cosas. En primero y principal lugar, fue aquella una época de acción por esencia y potencia, en que cortísimo hueco quedaba a la meditación, y menor espacio aún para madurarla y revestirla

² El prologuista alude a *El Moro Expósito* y al *Don Alvaro del Duque* de Rivas.

de esas formas seductoras que son parte integrante de la poesía y de la belleza, época eminentemente emprendedora, porque sólo así podía desempeñar su colosal faena, y obligada a reflexionar muy poco para no desalentarse a vista de los obstáculos que le atajaban el paso; época, en fin, tan exclusiva en su movimiento, que hasta los más ideales instintos del alma, como lo es, por ejemplo, el fervor religioso, preferían traducirse en hechos a exhalar en cánticos, y que supo acometer el majestuoso extravío de las Cruzadas, dejando a las edades venideras el encargo de entonar su apoteosis. Por otra parte, a la vez que había desaparecido toda la cultura, todo aquel refinamiento de ideas y estudios que tanto vale para estimular y aguijonear la fantasía, enderezando sus velos por acertado rumbo, faltaba así mismo esa elasticidad de la mente, ese candor, esa espontaneidad y frescura de sentimientos, que en la infancia de las sociedades suele infundirles tamaño aliento, y empujarlas en su carrera literaria hasta hacerlas tocar en la cumbre de la posible perfección. Europa, durante lo que confusamente llamamos edad media, cuyos límites aparecen algo dudosos, si bien sin disputa abarca desde la restauración del imperio de occidente por Carlomagno hasta la caída del trono Bizantino y el renacimiento contemporáneo de las letras en el siglo décimo quinto; Europa, digo, durante ese largo trozo de su existencia, no fue verdaderamente ni una sociedad nueva, ni una sociedad añeja, sino mejor dicho, una extravagante mezcla de entrambos atributos. La caduca y gastada civilización de los antiguos empezó desde luego a desmoronarse, y acabó por desaparecer en su forma primitiva; pero los escombros que de su caída resultaron, entraban a la parte con aprecio en la construcción de la nueva fábrica, y representaban el elemento de lo pasado; mientras los pueblos bárbaros, en el orden material, con sus costumbres salvajes, sus leyes ásperas y sencillas y su recelosa inexperiencia, y las elevadas doctrinas del cristianismo en el orden intelectual, daban el complemento de la obra, siendo fieles representantes de los intereses modernos y progresivos. Tardó en consumarse el amalgama a proporción de su dificultad e importancia; y mientras la obra de reorganización no estuvo completa, cuanta actividad mental conservaban los pueblos se dedicó a cooperar al logro de la empresa. La poesía no hubiera sido quizá mal instrumento para conmover al ánimo de las masas y prepararlas a sus nuevos destinos, caso de que hubiera existido cierta homogeneidad de ideas que hace la inspiración comprensible para la muchedumbre, y le presta un poderío, por decirlo así, eléctrico sobre las sensaciones universales; mas como de tal homogeneidad no existiese ni aun el más leve rastro, y como un vulgo ignorante y supersticioso era incapaz de prestar oídos a tan robusta entonación, o callaron los poetas verdaderos, o quizá no los hubo, según el sentir a que me inclino, porque rara vez gusta la Providencia de ver sus dones desaprovechados en lo absoluto. Cerrada esta puerta, tomaron los estudios más encumbrado, si ya tal vez más árido sendero: el corto número de cabezas privilegiadas que componían la oligarquía intelectual de la época, lanzáronse en los oscuros abismos de la metafísica, y fuera hacer injusticia a sus tareas negarles el mérito de poseer lógica, arrojo y profundidad

de pensamientos. La contienda de los teólogos realistas y nominales (pues la filosofía y la teología andaban con sobrada razón unidas) nos presenta la exposición de todos los sistemas posibles, desde el más lato y vaporoso panteísmo hasta el escepticismo pirrónico más audaz y arraigado; pero aun cuando tales sutilezas contribuyeron, y no poco, a festinar el movimiento civilizador, confirmaron el estado de abyección en que estaba la poesía, por cuanto cautivaron y monopolizaron todas las inteligencias escogidas. Sólo un poeta, un verdadero poeta, nos ofrecen los siglos medios, si ya esta excepción (de que pronto habremos de ocuparnos) presenta tan gigantescas dimensiones, que bastaran de por sí para afianzar su eterna y esplendente fama.

No se apartaron las cosas de su curso natural en nuestra España, nación cual otra alguna aquejada por los inconvenientes propios de la época, pues el benéfico influjo que pudo ejercer su contacto con la brillante pero superficial (y acaso celebrada en demasía) civilización morisca,³ hallábase con usura neutralizado por los estorbos que dicha vecindad trajo consigo. El desahogo de los enconos civiles, ya entre los diferentes Estados que fraccionaban la monarquía, ya entre los diferentes Estados que fraccionaban la monarquía, ya entre los reyes y sus poderosos vasallos, ya entre los mismos potentados feudales, fue el único intermedio, el único descanso a las escenas de aquel grandioso drama, que, según los fluidos y armoniosos versos de un poeta casi contemporáneo, se prolonga por espacio de ocho siglos.

*Desde que el cielo airado
Mostró en Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;
Hasta que rotas fueron
Sus últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos Arabes
Las cruces de Isabel. (Moratin)*

Esa obstinada empresa, esa encarnizada lucha, sin igual por su constancia e indomables bríos en los anales de la humanidad, acompañada también de tamañas zozobras en el primer período de su duración, absorbía todas las facultades del espíritu, y no daba treguas a sentir, cuanto menos a expresar diferentes afectos. La nación entera fue como un vasto campamento lleno de soldados valientes, codiciosos y animados de una fe religiosa tan viva

³ Al manifestarse no muy ferviente admirador de la civilización musulmana, el joven Galiano va en contra del sentir general de los románticos que veían en aquella civilización una prodigiosa fuente de inspiración.

y sincera, que bastaba por sí sola a satisfacer las aspiraciones del alma: circunstancias todas, a cual menos favorable para el desarrollo de las sensaciones poéticas. No es esto decir que el torrente del movimiento intelectual fuese completamente nulo, porque entonces se hubiera falseado la índole progresiva de las sociedades occidentales, a cuya gran familia pertenecemos y hemos pertenecido siempre; pero sí afirmar que su curso era lento y encubierto, y muy escaso su caudal para subir a fecundizar las erguidas regiones de la fantasía. Por eso, aun cuando no faltan versificadores, carecemos durante ese largo período de un verdadero poeta, así como carecen todas las naciones europeas, con excepción de Italia; y si acaso se tuviese por demasiado severo o general este fallo, apelo para su confirmación al examen de las **poesías castellanas** anteriores al siglo quince, recogidas y dadas a luz por un erudito literato de la generación pasada.⁴ Allí veremos con los ojos de la sana crítica, que si el instinto poético, latente en el corazón del hombre, forcejeaba por abrirse paso, dando ser y forma a su confuso anhelo, estuvo el éxito obtenido muy lejanos de corresponder al noble móvil de tan árdua tentativa. El poema del Cid, por más que se afanen en pregonar su mérito quienes, adoptando el lema de **ignotum pro magnifico**, se empeñan en ensalzar cuanto antigualla se presenta envuelta entre las tinieblas de los pasados tiempos, está absolutamente desnudo de todo valor literario, a no ser que esclarecidas las dudas acerca de la época exacta de su composición, sirva de guía en los estudios sobre la formación y antigüedad de la lengua. Un corto fragmento descriptivo en que se retrata con cierta energía, pero con bastante rudeza, la acometida de un escuadrón de guerreros (y a esto juzgo que vienen a reducirse sus bellezas tan decantadas) mal puede cubrir los defectos de ese cronicón redactado en ásperos y desiguales alejandrinos, donde la carencia de ideas y la pobreza de invención corren parejas con la aridez y desaliño de la forma. Todo revela allí la creación informe de una sociedad semi-bárbara; y a la naturaleza inculta del árbol corresponde el sabor ingrato de sus frutos. Respecto a las leyendas de **Gonzalo de Berceo** todas las opiniones van acordes. Dado caso que los códices de sus manuscritos no hayan sido retocados por manos ajenas con fecha muy posterior, lo cual me parece algo más que dudoso, solo podrá concedersele la calidad subalterna de versificador correcto y dotado de gran delicadeza de oído para aprovechar cuantos recursos de armonía se suministraba a la sazón el estado de la lengua. Del poema de Alejandro, con más subidas pretensiones y mayor pedantería, como que rebose en imitación risible de las epopeyas clásicas, apenas cabe decir otro tanto en su abono. Dotadas de prendas más relevantes, tampoco alcanzan las festivas composiciones del **Arcipreste de Hita** a descollar entre sus rivales; ya porque perteneciendo al género satírico, se hallan colocadas en la más ínfima categoría de los ensayos poéticos, fruto más bien del ingenio que del sentimiento o la imaginación, ya porque la obra está muy distante

⁴ Es de suponer que alude a la Colección de poesías castellanas anterior al siglo XV de Tomás Antonio Sánchez publicadas en 1779.

de ser perfecta, aun en su especie, dado que la agudeza natural del autor se manifieste de vez en cuando con rápidos destellos. Si a esto se añaden algunos romances toscos en su metro, sencillos en su narración, patéticos en varias ocasiones, monótonos casi siempre y faltos de atractivo (porque los buenos romances, honra y prez de nuestra literatura son de época mucho más adelantada), tendremos un catálogo completo de las poesías españolas anteriores al reinado de D. Juan el segundo, y podremos formar de su insignificación cabal idea.

Me he dilatado algún tanto en el anterior bosquejo, porque importaba demostrar que cuando a mediados del siglo décimo quinto comenzó la musa castellana a despertar de su letargo, carecía de antecedentes y tradiciones nacionales donde buscar ancho y sólido cimiento a la nueva fábrica. Así fue que desde sus primeros y titubeantes pasos manifestó tendencia a sacar modelo de entre los pueblos extraños, para que sirviese de norma a sus creaciones: falta de espontaneidad que fue como el pecado original de nuestra poesía, que atajó infinitas veces su vuelo, y ha sido origen de trabas y embarazos, que en raras y no muy felices ocasiones hemos logrado superar hasta ahora.

Extrañeza puede causar tal acusación de extranjerismo dirigida contra la infancia de nuestra literatura, a la que se juzga en lo general por exenta de semejante tacha; mas no por eso será menos cierto que mientras la teoría la abona, un análisis cuidadoso de los hechos lo confirma. En la carrera de la civilización habrá cobrado Italia gran ventaja a los demás pueblos europeos, merced al combinado influjo de varias causas que obraron a una sobre aquella tierra privilegiada, no menos famosa por el esclarecido ingenio de sus hijos, que por la belleza de sus fértiles campiñas, y en cualquier época merecedora de que la saludemos con la magnífica apóstrofe en que prorrumpió el entusiasmo de Virgilio:

**Salve, magna parens frugum, saturnea tellus,
Magna virum... (Georgicas, libro II).**

Centro de la vida social en el mundo antiguo, habíanse reconcentrado allí las últimas chispas que sirvieron más adelante para reanimar su apagado aliento, y centro así mismo de la organización religiosa en el mundo nuevo, se halló colocada a la cabeza de los pueblos nacientes en la carrera que emprendían para crearse nuevos destinos. Por otra parte, la actividad de su comercio, ensanchando las ideas, acrecentando la riqueza, y estimulando al goce de su tempestuosa libertad municipal, contribuyó no poco a madurar los frutos de su inteligencia. Finalmente, la terrible y porfiada lucha de que fue teatro entre la santa sede y el imperio, la potestad temporal y la potestad espiritual, la obligó a desentrañar y discutir los principios fundamentales en que estriba la organización de las sociedades; y con la pugna de encontradas creencias y sistemas provocó ese espíritu a la vez de incertidumbre y dog-

matismo, que tanto favorece el desarrollo de las facultades poéticas en el alma. Así es que mientras el resto de las regiones occidentales permanecían sumidas en las más densas tinieblas, y cuando ni aún comenzaban a despuntar en el horizonte los primeros albores del futuro día, apareció Dante cual Sol claro y refulgente en el cielo de Italia, inundando a la atmósfera desde el zénit con el espléndido raudal de sus vivos resplandores; Dante, padre de la moderna poesía, y acaso el mayor ingenio que ha descollado por todo el largo curso de los siglos; Dante, cuya comedia verdaderamente divina encierra en sí tan inagotables veneros de sublimes bellezas, que a no ser por el peligro de promover la imitación (siempre dañina) debiéramos tenerla sin cesar como modelo y pauta ante los ojos. Desde aquel punto la literatura italiana tuvo ser y forma decidida, sin que aun en los momentos de su mayor decadencia, llegara completamente a extinguirse. Y como la comunicación de los diversos pueblos entre sí, aunque muy lejos de poseer su actual actividad, no era tampoco tan nula como algunos pudieran imaginarse, semejante ejemplo cundió por la porción más crecida de Europa, donde sirvió de estímulo, de guía. Por qué conducto se transmitiese a España su influjo, cosa es muy difícil de averiguar con certeza; pero sí sabemos que, además de las activas relaciones existentes con la corte del Vaticano, las galeras de Génova aportaban a nuestras playas, y que la posesión de Sicilia había convertido a los reyes de Aragón en monarcas italianos. En el dilatado plazo de un siglo, cualquiera de estos medios era más que suficiente para explicar el fenómeno: lo inexplicable fuera que, idénticas ambas naciones en origen y creencias, semejantes casi en habla, leyes y costumbres, y vecinas por situación geográfica, hubiese escapado nuestra España a la acción de causas que operaron sobre países ligados con vínculos mucho menos estrechos. Esto en cuanto a la teoría: trataremos ahora de buscar su confirmación en los hechos. El esfuerzo de más subidas pretensiones que muestra ese período de infancia es sin duda el poema de Juan de Mena, y vienen a reconocer casi unánimes los críticos modernos. Ahora bien, según observa un autor extranjero (*) poco atinado por lo general en sus juicios, pero cuya vasta erudición le hace tropezar a veces con grandes verdades, cierta analogía que se nota en el plan y dirección de esta obra con la *divina comedia* llega al extremo de no poderse atribuir a caso fortuito, sino a imitación marcada, sobre todo si se atiende a sus fechas relativas, y a que la flojedad del desempeño corresponde muy mal en nuestro compatriota a la grandeza de la concepción fundamental, desnivel que prueba bien a las claras como, desconfiando de sí mismo, trató de apropiarse inspiraciones ajenas. Y puesto que con tan notable ejemplo se convierten en excusadas nuevas pruebas de las tendencias extranjeras que comenzaron a predominar, apuntaré aquí otro indicio, aunque más pequeño, no por eso despreciable. En varias letrillas del mismo tiempo (entre las que podrá servirnos de muestra aquella inserta por Quintana

* Bouterwech: HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

en su conocida colección,⁵ y que comienza: **Ya la gran noche pasaba**) se expresan los afectos del amor en tono tan alambicado, conceptuoso y frío, que desdice abiertamente de la índole severa y apasionada del carácter nacional, mientras recuerda la insulsa puerilidad de las trovas lemosinas, introducidas a la sazón en Italia.

Pero sea como fuese respecto a este primer ensayo de la musa castellana, no merecé que se haga en ello gran hincapié, puesto que pasó como fugaz llamarada que ilumina por un momento las sombras de la densa noche, y muere luego sin dejar de sí rastro, sirviendo sólo de hacer la obscuridad visible. Apenas desapareció la mano protectora del Rey D. Juan, y se hundió en el polvo la generación alentada por los favores de aquel ilustrado aunque débil monarca, y de su gran Condestable,⁶ cuando se apagó el ardor de la inteligencia, que mal pudiese sin semejante apoyo sustentarse en medio a una sociedad tan apática y atrasada, donde faltaba aún el estímulo de la vida política. Las vergonzosas revueltas que señalaron los últimos años de D. Enrique del Impotente entorpecieron de un modo visible el movimiento intelectual, sin que por lo tocante a la poesía bastase a subsanar los daños el glorioso y activo reinado de los Reyes Católicos; dimando esto de causas, cuyo examen, sobre ajeno de nuestro propósito, sería demasiado largo de investigar aquí, y que nos arrastraría a hondas discusiones más bien políticas que literarias sobre el régimen de gobierno y administración planteado por esos gloriosos monarcas. Bástenos pues afirmar un hecho incontestable. Los armoniosos, melancólicos y sentidos versos de Jorge Manrique [joya de tan alta valía, que ni en nuestra literatura ni en las extrañas será dable acaso encontrar otra de más subidos quilates] fueron el canto del cisne de ese primer período. Siguióse luego una turba de ínfimos copleros, y para encontrar poetas habremos de adelantarnos hasta los primeros años del Emperador Carlos V en que se dió a conocer el erudito Boscán y floreció el divino Garcilaso.

Inauguróse bajo brillantes auspicios esta nueva era, principio de lo que suele llamarse el siglo de oro de nuestra literatura.

El dulce **lamentar de los pastores** repetido en tan nuevos y melodiosos acentos, sedujo y avasalló los ánimos, arrastrando en pos de sí todas las voluntades. El triunfo de la nueva escuela fue rápido y absoluto, a punto que bien puede bajo ese concepto compararse a la revolución que hemos presenciado en nuestros días; y no fuera lícito disputar su conveniencia, cuando tan patentes están el espíritu de progreso que le sirvió de móvil y las mejoras que en todos los ramos del saber produjo. Mas no es al tiempo mismo menos cierto, y en ello corre acorde al sentir de todos los críticos, que bajo su influjo acabaron de borrarse los últimos vestigios de nacionalidad. No ya solo el sesgo de las ideas y los modos favoritos de expresarlas se amoldaron

5 Ver Manuel José Quintana. *Poesías Completas*. Edición de Albert Derozier (Madrid: Castalia, 1969).

6 Se refiere a don Alvaro de Luna.

el ejemplo de los Maestros Italianos, sino que hasta la parte material, por decirlo así, de las composiciones poéticas, dió evidentes señales de la mudanza acaecida. El rotundo y modulado endecasílabo, venido entonces de extrañas tierras, casi dominó sin rival, desterrando a los antiguos metros castellanos, todos de sílabas pares y de cadencias algo acompasadas, que solían variarse en ciertas ocasiones con los versos cortos o de pié quebrado; y el terceto, la octava de Ariosto, el soneto, la canción y aún la sextina, con otras varias combinaciones de origen italiano o de análoga índole, se substituyeron a la octava de Mena, a las letrillas y demás formas de versificación antes en uso. Ni considerado el inmenso adelanto que desde luego pudo percibirse, y que dejó ya reconocido, es de lamentarse en su conjunto este cambio, o aún lo fuese en parte, a no mediar una circunstancia en lo sumo desfavorable. Mil veces preferible es para una sociedad la espontánea revelación de sus aspiraciones, porque la planta indígena crece siempre y se desarrolla con mayor lozanía; pero si el terreno se mantiene erizo sin presentar indicios de propia feracidad, o se mira cubierto de malezas y zarzas, útil será derramar en él buena simiente, que llegando a prender y aclimatarse, producirá a su tiempo sazonados frutos. En el comparativo atraso de nuestra España no me quejo pues de esa iniciación a las ideas de un pueblo más progresivo; pero me duele sí, que las doctrinas del maestro se hallasen ya viciadas, y contaminado con una activa ponzoña el manantial donde acudimos sedientos a satisfacer los deseos de nuestra naciente y fogosa inteligencia. Italia degenerada política y moralmente; Italia, que debió expiar con prematura vejez el brillo fugaz de su temprana juventud; Italia, que caminaba desde luego con pasos agigantados hacia aquel período de abatimiento y degradación en que se vió condenada a lidiar con el brazo de extraños aventureros, para quedar siempre esclava, vendida o vencedora:

No te vedrei del non tuo ferro cinta
Pugnar col braccio di straniere genti
Per servir sempre ó vincitrice ó vinta,⁷

Italia no pudo sostener por largo espacio la robusta entonación del poeta gibelino. Apareció pues al cabo de un siglo, y aunque de muy diverso carácter, otro gran poeta; grande al menos por el séquito que obtuvo entre sus contemporáneos y la colosal reputación que supo granjearse, y de que logró conservar en toda edad parte no pequeña. Era este el Petrarca, de quien pudiera decirse, aplicando el sistema de antagonismo dominante en las mitologías orientales, que representa en la literatura meridional el principio malféfico de la destrucción y la muerte, así como hallamos en Dante personifi-

⁷ Esta cita proviene del segundo terceto del soneto "All'Italia" de Vincenzo Filicaia (1642-1707) Ver *Poesía del Seicento (Parnaso Italiano)* a cura di C. Muscetta e P. P. Ferrante (Einaudi: Torino, 1964), Vol. I, págs. 961-962.

cado el opuesto germen de adelantamiento y vida. No que yo niegue las superiores prendas de que estaba adornado, pues mal hubiese podido sin ellas subir a puesto de tanta preeminencia, o deslumbrar aun a sus más ciegos apasionados. Cuanta magia cabe en el estilo, cuantas seducciones y encantos puede ostentar la forma, todo se halla prodigado a manos llenas en sus escritos, salpicados además con abundancia de suaves y delicados pensamientos; pero no obstante esas mismas dotes subalternas, ¿cómo habremos de comparar al ingenio que deslía en centenares de sonetos una pasión, acaso ficticia, con aquel sublime maestro que traza en un solo terceto, el más perfecto cuadro y se abre en pocos y valientes rasgos vereda para penetrar hasta los más íntimos escondrijos del corazón, haciendo vibrar las cuerdas de sus más ocultas afecciones? Así al nervio y profundidad de la idea vino a reemplazar la sutileza; al desnudo, pero original brío de la expresión, la exagerada gala y el amaneramiento, causas todas de inevitable ruina, cuyo influjo comenzó luego rápidamente a desarrollarse entre el **ganado servil de los imitadores**. Además, y como si no fuesen bastantes tantos y tan poderosos motivos de corrupción, vino a añadirse otro nuevo principio de tendencias estacionarias la excesiva admiración, o mejor digamos, el culto idólatra que se profesó en la era pedantesca del renacimiento a los autores de la clásica antigüedad. No era aquel respeto que merecen y siempre han de merecer tan acabados modelos, sino un ciego fanatismo, que, cerrando sus oídos al dictado de la razón, nada llega a discernir, y admite como de igual valor los errores y los aciertos: no era la noble emulación, que empapada en el espíritu que animó a esos genios privilegiados, se lanza por nuevo sendero, como el discípulo de Virgilio y admirador de Estacio, para competir con ellos y emparejar su curso en la carrera de la inmortalidad, sino un cobarde anhelo de imitación, que va rastreando sus huellas y acorta el paso, sin reparar en lodazales ni cuidar de los tropiezos, con tal de calcar sus pisadas en la loca esperanza de poder así alcanzarlos. Tales eran los vicios que encerraba la escuela dominante de Petrarca, cuando, deslumbrados por la aparente hermosura de sus frutos, pretendimos trasladarlos al suelo de España, sin reparar en el gusano roedor que se anidaba bajo tan seductora como engañosa corteza.

Acaso podrá juzgarse que hay en esta condena una contradicción a la teoría que llevo asentada sobre la bondad relativa de cualquiera escuela; mas pronto se verá que no es así, si se atiende a las condiciones que desde luego impuse a mi doctrina. Fue mi primera exigencia que una concepción clara y fecunda presidiese a sus esfuerzos, y aquí lo que se descubre es un germen de incurable esterilidad: fue la segunda que correspondiese a las necesidades e instintos de su época, y ésta se hallaba ahora manifiestamente falseada. ¿Qué identidad o analogía será dable descubrir entre la situación moral de dos pueblos que recorrían tan diversas fases de su existencia? Exhausto aquél de aliento, y embotadas ya sus emociones; rico éste de juventud y de esperanzas; postrado aquél por los caprichos de la suerte, y ceñida su ambición a mudar de servidumbre; orgulloso dominador éste del

orbe, y árbitro de los destinos europeos, mientras se abría paso con su espada vencedora a través de remotos mares y regiones desconocidas, para dilatar sus dominios por todo un nuevo mundo y plantar un semillero de colosales imperios destinados a perpetuar su nombre, sus costumbres y su gloria; ¿qué semejanza de afectos podía entre ellos prevalecer; qué vínculo enlazar sus sentimientos? ¿qué forma serviría de órgano adecuado para exhalar en dignos tonos los cánticos que nacían de tan diferentes impulsos? Por eso, aún concedido que la insulsa sencillez de la poesía pastoral y el alambicado refinamiento de los conceptos amorios no repugnasen a la índole de la sociedad italiana hacia principios del siglo décimo sexto, podría afirmarse aún que su traslación a España presentaba graves inconvenientes, y levantó no pequeños obstáculos al libre y feliz desarrollo de nuestras facultades intelectuales.

No por eso incurriré en el absurdo de insinuar que esta época de nuestra literatura esté desnuda de timbres, o que escaseen en sus páginas bellezas de la más elevada categoría. Semejante exageración, sobre chocar de frente con los hechos, cuyo exámen bastase a desmentirla, pecaría además por ser eminentemente antifilosófica. La fuerza vital, reconcentrada por tantos siglos de inacción en un pueblo dotado por la naturaleza de viva y ardiente fantasía, habría de estrellar de vez en cuando, rompiendo toda barrera; ya la savia elaborada en tan prolongado invierno, desahogó su poderío en verdes ojos y lozanos vástagos. Mas sin embargo puede asegurarse, que estos felices momentos de los poetas pertenecientes a la primera mitad de nuestro siglo de oro, son hijos de la inspiración que brotó en su ánimo, no porque las doctrinas y el método generalmente admitidos la favoreciesen, sino superando los embarazos que éste y aquéllas le oponían. Un detenido análisis de las obras de cada escritor, útil acaso para corroborar lo exacto de mi sentir, nos llevaría muy lejos; pero bastará el examen de ellas en su conjunto, para convencernos de que no ando tal vez muy descaminado.

En las producciones de cuantos poetas forman este grupo (en cuyo número cuento a Garcilaso, Fray Luis de León, Herrera y Rioja con otros de menos valía hay ciertas cualidades que saltan desde luego a la vista), que son a todas comunes, y al propio tiempo peculiares y exclusivas de ellas. Lo primero que puede notarse es su comparativa escasez, tan opuesta a la natural propensión de nuestro genio nacional, terreno cuya innata feracidad antes se inclina a engalanarse de una vegetación lujosa en demasía. Así cuando le vemos rendir tan pobre cosecha, nos asiste sobrado fundamento para juzgar que la semilla esparcida no era la más a propósito para arraigarse en su seno, y que las condiciones que se había impuesto la mente para dirigir su creación, obraban como especie de rémora, entorpeciéndola a cada instante en su desarrollo. Pero aún existe otra circunstancia, no menos notable por ser de mayor bulto y a la vez más decisiva; esto es, la extraña, la perpetua, la asombrosa desigualdad que por donde quiera se nos presenta y nos aflige en los ingenios de la edad citada. ¿Quién podría reconocer en su tercera égloga al cantor de Salicio y Nemoroso? Fray Luis de León, el más ideal, el más espontáneo de los poetas españoles cuando se remonta en alas de su en-

tusiasmo, ¿no llega a caérseles de las manos [según dice otro insigne y aventajado crítico de nuestros días]⁸ tan luego como el calor le abandona? ¿Qué insondable abismo no media entre aquella voz de dolor y llanto del gemido en que prorrumpie Herrera, exaltada su mente por un sentimiento de legítimo dolor, y esos fríos, monótonos y alambicados acentos que salpican sus elegías por la muerte de Heliódora, elegías que para cuantos no se empeñan en admirar a ciegas pasarán lisa y llanamente por ilegibles? Y el mismo Rioja, más sostenido por ser tal vez más artificial ¿es acaso en sus delicadas pero lánguidas silvas a las flores el mismo robusto ingenio que llora ante las ruinas de Itálica? Por todas partes desnivel: he aquí el defecto capital con que tropezamos, si ya más visible según nos aproximamos al origen, prueba evidente de que el método era falso y no correspondía al vigor de la situación, por cuya causa ni podía el espíritu coordinar sus esfuerzos, ni hallaba el debido apoyo en los momentos inevitables de flaqueza. Una sola excepción conozco a semejante regla, y esa está en los escritos de ambos Argensolas,** versificadores del orden puramente material, que si nunca se hundén, tampoco se elevan, y cuya poesía hecha como a compás y escuadra, merece casi el nombre de ser el vacío organizado, claro indicio de que si la sagaz aplicación de las reglas era propia para encubrir los defectos, no lo era menos para apagar a una el fuego de la imaginación.

Acabase tan ingrata lucha por agotar y extinguir los bríos de la más robusta inteligencia, a no interponerse otra reacción, a cuyo abrigo cobró nuestra literatura un sesgo más espontáneo. Esta mudanza pasó hasta aquí desapercibida, o cuando menos no se ha dado a su importancia el justo realce, porque la crítica en lo tocante a nuestra historia literaria puede decirse que yace aún en mantillas.⁹ Los extranjeros que de ella se ocuparon apenas hicieron más que amontonar dislate sobre dislate, cosa a la verdad no extraña, si se atiende a la comparativa escasez de sus conocimientos, y a que por lo general anduvieron descarriados buscando un tipo fantástico de nacionalismo en las supuestas tradiciones de la edad media, mientras los propios autores jamás se han visto colocados en circunstancias favorables para dedicarse con desahogo al desempeño de semejante tarea. A los del siglo décimo sexto y séptimo les estaba vedado por la índole misma de su época muy atrasada en punto a los estudios filosóficos, no sólo acá en España, sino en la Europa entera, para proseguir con acierto esas áridas pero profundas investigaciones;

8 Alude a Quintana quien lo expresó en su "Introducción histórica a una colección de poesías castellanas". Ver *Obras completas*. Edición de Antonio Ferrer del río (1851) en *Biblioteca de Autores españoles*, Vol. XIX, pág. 133.

9 Ya en su polémica con Esteban Echevarría había recurrido a la misma expresión de "yacer en mantillas". Entonces se refería a la literatura hispanoamericana que consideraba aún "en mantillas".

** Alguno que otro soneto de mérito indisputable no rebaten mi sentir, porque el soneto (sin negarle sus prendas cuando sea bueno) es composición de tan artificial estructura, que antes indica fuerza de ingenio y agudeza que rica y lozana fantasía.

y algún atisbo aislado, algún golpe maestro, aunque dado como a ciegas, que pudiesen entresacarse de sus escritos, no basten ni con mucho para llenar el vacío. A los del siglo décimo octavo y principios del corriente, firmes sectarios del clasicismo francés, les provino la dificultad de muy diverso origen, dado que ellos mismos se atajaron el vuelo. La crítica de esta escuela pecaba en su propia base, y las doctrinas en que se hallaba cimentada la condenaron a perpetua impotencia. Ciñendo la belleza a una sola forma, encajonando los raudales del sentimiento por recto y trazado cauce, negando por fin la variedad de los impulsos creadores, y colocando su ideal en el método y en la carencia de ciertas faltas, no le era dable en la formación de sus juicios individuales escapar a la mezquindad y pobreza de espíritu que por donde quiera rebosaban en el principio matriz. Ir minuciosamente comparando la ejecución de la obra con los preceptos, tal es la suma de su poder, casi he dicho de su ambición. Aquella mirada escudriñadora, que despreciando los accidentes, penetra hasta la esencia misma de las cosas, aquella vasta concepción, que remontándose hasta los oscuros manantiales del entendimiento humano, abarca de un solo golpe su enmarañado curso por el inmenso campo de los siglos; aquella teórica fecunda y comprensiva capaz de discernir y de tributar su debido precio a cualquiera revelación de nuestras facultades; cuanto hay por último de elevado y provechoso en la verdadera crítica, todo esto se hallaba situado en una esfera superior a sus débiles alcances. Y así cuando tropezaba con algún objeto situado más allá del estrechísimo círculo de su ramplona actividad, trataba de disfrazar su ignorancia bajo un aire de desdeñosa maestría, condenando sin más explicaciones cuanto pecaba contra **las reglas del buen gusto**; y lejos de consagrar sus vigili-
as a discutir filosóficamente el trabajo intelectual de las generaciones pasadas, creyó satisfacer cumplidamente toda exigencia cuando hubo manifestado su aversión al culteranismo, y cuando tributó un recuerdo compasivo hacia

La juventud de España corrompida
De Calderón por la funesta vena.***

En cuanto a los críticos de la escuela contemporánea capaces de juzgar con acierto e imparcialidad de lo pasado, vieron monopolizadas hasta aquí sus fuerzas en atender a los cuidados de lo presente. Los unos recogieron bastante cosecha de laureles en combatir por la independencia del espíritu, alzando el pendón de la nueva escuela, y arrostrando la furiosa acometida de las añejas preocupaciones y de sus acreditados sectarios, y justo será que gocen por ahora el merecido premio saboreando en reposo los frutos de la victoria. Los otros, ocupados en cimentar y organizar el conquistado imperio, emplean mejor sus horas confirmando las creencias titubeantes, alentando a los ingenios del día y allanando la senda que conduce hacia un porvenir henchido de alhagüeñas esperanzas. Otros por fin, envueltos sin cesar en los vaivenes y azares de la vida pública, apenas hallan un momen-

*** Moratin

to de ocio que invertir en sus recreos literarios. He aquí pues las causas que han impedido hasta ahora poner de manifiesto la honda escisión que existe entre la primavera y segunda mitad de nuestro siglo de oro, período que fue generalmente considerado como tan compacto y homogéneo.

Pero la escisión es innegable, aun cuando no quepa señalar a punto fijo el momento en que asomó, ni acaso aquel en que llegó a consumarse. Baste saber que en Lope de Vega ostenta ya su cabal triunfo, y que de allí en adelante militaron bajo sus banderas los más esclarecidos ingenios, Quevedo, Calderón, Góngora y Villegas con otra muchedumbre de poetas por cierto no despreciables, ya del género dramático, ya del lírico. En cuanto a su índole, estuvo principalmente señalada por el amplio desarrollo de las tendencias orientales que de tiempo inmemorial parecen arraigadas en nuestro suelo; y de una filosofía fatalista a la vez e irónica, en que la reconcentrada amargura del desaliento lucha con la inquietud y grandeza de sus vagas aspiraciones. En verdad, por lo que hace a la ironía, si se quisiese buscar un hecho palpable como característico de la nueva escuela, pudiera citarse la poesía jocosa, sumida antes en completo abandono, y cultivada ahora casi sin excepción con infinito acierto: nueva prueba de que el genio de nuestra raza iba recobrando el perdido terreno, porque si la ignorancia de los extranjeros ha pretendido atribuirnos como prenda una seriedad exagerada, somos en realidad la nación de toda Europa más apta para percibir el lado ridículo de las cosas, y tan aficionados a las bufonadas y la chanza, que cuando no encontramos contra quien asestar las burlas, solemos mofarnos de nosotros mismos. Pero al propio tiempo pudo notarse desde luego en las obras serias otra entonación más elevada. Buscóse ya la fuerza, no la gracia, la energía, no la sutileza del pensamiento. El amor, menos refinado en sus conceptos y más material acaso, respiró mayor fuego. Prefirióse en el adorno la pompa a la suavidad, y la misma versificación ganó en lo sonora y armoniosa cuanto pudo perder en punto a dulzura y melodía. Los metros sufrieron también nuevo trastorno, reapareciendo el octosílabo, que ya en su forma asonantada, ya en redondillas y quintillas, usurpó casi exclusivamente la escena, y formó nuestros bellísimos romances. Nació entonces nuestro magnífico teatro, envidia de todas las naciones; y entonces en fin, por la abundancia y la gala de nuestro ingenio adquirimos no menor preponderancia en las letras que en las armas, y estuvimos por el espacio de un siglo al frente de la civilización, dirigiendo el movimiento intelectual del mundo. Todos los pueblos occidentales acudieron a su turno para admirar nuestra opulencia y tomarnos por norma: supremacía que difícilmente hubiésemos alcanzado ciñéndonos al humilde papel de imitadores, aun suponiendo que en la imitación llegásemos a competir con nuestros maestros los italianos. No fueron por cierto Garcilaso ni Herrera los que cimentaron nuestra nombradía literaria, ni los que extendieron nuestro influjo por ajenas tierras; fueron sí, Lope, Calderón, Quevedo y Góngora, los autores cuyas obras se miran cuajadas de mayores faltas, y a los que se tacha (no sin algún fundamento) de tener el gusto más pervertido, pero que fueron a la par los poetas más verdaderamente españoles.

Pasó empero este feliz período de esplendor y fama cual un fugaz relámpago y violento meteoro. En vez de mirar afianzado el porvenir de nuestra literatura y de verla perpetuarse a través de sucesivos cambios, varios acaso en caprichos accidentales, pero fieles todos en la esencia al tipo fundamental (cual aconteció en Inglaterra desde los días de Shakespeare hasta la presente era) la consideramos precipitarse hacia la más completa ruina, empañado su brillo, olvidada de sí propia, y perdida casi hasta la memoria de su prosperidad reciente. A una generación hercúlea siguióse otra raquíca: colosales gigantes engendraron por hijos invisibles pigmeos. Dos causas, aunque de muy desigual importancia, concurrieron a provocar tan aciagos destinos; y conviene analizarlas con algún detenimiento para que nos sirva de luz cuando lleguemos al examen de la situación actual.

Parte tuvo y no leve en fomentar las semillas de corrupción la manera en que vino a consumarse el indicado movimiento de nacionalismo, fruto más bien del instinto y la necesidad, que del cálculo y madurado raciocinio. Al desechar las tradiciones de la escuela puramente italiana, cedieron los revolucionarios de entonces al vago deseo de romper las trabas que por donde quiera entorpecían el uso de sus facultades; pero satisfechos con el logro práctico de su intento, no quisieron darse cuenta a sí propios de la obra que habían acometido, proclamando una teoría razonada a que arreglar su conducta, por cuyo motivo el movimiento resultó incompleto. Dígase cuanto se quiera contra la aridez e inutilidad de los principios estéticos, su auxilio es a lo sumo provechoso, y rara vez se consigue crear un método verdaderamente original y fecundo, si falta ese apoyo en que cimentar la fábrica, esa regla para armonizar sus líneas, esa guía al trazar sus proporciones. Si los innovadores hubiesen procedido a impulso de meditado convencimiento; si al separarse del modelo hasta allí seguido, hubiesen creado y definido otro en su mente, si su protesta contra lo pasado se hubiese elevado de la región de las ideas, quedarán arrancadas de cuajo las raíces de muchos vicios que subsistieron aun, dando abundante cosecha de amargos frutos, y contribuyendo no poco a desvirtuar las ventajas de la reforma. Ni se crea que hay en esto una ilusión exagerada: ejemplo tenemos y de bulto, que lo demuestra hasta la evidencia. Sólo en el teatro hubo sistema, y el teatro es la joya inestimable de nuestro Parnaso. Cedió Lope a la feliz inspiración de proclamar a voz en cuello que, encerrando las reglas bajo llave, iba a soltar la rienda de su emancipada fantasía, y ya a sabiendas caminó sin más antorcha para iluminar sus pasos que los arranques de su ferviente ingenio.¹⁰ Y fue Lope gran escritor dramático, precursor aún de más grandiosos discípulos: de Calderón, coloso de aquellos que rara vez descuellan entre las turbas de la mezquina humanidad: de Calderón, único competidor que pueda alegar fundados derechos para disputar el cetro de la literatura castellana al inmortal Cervantes.

Mas al cabo, fácil, o cuando menos hacedero, hubiese sido subsanar este origen de entorpecimiento con el trascurso del tiempo, a no mediar otra causa

10 Se refiere sin duda al Arte Nuevo de Hacer Comedias.

de postración contra cuyo influjo fuera imposible encontrar amparo. La organización moral y política del país bajo la dinastía austríaca no podía menos a la larga de adormecer todo elemento de vitalidad en cuantas sociedades quedasen sometidas a su letal dominio. Dijo en cierta ocasión un autor francés (Voltaire, si mal no me acuerdo) que el Africa comenzaba en los Pirinios; y ese chiste de mal gusto, tan propio de la petulancia galicana, halló favorable acogida entre el vulgo miserable de nuestros detractores. Pero al tiempo mismo que reclamamos contra su manifiesta falsedad e injusticia, forzoso será confesar que en el fondo de la idea se trasluce alguna remota vislumbre de fundamento. En el período de su existencia a que ya he aludido, hizo España un esfuerzo por colocarse fuera del influjo de las ideas del continente, no para refugiarse en brazos del barbarismo africano, pero sí por buscar, el sosiego de las tradiciones orientales. Un despotismo astuto cuanto funesto aspiró a hacer hincapié de firme en su transitoria grandeza, y creyó para ello el medio más oportuno condenarnos a la inmovilidad de una civilización estacionaria. Aunados el poder civil y el religioso para la consecución la obra, y tuvieron habilidad suficiente para conocer que de poco les valdría esclavizar los cuerpos sin avasallar antes la inteligencia. Como piedra angular de este edificio, como expresión cabal de sus tendencias establecióse la tiranía inquisitorial, tribunal inapelable y de infame recordación, no porque demos crédito a las exageradas paparruchas que acerca de sus crueldades materiales se repiten; sino por la firme resistencia que supo siempre oponer a toda tentativa de progreso y los pesados grillos intelectuales que consiguió remachar. Séame lícito, en apoyo de tal concepto, repetir aquí las palabras de un escritor más elocuente y autorizado al referir la ruina de su ya carcomido poderío. “No consistía el principal daño de la inquisición en sus calabozos y en sus hogueras; obraba así tiempos atrás, cuando también se quemaba y perseguía en Alemania, en Inglaterra, en Francia, y lo mismo entre católicos que entre protestantes. Consistía sí, en ser una magistratura clerical, uniforme, sola, omnipotente, armada de la excomunión y los tormentos, cuyas inalterables máximas pugnaban por cerrar la puerta al saber y cortar los vuelos al entendimiento en todas las épocas, del mismo modo y en cualesquiera ángulos del reino, sin variación sensible ni por la serie progresiva de los años, ni por la mudanza de los individuos; debiendo aquella institución, según su índole, mantenerse perpetuamente y continuar siendo opresora tenaz de la razón y tirana del hombre hasta en el retirado asilo del pensamiento. “**** Terrible y enérgica pintura, pero cuanto terrible exacta; y no será pues extraño que mientras subsistió un cuerpo tan robustamente constituido para el mal, y no solo existió, sino que fue acatado y reverenciado como institución con visos de divina, abundase por donde quiera la manifestación de sus dañinos efectos. Toda duda, toda discusión sobre los puntos trascendentales que ocupan la actividad de nuestra mente, y con el ejercicio la vigorizan, quedó vedada. Aquel lema Dios y el rey fue como una fórmula absoluta que abarcaba y de finía todas las relaciones sociales, y ante cuya omni-

potencia sólo cabía inclinar con humildad la frente. Mas el pensamiento humano es como las aguas: estancado se corrompe, y en vez de fertilizar la tierra y de refrescar la atmósfera, convierte aquélla en estériles pantanos, e impregna el aire de pestilentes y mortíferos miasmas. Los estudios serios cayeron en desuso, el fervor religioso se materializó, y el místico ascetismo de los primeros tiempos vino a trocarse en rutinas supersticiosas. Ni fue menos patente la reacción en el recinto de los hechos materiales; porque cegado el manantial de vida, gastado el resorte que ponía en juego las complicadas ruedas del mecanismo social, empezó a cundir el desaliento, a introducirse el desorden, y nos precipitamos más bien que bajamos desde la excelsa cumbre del poder al más hondo abismo de abyección y abatimiento. Y dado que la poesía parezca por la naturaleza ideal de sus conatos capaz de sustraerse a la vigilante suspicacia de nuestros opresores, hubo también de ceder a la acción indirecta de sus principios deletéreos. No es necesario remontarse para demostrar este aserto a consideraciones abstractas sobre aquel íntimo enlace que prevalece en el ejercicio de todas nuestras potencias; baste sólo advertir que una sociedad donde todo impulso original yacía amortiguado no pudiera suministrar a la poesía nuevos pensamientos y sensaciones con que alimentar su incalculable actividad. Condenada la literatura a girar en un reducidísimo círculo de ideas sin ensanchar jamás la esfera de sus aspiraciones, buscó y hubo de buscar un sustituto en la variedad de expresión a la riqueza del pensamiento. De aquí provinieron el cansancio y el hastío: de aquí la obscuridad de la frase y la corrupción de la idea: de aquí ese **culteranismo** dimanado de causas demasiado hondaz para que lograrse contrarestar su influjo teoría alguna literaria, **ni reglas del buen gusto** las más acabadas y completas. A ningún poder humano le estaba concedido que bajo el ignominioso cetro de Carlos II, conservase su vigor y robustez el espíritu: los humores del cuerpo social se hallaban visiados, y era inevitable su completa ruina.

Recapitularemos pues las ideas que llevo emitidas, para que podamos entrar luego en útiles comparaciones entre lo pasado y lo presente.

Tras algunos efímeros ensayos, yacía aún en completa inacción la inteligencia fecunda de nuestra España, cuando a principios del siglo XVI la despertó de su letargo el contacto inmediato con la culta Italia, unido a otras causas morales que favorecían su desarrollo. En los primeros días del renacimiento tratamos de copiar servilmente a nuestros maestros; y aunque lograron a veces los ingenios españoles dar cumplidas muestras de su feracidad y rica fantasía, no alcanzaron a constituir una literatura nacional con formas propias y definidas, capaz de provocar a su vez la admiración de los extraños y de servir de pauta a las naciones más rezagadas aun en la carrera de las letras. Vino después a impulso del instinto una reacción contra las reglas y el método italiano; y emancipado ya el ingenio, recorrió un período de inmensa prosperidad y grandeza, en que con mayores faltas acaso, ostentó bellezas mucho más abundantes y de más encumbrada categoría, siendo objeto de admiración y culto para la Europa entera. A esa era tan brillante como fugaz siguióse luego otra de absoluta postración; pero su ruina fue ocasionada por la condición política del país; y no porque las doctrinas (o mejor diremos práctica) de inde-

pendencia intelectual recién adoptadas, fuesen en su esencia viciosas. No aceleraron ellas la caída, antes bien la retardaron quizá. Y de seguro la cubrieron con cierto aire de magnificencia hasta en sus últimos momentos; porque mil y mil veces preferiría cualquier crítico ilustrado presentarse ante la posteridad como autor de las *Soledades* de Góngora, que no como escritor de los *Besos* de Sannazaro, inevitable y más próximo paradero a que nos habrían guiado el persistir en la rutina imitadora.

Las *Soledades* son acaso la obra que goce de una mala reputación mejor y más sólidamente establecida, y a decir verdad, no se aventajan mucho a la fama de que disfrutan. Sin embargo creo que por lo general se las condena a crédito, sin tomarse el trabajo nada grato de leerlas y estudiarlas; y así causará quizá mucha sorpresa oír que la idea principal, o sea plan del poema ofrece una pasmosa semejanza (como lo anuncia desde luego su primer verso: *Pasos de un peregrino son errantes*) son la *Romería de Childe Harold* de Byron.¹¹ Qué distancia empero en la ejecución: Byron arrastrando su naciente misantropía, contempla las lides españolas, el hermoso cadáver de la Grecia, las risueñas orillas del Rin y los pintorescos lagos de Suiza, las ricas campiñas y nobles monumentos de esa Italia consagrada por tantos recuerdos, y halla por donde quiera sublimes inspiraciones, veneros inagotables de la más exaltada poesía. Góngora sólo acierta a pintarnos su fastidiado peregrino perdido de noche en una áspera montaña, de donde se refugia en un albergue de pastores, y de allí concurre a una boda campestre, y de allí pasa a visitar una ranchería de pescadores, con otras aventuras de igual jaez e importancia, envuelto todo ello en tal afectación de concepto y obscuridad de estilo, que frisa casi siempre en lo indescifrable. No faltan con todo trozos, mejor dicho destellos, de que ningún autor debiera desdeñarse, si ya metidos entre tanta broza que no valen la faena de buscarlos. Por ejemplo, en medio de la descripción del viaje al lugar de la boda y de las ofrendas que llevan los labradores, en que las metáforas y descabellada jerigonza que emplea para retratar unos pavos y perdices traspasa los límites de toda razón, hay una linda pintura de unas aldeanas:

*Al son pues de este rudo
Sonoroso instrumento,
Lasciva el movimiento,
Mas los ojos honesta
Altera otra bailando la floresta.*

¡Cuán divina pincelada! qué concepción más rápida, más cabal y voluptuosa del ideal en la danza. El epitalamio.

Ven himeneo, ven: ven himeneo,

aunque con sus resabios de culteranismo puede competir con los mejores de

¹¹ Esta relación entre las *Soledades* y el *Childe Harold* de Byron resulta un tanto original pues, que sepamos, nadie antes había sugerido tan conexión.

su especie, género siempre falso y alambicado; y tampoco pasaré por lo alto la valiente pintura de la pescadora en la **segunda soledad**, aun cuando inferior a la primera. Donde no he podido encontrar ni rastro de belleza, si se exceptúa una versificación sonora, es en el **Polifemo**, dictado como él nos anuncia, por

Culta, sí, aunque bucólica Talía;

y único crimen con olor de égloga que cometió Góngora a lo que yo sé. Dicho sea esto sin agravio de su esclarecido e injuriado ingenio, uno de los más fogosos y tal vez el más intensamente descriptivo que cuenta nuestro idioma. Sus bellísimos romances, sin olvidar el de **Angélica y Medoro**, su canción a la **Invencible**, otra menos conocida a la **Fiesta de San Hermenegildo** (la que no concibo por qué no mereció lugar en la colección de Quintana) y aun acaso la que escribió a **La Rendición de Larache**, le aseguran un puesto de la mayor preeminencia; para no mencionar sus letrillas y otras composiciones de menor fuste, pero dotadas todas de suma gala y frescura, ni sus innumerables y magníficos sonetos de toda especie, desde el estilo amatorio hasta el filosófico.

Para encontrarnos con algo que merezca la pena de ser discutido, habremos ahora de dar un salto hasta mediados del siglo décimo octavo, sin malgastar el tiempo en las populares pero chocarreras copas de Gerardo Lobo, y otras producciones de idéntica calaña que llenan el vacío de aquella malhadada época. Aquí volvemos a tropezar con la política, pues tan anlazados andan siempre entre sí los destinos de un pueblo y el estado de su literatura. El feliz cambio de dinastía acaecido en este intervalo sacudió a la nación de su fatal adormecimiento, infundiéndola nueva vida con la introducción de las ideas continentales; esto es, de las ideas progresivas dominantes en el resto del orbe civilizado. La organización militar y gubernativa, la administración, las costumbres, todo en fin, menos las instituciones religiosas, se amoldó a la práctica de nuestros vecinos, y como consecuencia inevitable de semejante cambio vinieron las máximas literarias de Horacio a ejercer igual absoluto imperio a entrambas vertientes de los Pirineos. El atrevido dicho de Luis XIV llegó casi a consumarse, y desde entonces acá preciso es reconocer que, si la barrera física subsiste entre uno y otro pueblo, su antagonismo moral ha desaparecido, y van recorriendo juntos las mismas fases del movimiento civilizador. Por lo que hace el mérito que poseía en lo abstracto la nueva escuela, y a la bondad intrínseca de sus doctrinas, sobradamente he expuesto ya cuan contrario es mi sentir; pero la imparcialidad ecléctica de que confío no desviarme, me obliga a confesar que, todo considerado, esta nueva introducción de las prácticas extranjeras no fue menos provechosa de lo que había sido la primitiva. Verdad que su teoría fundamental era falsa: verdad que sus preceptos eran más contrarios a la índole de nuestro espíritu que las añejas tradiciones italianas: verdad que, merced al fanatismo con que se suelen adoptar nuevas creencias, llegó el extravío hasta renegar de nuestra pasada gloria, midiendo por un mismo rasero a Calderón y Zamora; pero verdad así mismo que cuanto a la sazón existía era tan perverso que no se pudiera menos de ganar por de pronto en la mu-

danza. Además los principios que recibimos obtenían entonces un asenso casi universal, puesto que la misma Inglaterra las rendía indirecta obediencia, y que la literatura naciente del Norte no repugnaba tampoco seguir sus huellas, por donde se ve que nos colocamos de lleno entre la comunidad de las naciones occidentales, y estuvimos en aptitud de tomar después con cualquiera de ellas el rumbo que juzgásemos más oportuno.

No fueron empero muy seductores los primeros frutos de esta cosecha; y más fama se granjearon los apóstoles de la secta clásica por lo sano de su doctrina, que por lo brillante de su ejemplo. Limpiaron la tierra, y no es poca gloria, de tanta planta dañina como se había arraigado: predicaron contra el mal gusto, y consiguieron ahuyentarles; pero cuando aspiraron a crear, quedábanse tan enjutos a fuerza de precaverse contra la hinchazón, que les faltó el aliento vital, y mal pudieran comunicarle a su enfermiza progenie. Al hombre que declare hoy día haber leído la poética de Luzán y las tragedias de Montiano se le considera con el respeto debido a tan colosal paciencia; mas si pasare a insinuar que descubrió en ellas el más mínimo asomo de poesía, nos hará concebir fundadas dudas sobre el estado sanitario de su cerebro. Y aun cuando los discípulos eclipsaron muy pronto a los maestros, nunca acertaron a remontarse hasta la esfera de Fray Luis de León y Garcilaso. Hallamos en sus obras primores no despreciables, pero no campean aquellas dotes superiores que cautivan la admiración y aseguran a sus afortunados dueños terna nombradía. Lindas y fluídas son las anacreónticas de Cadalso: limados y graciosos los ensayos del maestro Fray Diego Gonzáles (conocido hoy día tan solo por su *Murciélagos*): chistosos los juguetes de Iglesias: el canto épico de Moratín padre ostenta cierta pompa y dignidad: la fábula en manos de Samaniego e Iriarte manifiesta agudeza, facilidad y donaire: los sainetes de Cruz y Castillo poseen originalidad, exactitud en la pintura de costumbres entre el pueblo bajo, y aquella especie de gracejo llamado por los ingleses *humour* en contraposición a *wit*, y para el cual no conozco nombre apropiado en ningún otro idioma. Las poesías de Meléndez por fin, seducen y deslumbran por el atractivo de la forma elevado al más alto grado, y por el encanto de su perpetua melodía.¹² Mas en todo esto si bien se encuentra material para un rato de sabrosa lectura y ameno recreo, nada hay que despierte las pasiones, que conmueva el corazón, que nos haga sentir con intensidad, ni que provoque el delirio del entusiasmo, y la razón es obvia. Los poetas estaban demasiado atareados en acomodarse a las reglas y en cuidarse de no infringirlas para tener tiempo de sentir ellos propios; y como ha dicho de antemano un crítico a quien no podrán tachar, si **quieres arrancarme lágrimas, obligación tuya será el llorar primero**. Palabras terminantes son de Horacio (y cuenta que no me acojo a mala sombra) a quien tributamos cumplido homenaje los bárbaros innovadores, o sea románticos, teniéndole por autoridad de sumo peso en cuanto a los fundamentos de la crítica interpretada con arreglo a los dictados del sano juicio.

12 Curiosamente, Dionisio no se percató de que Meléndez Valdés había resucitado el romance tradicional español, en lo que estriba su renombre.

En estos nombres termina la escuela estrictamente francesa, porque si Meléndez copió sin tasa a Metastasio; no hizo en ello más que imitar de segunda mano. * * * * Quizá pudieron añadirse al catálogo Jovellanos y Moratín hijo; más aquél, tan superior en todo a sus contemporáneos, igualó en el vigor de sus sátiras a Juvenal, y compitió en sus epístolas morales con Rioja, dando en todas ellas una admirable pauta de verso suelto castellano; y éste, aun cuando fue en el teatro fiel secuaz de Moliere, (y del teatro me ocupo muy por encima) acercóse mucho en las poesías sueltas, que tanto encomia hermosilla, a la escuela de transición de que paso ahora a hacerme cargo.

Nació ésta de las mismas causas que impulsaron a Lope de Vega y otros escritores hacia fines del siglo décimo sexto; no siendo ahora menos de admirar los benéficos resultados de tan espontánea reacción. Las doctrinas que pudieran convenir a las índole correcta, y para decirlo sin rodeos, nada poética de los ingenios franceses, y a una sociedad metódica y pomposa cual la que existía bajo los vigilantes ojos de Luis XIV, eran pesados grillos para un pueblo dotado de tan ardiente y aun exagerada fantasía cual el nuestro, y una época en que ya sentía fermentar ocultamente en su seno todos los instintos generosos de progreso y todo el ciego frenesí de las pasiones revolucionarias. Estos vagos anhelos, esta inquietud febril de la mente pugnaban por hallar una expresión, ni cabía en lo posible que dejasen de encontrarla; y así es que asomó luego otra generación de poetas, y generalizadoras comunicaron nuevo ser y vida, no ya al cadaver, pero sí a la estatua de nuestra impassible y glacial literatura. Desde aquel momento pudimos ya provocar la mirada escudriñadora de los críticos extranjeros sin que cubriese el orgullo de rubor nuestras mejillas. Algo remiso de ahora en adelante en punto a mencionar nombres propios, por no herir delicadas susceptibilidades, citaré como muestras del cambio radical que se había insensiblemente operado, a Cienfuegos, a Heredia y a Gallejos; pues nadie que atentamente leyere sus producciones podrá desconocer

***** La severidad con que juzgo a Meléndez quizá pese a los ojos de muchos por otra de mis graves herejías; y sin embargo aseguro que, por temor a escandalizar, aún me he quedado corto. Desafío a que cualquiera me enseñe en sus voluminosas producciones un pensamiento original y nuevo, siquiera una idea ajena que no se halle desleída en los caudales de su verbosa y suave versificación. Un escritor contemporáneo a quien he debido mis primeras nociones, y a quien amo como a padre, pero a quien todos veneran como pensador profundo, fue el que me hizo comprender esta verdad, junto de su experiencia. Precicado a trasladar al idioma inglés nuestros célebres autores, observó que mis oyentes permanecían impassibles a los acentos de Meléndez, sin participar de su admiración, si ya algo entibiada. Analizó, pues, la causa de semejante fenómeno y advirtió que tan luego como desaparecía en una lengua extranjera el mérito accidental y secundario de la forma, todo su encanto se desvanecía como humo, sin que fuese dado hallar aquellos dijecta membra poeta de que también habla Horacio. Conoció entonces que lo que se tenía por poesía de buena ley era sólo similar: que su belleza estribaba en el sonido: que convertir al respetable magistrado D. Gaspar Melchor de Jovellanos en el Mayoral Jovinos era sandez de tamaño calibre como toda la vetusta armazón de los cantos pastoriles; y que a continuar nuestros ingenios por semejante rumbo, nunca producirían obras de legítimo valor. Esto aceleró su conversión al romanticismo, conversión que no fue perdida para España.

que apelaban para conmover el ánimo a una serie totalmente distinta de sensaciones e ideas. Ni fuera justo negar el tributo de nuestra humilde veneración al patriarca de la moderna poesía, a Quintana, personificación completa de esa unión íntima entre los instintos innovadores y las aspiraciones del alma que caracteriza la situación moral del país a los principios del corriente siglo, y cuyos patrióticos acentos, hijos de una aspiración legítima y profunda, hicieron latir de entusiasmo el pecho en nuestra juventud y merecen aún ahora aquel meditado aplauso que habrá de confirmar siempre el fallo imparcial de las generaciones venideras. Digno también de muy honorífica mención es el poeta americano D. José J. Olmedo; y ni la rigidez de las teorías artísticas, ni las sugerencias del patriotismo (vivo siempre en mi pecho) me harán desconocer las bellezas del canto de Junín. Como crítico me duele que haya subordinado la inspiración a las pasiones políticas del momento; mas no por imágenes y la pompa de su estilo.¹³

Pero esta escuela tan nacional y vigorosa, incurrió en el mismo yerro que Lope, atacando de cimientó la solidez de su propia obra. Desviábanse de las reglas en la práctica, en el espíritu quebrantaban sus preceptos, y pretendían sin embargo permanecer sumisos y fieles esclavos de la letra.

Aquel mismo académico, inaudito pozo de ciencia, que supo demostrarnos matemáticamente en su erudito prólogo como el Quijote es una epopeya clásica construida con escrupolosa nimiedad según las reglas del arte y hermana carnal de la Iliada; aquel estupendo crítico, digo, y gran perito en punto a clasificaciones, no habría tal vez conseguido determinar a punto fijo, por más que se calentase el caletre, a qué género de composición pertenece el **Panteón del Escorial**¹⁴ Y sin embargo, cuando más adelante han pretendido otros ingenios dotados de mayor lógica reducir a sistema y erigir en teoría esos mismos usos de libertad, vimos con dolor pelear en las filas contrarias a los que primero nos incitaron con su ejemplo; y defender las añejas doctrinas a quienes nos dieron a conocer palpablemente cuanto provecho redundaría de su inobservancia. Triste y extraña inconsecuencia por donde se confirma cuan inmenso poderío ejercen la autoridad y el hábito en las cabezas mejor organizadas, y cuanto repugna a nuestra flaqueza desechar en la edad madura las opiniones que mamamos en los juveniles años. Ni se juzgue semejante error de poca monta, con decir que logrados ya los fines, son de muy leve importancia los medios que a ello condujeron. En primer lugar la emancipación fue incompleta, como cosa hecha a medias estaba erizada de inconvenientes; pues ni se habían roto del todo las trabas, ni prestaba bastantes seguridades de que, faltando el momento de inspiración, no retoñasen de nuevo los prístinos resabios de amaneramiento y languidez. En segundo lugar, esa pugna sorda de en-

13 No deja de llamar la atención este merecido elogio al autor del "Canto de Junín", considerando su popularidad en el Perú, por razones obvias, y lugar donde saldría a luz *Las Flores del Desierto*.

14 El autor del poema es Quintana. Ver la magnífica edición de Derozier antes citada

contradas tendencias entre lo que el dogma enseña y lo que el corazón aconseja, neutraliza el vigor de la mente, consume porción no pequeña de sus fuerzas creadoras, y ha de concluir por enervar sus bríos. En tercero y último lugar, todo el que camina a ciegas y sin norte se halla muy en peligro de equivocarse la recta vereda; por donde podía acontecer que, aun rompiendo absolutamente con lo pasado, buscasen algunos su ideal en la belleza de la forma y gala del ornato, más bien que en la novedad y robustez del pensamiento, atajo que los guiara a una sima de honda corrupción por seguro paradero. En efecto, no dejaba ya de despuntar alguno que otro síntoma de un nuevo culteranismo, ni faltaban autores que se tenían de buena fe por aventajados poetas cuando la letra r y los vocablos en ante y entepredominaban en sus rimbobantes versos; mientras otros más tímidos se refugiaban en los trazos de una fría elegancia, tan exenta de groseras faltas, cuanto de mérito sobresaliente. Por no ofender a nadie rehuyo segunda vez la cuestión de personas; pero busque cada cual en su memoria el ejemplo de tales vicios, y no le será difícil encontrarle.

La historia de nuestros dos períodos literarios ofrece hasta aquí prodigiosa semejanza; mas desde este punto las cosas empiezan a cobrar un sesgo enteramente desconocido. Si en la primera época caminamos a la ruina, parece que siguiendo por el opuesto lado evitaremos el riesgo y escaltaremos la cumbre en vez de despañarnos al precipicio. Tal es la teoría fundamental de la escuela romántica, cuyo origen voy a trazar analizando su posición, investigando su porvenir, comentando y sustentando su doctrina.

Los vaivenes revolucionarios que por largos años despedazaron a nuestra patria, pareció como que habían por de pronto amortiguado el movimiento intelectual; mas si le entorpecieron un tanto, fue en último resultado para acrecentar y favorecer su desarrollo. Esta continua lucha no solo avivó las facultades varoniles del alma, sino que, desparramando sobre la haz de la tierra a la raza española, aumentó el caudal de sus conocimientos e ideas, y la paso en estado de no malgastar por más tiempo en mal combinadas tentativas el innato vigor de su inteligencia. No una, sino varias generaciones y por diversas causas pudieron atestiguar con la propia experiencia cuanta hiel encierra aquella terrible amenaza del implacable gibelino:

*Tu proverai sí come sa di sale
Lo pane altrui, e come é duro calle
Lo scendere e' l salir por l' altrui scale*

*Tú sabrás cuán amargo y de sal lleno
Es el pan del extraño, y como causa
El duro piso del umbral ajeno.* (DANTE)

Mas este inmenso holocausto, este catálogo interminable de víctimas sacrificadas al encono de los partidos es y será un hecho fecundo en bienes para el porvenir. Puestos en íntimo contacto los emigrados con las naciones europeas más adelantadas en la carrera de la civilización, llegaron a poseer un conoci-

miento de las literaturas extranjeras, infinitamente superior al que puede adquirirse por la lectura o aun por los viajes de puro recreo, en que el observador se desliza, por decirlo así, sobre la superficie social. Los proscritos vivían dentro de las entrañas mismas de cuantos pueblos les dieron asilo, rozándose con todas las clases, empapándose en la índole de sus costumbres, trazando el curso de las ideas desde su primer albor hasta el apogeo de su carrera, analizando la mútua acción y reacción de esas ideas, y de esas costumbres, explorando en fin los recónditos manantiales de la belleza intelectual, distinguiendo en la revelación de sus formas lo accidental de lo eterno, lo individual de lo humanitario, lo fenomenal de aquello inherente a la esencia misma de las cosas.¹⁵

Combinado este estudio con aquel recogimiento forzado de la mente que buscaba un consuelo de la triste realidad en las especulaciones de la fantasía, sirvieron de base a la nueva teoría literaria pregonada a breve de su egreso y adoptada con entusiasmo por el país, maduro ya y dispuesto para acoger sus máximas y sacar de ellas el debido fruto. Aleccionados todos los matices del partido innovador por aquel instinto de sus fuerzas que asiste siempre a los hombres, conocieron que su dominio no era ya angustiado y transitorio, cual en las dos épocas de su anterior supremacía; que la sincera alianza del trono y de la libertad daba cumplida satisfacción a todas las legítimas necesidades nacionales; y que para completar la faena regeneradora sólo quedaba ya reorganizar la inteligencia bajo el amparo de doctrinas más latas y progresivas. He aquí el origen de la escuela romántica y la explicación filosófica de sus rápidos triunfos.

Mas acaso podrá objetárseme que, si la revolución literaria fue hija de la emigración, y los principios que en ella dominan están copiados de los que prevalecen en extrañas tierras, mal debieran arrogarse sus partidarias el timbre de nacionales, ni alegar derechos a la inestimable prenda de originalidad. Para desvanecer semejante reparo, más espacioso que profundo bastaría contestar pura y simplemente, que siendo la nueva teoría de carácter esencialmente negativo, puesto que se ciñe a declarar que no debe la mente obedecer a más reglas que sus impulsos, sin prescribir cuales deban estos ser, mal pudiera imponer trabas ni sujetar a la imitación de fórmula alguna, ni formula alguna, ni propia ni ajena. Sin embargo, como nunca está de más definir el verdadero sentido de las palabras, detengámonos un instante en averiguar bajo qué límites es dado al hombre ser original; esto es, creador. He asentado al principio de este prólogo, que **si la humanidad es grande por ser una esencia, no lo es menos por ser múltiple hasta en lo infinito en aspectos**; y conviene nunca perder de vista en principio complejo que en la mente de toda sana crítica. Si por él justificamos el diverso modo de sentir y de expresar los afectos, también venimos a conocer que el tipo de las pasiones es perpetuo a inmutable, y que por consiguiente no es dado a nuestra naturaleza crear en lo absoluto. Y deduciendo de aquí otro principio secundario, pero no menos cierto, reconocere-

15 En estas líneas el autor recuerda sus años juveniles en el exilio junto con su padre y otros liberales.

mos que además de esa semejanza abstracta, debe existir otra relativa, fruto de la civilización, de las ideas dominantes y de la naturaleza misma de los obstáculos que ofrezca la estructura material y moral de las instituciones a aquel vago anhelo del alma, que es el origen de la inspiración poética. Dentro del recinto que circunda esta unidad humanitaria y esta unidad de época, puede campar con lucimiento el espíritu peculiar del nacionalismo o del individualismo; pero saltada que sea la valla, caerá en los abismos insondables del caos, y no será ni original siquiera, porque nada acertará a ser. Ahora bien, en la eterna lid de esos dos principios antagonistas hay periodos en que el uno de ellos prevalece, a punto que amenaza casi oprimir a su rival, hasta que cobrando éste bríos de su misma derrota, se levanta pujante y parece avasallarle a su vez. En el curso de tales oscilaciones el predominio pertenece ahora a las tendencias universales. Europa y aun el mundo entero, pero la Europa principalmente, se ven arrastrados hacia la unidad por un impulso irresistible. Las provincias se funden en los grandes imperios, perdiendo aun el recuerdo de su existencia separada: las naciones estrechan sus vínculos de hermandad y unión ya material, ya moralmente: todo en fin, desde la familia hasta el gran conjunto de los pueblos civilizados, parece que gravita hacia la asociación, y que la sociedad se organiza en círculos concéntricos y homogéneos. Si en situación semejante pretendiera España resistir el movimiento universal, o condenarse al aislamiento, acaso conseguiría poseer para su literatura cierta originalidad ficticia que merecería el aplauso ignorante de los extranjeros, aficionados siempre a lo extravagante; pero separándose de la gran comunión europea, firmaría el decreto de su inevitable ruina. Para ser original en cuanto conviene serlo, basta con que nuestro ingenio no abdique su voluntad, y sepa modificar las fórmulas de la expresión y del sentimiento, conservando hasta cierto grado su peculiar idiosincracia. Tal es la verdadera defensa que deberá hacerse contra las absurdas acusaciones de extranjerismo.¹⁶ Mas vacío aún de fundamento es el cargo de los que atribuyen a nuestros poetas y escritores de la moderna Francia; error que han puesto en circulación nuestros mismos vecinos, merced a un orgullo nacional insensato y a la extraordinaria ligereza de que en toda época suelen dar muestras ridículas en demasía. Para manifestar con que crasa ignorancia se suele hablar de nuestras cosas, baste referir, que tropezando hace poco en la acreditada *Revue des deux Mondes* con un artículo en que se pretendía retratar el movimiento literario de España, me encontré con que nuestro mejor poeta moderna es Arriaza!!! y en vano busqué los nombres de Espronceda, balmes o Donoso Cortes! y cuenta que semejante crítica iba autorizada con la forma de *Philarete Chasles*, uno de los escritores más concenzudos en punto a literatura extranjera, y acaso el único que en Francia conoce

16 Defensa ésta que parece ir encaminada a los que como Larra y otros criticaban a muchos de los nuevos autores románticos españoles de estar demasiado apegados a modelos franceses y por lo tanto no ser auténticamente originales. Aquí, nuevamente, demuestra estar mal documentado fruto de su prolongada ausencia de España.

a fondo la inglesa.¹⁷ Solo los alemanes nos saben estudiar, y por lo tanto apreciar, si bien me temo que hasta aquí no pasa su conocimiento de nuestros autores de los siglos décimo exto y séptimo.¹⁸ Hay entre una y otra literatura aire indudable de familia, pero sus vínculos no son los de madre e hija, sino los de hermanas. Una y otra brotan de idéntica raíz, y son encarnaciones simultáneas del espíritu germánico, pero aquí termina su semejanza. Véase si no el teatro, y dígase, ¿qué punto de unión se alcanza a descubrir entre el drama lírico español y el drama social francés, entre los amantes de Turuel y Clotilde de Valery, entre la Rueda de la Fortuna y el Arte de conspirar? Ni es menor la divergencia en la poesía lírica, estando aquí la ventaja tan de nuestra parte, cuanto lo está de la suya en lo tocante a la escena moderna. De quien podemos con justicia declararnos prosélitos hasta cierto punto es de los ingenios ingleses, porque nuestro Duque de Rivas procede de Walter Scott, nuestro Espronceda de Byron, y nuestro Zorrilla de todos ellos a la vez y de Calderón. Sin embargo, hemos despojado a la idea de aquella nebulosidad mediatubunda que distingue a las razas septentrionales, y en cambio le hemos prestado aquella pureza de contornos y aquella frescura propia siempre de los hijos del risueño mediodía. Si se quiere comprender mejor esta variedad, pongamos un ejemplo patente. Byron alude a sus sentimientos e historia personal en el tercer canto de *Childe Harold*, que comienza:

*Is thy face like thy mother's my fair child
Adda! sole daughter of my house and heart? &*

y el canto a Teresa en el *Diablo Mundo* es también un desahogo del alma de Espronceda. Allí reina una melancolía escéptica que raya en frialdad: aquí resalta un vigor de pasión que frisa en ferez encarnizamiento. A lo que sí hemos sido fieles es a la esencia de la moderna poesía, tal cual trataré ahora de explicarla, y tal cual prevalece en la literatura actual de todos los pueblos, comunicándoles aquella semejanza de facciones a que tan delicadamente aludió un autor latino.

17 En este contexto hay que señalar dos cosas. En primer lugar, Dionisio hace patente su ideario conservador al destacar a Balmes y Donoso Cortés. Lo que resulta singular es que los equipara a Espronceda en cuanto a calidad poética, curioso porque ni Balmes ni Donoso Cortés despuntaron como vates.

Efectivamente, Philarete Chasles fue un crítico francés cuya vida profesional se inicia en 1834 cuando empieza a colaborar en la *Revue des Deux Mondes*. Ya en 1845 en la polémica que sostuvo con Echeverría sale a colación este crítico, citado entonces por el argentino que acusaba a Dionisio de repetir las opiniones de Chasles. Ver A. Levin, *The Legacy of Philarete Chasles. Select essays on Nineteenth Century French Literature*. University of North Caroline. *Studies in Comparative Literature*, number 19 (University of North Caroline Press, 1957), pág. XXIII.

18 Sin duda, Dionisio estaría al tanto, a través de su padre, de los juicios de A.W Schlegel sobre la literatura española emitidos por primera vez en 1808 y traducidos al español por Nikolas Böhl von Faber en el *Mercurio Gaditano* en septiembre de 1814. Schelegel había ponderado, entre otras cosas, el texto de Calderón de la Barca.

..... Facies non omnibus una;
Nec diversa tamen, qualis decet esse sororum.
(Ovidio, *Metamorfosis* lib. II.)

La poesía (aunque más difícil de definir que de sentir) juzgo yo que no es sino la manifestación de este anhelo ambicioso que parece innato al corazón del hombre, y que remontándose en alas de la fantasía, le empuja a crear un tipo ideal más perfecto que cuanto cabe en la realidad, pero siempre copiado, si es lícito decirlo así, de las prendas y sensaciones que más se envidian y abundan en la vida ordinaria. Despójese cualquier creación de su idealismo, o sea de su superioridad absoluta sobre lo existente, y se materializa; despójese de su verdad, y se hace incomprensible. Así es que cada período de la existencia social ha tenido su poesía peculiar fundada en la asociación de ideas. Por ejemplo, entre una sociedad naciente y alimentada casi exclusivamente sobre la faena material, el valor, la pujanza física de un guerrero podían conmover y entusiasmar los ánimos. Por eso el Aquiles de Homero es una concepción grandiosa y poética: era el ideal inalcanzable del poderío humano. Mas este resorte se halla para nosotros gastado. ¿Y será acaso porque una máquina de vapor o un cañón a la Paixhan representen menos suma de poder que la terrible lanza del héroe fabuloso? No por cierto. Es porque los adelantos mecánicos y científicos han ensanchado nuestros recursos de destrucción y al ensancharlos, los han vulgarizado y han borrado en ellos para siempre todo sello de poesía. Quien hace una máquina de fuerza de cien caballos, puede hacer otra y mil semejantes o aún de mayor potencia: quien logra fundir un solo cañón, logrará con descanso artillar toda una flota y una plaza. He aquí como lo que era altamente poético tres mil años atrás, ni lo es ya, ni puede serlo; y si merced a ciertas convenciones de escuela, todavía lo admiramos en los antiguos, trasladándonos por un esfuerzo a su situación mental, causaría mofa y tedio en quien viniese ahora a emplear medios semejantes para poner nuestra sensibilidad en juego. Esto en cuanto al idealismo: veamos ahora en cuanto a lo verdadero. ¿Podrá un ruso comprender la magia que ejerce sobre los hijos de un clima ardoroso la descripción de un verde prado, de cristalinos arroyos, de la fresca brisa o del sabroso sueño a la sombra de acopados árboles? A menos que no haga otra traslación convencional de ideas, grande será su asombro al oír que pueden apetecerse y ensalzarse objetos tan inferiores a una chimenea rellena de gruesos tizones y una cama con sus sendos colchones de pluma.

Con semejante rigor en las condiciones de lo bello, y con la infinita movilidad que nos ofrece una civilización no interrumpida, en treinta siglos de incesante progreso, claro está que las generaciones presentes habían de hallar exhaustos los manantiales del sentimiento poético. Empezar una reseña de cuantas fórmulas ha adoptado la fantasía por dar desahogo a sus aspiraciones, fuera una historia del espíritu humano, faena colosal para cuyo desempeño, no digo mis flacas fuerzas, sino acaso las de ningún mortal fuesen suficiente. Lo cierto es que en nuestro siglo el cálculo o el instinto hicieron conocer a ciertos ingenios privilegiados, que todas las combinaciones de la poesía externa estaban agotadas, y que para amoldarla a las exigencias de un período pen-

sador y analítico, era forzoso revestirla de formas internas; trocarla de objetiva en subjetiva, operar no sobre las causas de nuestra sensación, sino sobre esas sensaciones mismas elaboradas en lo más recóndito del alma. Sondear los abismos del propio ser, exhalar los vagos recuerdos de una existencia pasada y la dudosa certidumbre de otra existencia futura, buscar eco a nuestros ayes y placeres en el sentimiento universal de los corazones, tal es el carácter de esa poesía íntima, propia y exclusiva de nuestra época, y tan altas funciones se desempeña en la gran obra de reorganización moral de que somos los ciegos instrumentos, poesía que procede por la expresión, y casi he dicho por la protesta del individualismo para encontrar sus analogías a la vez de exponer sus repugnaciones, y facilitar así su absorción en esa vasta unidad sintética, cuyos contornos empiezan a vislumbrarse entre las densas tinieblas de nuestros futuros destinos.

Trabajada España cual nación otra alguna por esos elementos de desorden que fermentan en la moderna sociedad y preparan una laboriosa regeneración, revela por boca de sus poetas los encontrados impulsos que le desgarran el pecho. Carcomida por la duda, y abrasándose en la ansia de la fe, que es el estado normal de nuestra mente (sobre todo en los pueblos meridionales, más ricos que de reflexión de sentimientos) ya prorrumpe en cánticos de amargura, ya entona el himno solemne de la esperanza. Separada por una sima insondable de lo pasado, incierta sobre su provenir, descontenta de lo presente, en que todo titubea y fluctúa sin hallar el apetecido asiento, ya cede a la desesperación, ya parece que retrocede a cobijarse bajo el asilo de las tradiciones, ya se lanza como desbocada en pos de cuantos fantasmas y ensueños concibe su acalorada fantasía. Y todos estos afectos tan opuestos entre sí, son igualmente verdaderos y espontáneos, porque la verdad y la espontaneidad son el hecho dominante en la nueva escuela. No solo en la parte espiritual de sus creaciones, sino aun en lo material, por decirlo así, resalta el signo que la distingue: pudiendo servir de muestra cuan diverso y aun exacto a la par es el modo que tiene de ver y descubrir las bellezas del mundo externo. Hasta aquí nuestros poetas sólo conocían una naturaleza de convención, siempre afectada y falsa. Sus praderas estaban esmaltadas de flores, sus fuentes eran cristalinas, verdes sus pámpanos, horrisonas y relumbrantes sus tempestades: de estas frases sancionadas ya por el uso, rarísima vez salían, y aun en esas raras con escaso acierto. Uno de los mejores poetas aún vivos, se arrojó a esta comparación:

*Cual yerba ponzoñosa entre arenales,*¹⁹

fue muy aplaudido. La imagen sin embargo es falsa. Los arenales, si algo producen, es esparto, retamas y acacias: las plantas venenosas crecen en tierra a-

19 Por más que hemos investigado, no hemos dado con el autor de estos versos.

bundante de jugos, y los impenetrables bosques de Java o los pantanos de la Guayana son su asiento favorito. Baste para demostrar cuan poco se observaba la naturaleza: y en cuanto a si esto sea o no un defecto, diré que ni Virgilio ni Dante, es decir, los jefes de una y otra escuela ofrecen modelo sobre este particular. Mucha latitud se puede conceder a los caprichos de la imaginación: mas la verdad es eterna, y nunca hay provecho sólido en quebrantarla. Los ingenios de la generación actual pintan de un modo mucho más minucioso y fiel. Si hablan de la Luna, por ejemplo, no se contentan con referirnos que su luz de plata baña la tierra, vaciedad que a fuerza de repetirse nada dice ya al alma. Los poetas insignes de nuestros días se elevan en abstracción fantástica, y alcanzan en lo infinito al melancólico planeta que gira lentamente como impelido por la eternidad, nos describen lo que sus ojos miran exaltados a tan sublime altura, la atmósfera, el mar y el continente bajo el aspecto más poético a la vez y verdadero; y no satisfechos con el colorido físico expresan también las más puras y deleitables emociones que pueden conmover a las almas generosas y sensibles en medio a la contemplación de tan grandioso panorama. He aquí como Velarde la describe:

*La luna en lontananza bellísima clarea
Dilata y transparenta la turbia inmensidad,
Del alto firmamento, las bóvedas pasea,
y el mar y el continente fantástica blanquea,
Cual lámpara que alumbró la negra eternidad,
La atmósfera se puebla de magas argentinas,
Del prisma nebuloso flotantes al trasluz,
Silfídicos fantasmas de formas peregrinas,
Circulan confundidos en tumbas repentinas,
Engendros de las sombras bañadas de la luz.*

Valientísimo cuadro superior a toda admiración, cuya fuerza de claro—oscuro nos pone el paisaje entre los ojos, y en cuyas dimensiones ilimitadas resplandece el planeta en admirable perspectiva, tal como le concibe la inteligencia en su vuelo, y tal como nuestros ojos mezquinos alcanzan a contemplarle en el inmenso vacío. Ni bien satisfecho con la pintura material, por decirlo así, nos revela en dulcísimas melodías los recuerdos deleitables de tiempos más venturosos que despierta en su alma la **virgen de la eternidad**, comunicándonos eléctricamente la magia de su ternura con fuerza irresistible. Oigámosle pues:

*Armónicos suspiros ondulan gemebundos,
Conmueven y armonizan la diáfana extensión,
Vibrando se levantan románticos, profundos,
Desmayan lentamente, dejando vagabundos
Suavísimos efluvios en lenta oscilación.
Carísimas memorias: amor! ¡melancolía!
Qué dulces sois ahora! qué plácidas surjis!*

*¡Oír músicas dolientes que adora el alma mía!
Cuán llenas de ternura, cuán plenas de armonía,
Cantando con la Luna, solícitas venís!*

*Memorias de otro mundo! En amarga desventura
Del pobre desterrado venis a consolar;
Conozco en ese acento de incógnita dulzura
La voz de lo pasado, que languida murmura,
Y triste me convida de amor a suspirar!*

Forzoso me será por no dilatarme en demasía pasar aquí por alto las bellezas secundarias de nuestros principales autores, pues de lo contrario ocasión fuera de celebrar la riqueza y gala de sus formas, la armonía de sus períodos, la copia inagotable de su adorno, que por dondequiera ostentan con prodigalidad acaso excesiva. Si algo me atreviera a solicitar de nuestros grandes ingenios, sería un poco más de corrección; pero me contiene el reflexionar que la corrección es prenda de la edad madura, y que en ellos hierve aún el ímpetu insolente de la juventud, porque los poetas españoles del día, jóvenes casi todos de edad, lo son todos de inteligencia.

En su número y secta, no como discípulo, y sí como compañero, viene ahora a reclamar Velarde un puesto, y los títulos que abonan tal pretensión bien pueden arrostrar el examen más escrupuloso y autero. Cual sea el rango que le quepa en suerte no es difícil vaticinarlo: alentado por la defensa que he expuesto de mis convicciones y de su práctica, me atreveré a sostener con la mayor franqueza que bien merece figurar entre los mejores poetas líricos contemporáneos.²⁰ **Hijo de la naturaleza**, quizá sin erudición profunda, sin elementos científicos, luchando siempre con las necesidades materiales de la vida y con la implacable adversidad de su fortuna, pero arrebatado siempre por la fogosidad indomable de su genio, entona sus armoniosos cánticos con la inspiración más independiente y espontánea, con el sentimiento más sincero.

Interprete fiel de los instintos que afectan actualmente el espíritu de la humanidad, ora nos arroja en las tenebrosas profundidades del más amargo desconsuelo, de la más íntima desventura, ora nos sublima extáticos en su exaltación enérgica a las regiones infinitas donde fulgura resplandeciente y glorioso el Sol de la inmortalidad. Vago unas veces como el aura vespertina que resbala sobre la transparente superficie de un lago; desesperado y turbulento otras como el Océano cuando el huracán se desenfrena en sus magníficas soledades; apasionado y suave como una mujer enamorada en los delirios primeros de su juventud virginal; y fatídico y sombrío, como un león que rujé colérico en los arenales africanos. La vista de una noche tormentosa desarrolla sus ideas fantásticas y audaces: el aspecto de la naturaleza inanimada, ora se presenta bajo las risueñas formas de un río tropical, ora se revista de

²⁰ Este elogio tan efusivo de Velarde resulta difícil de justificar mas es fácilmente comprensible en vista de los vínculos de amistad que les unía.

aquellas tintas puras y transparentes, adorno espléndido de las playas gaditanas, aviva las tendencias panteísticas del siglo actual y de la filosofía en él preponderante: si contempla el cadáver de un niño, describe su melancólica hermosura, le compara a sus malogradas ilusiones, y recorre todas las vicisitudes de la vida humana: el suicidio le lleva a interrogar con abatimiento los misterios de la nada, y los dolores incógnitos, del alma: la virgen que consagra a Dios los frágiles encantos de la juventud, exalta su imaginación y le infunde inefables emociones de consuelo; y envueltos en todas estas sensaciones brotan por donde quiera los gemidos tristísimos de una pasión ardiente y generosa concebida, como él mismo lo expresa,

*Al despertar de los sueños
De la dichosa inocencia,
Cuando sintió mi existencia
Por vez primera ansiedad.*

alimentada y embellecida con las primeras afecciones del corazón, con las primeras ilusiones de la vida, fecundizada con lágrimas eternas, purificada en su amarga crueldad del infortunio, y divinizada en fin por el fervor entusiasta y la sublime idealidad del poeta. Tales bellezas no son comunes, y bien merecen el homenaje de la más cabal y fundada admiración. Por lo que hace a sacar de ellas señalados ejemplos fuera excusada tarea, puesto que a continuación van estampados. Búsquelos allí el lector, y encontrará a la vez amplia indemnización del tedio que debe oprimirle, si tuvo a constancia de acompañarme hasta ahora en mis áridas investigaciones.

DIONISIO ALCALA GALIANO

LAS FLORES DEL DESIERTO

Mi querido amigo: la Providencia quiso que naciósemos casi a un mismo tiempo y en un mismo lugar. Apenas habíamos cumplido diez años cuando ya nos amábamos con la más tierna simpatía, con la amistad más sincera. Idéntica fue nuestra educación, idénticas nuestras ideas, y bajo influencias también idénticas, recibimos las primeras impresiones y contrajimos esos afectos dulces, espontáneos y profundos; esos afectos cordiales, inocentes y sagrados que son eternos en las almas generosas. Juntos hemos vagado por las corrientes del Vesaya, y juntos hemos corrido por sus márgenes queridas. Desde muy niños hemos asistido también juntos a las solemnidades religiosas de esos aldeanos tan buenos y sencillos y hemos disfrutado de la magia imponderable de sus pacíficos recreos, de sus alegres romerías. También hemos vagado inseparables por esas cántabras riberas, y hemos palpitado de terror contemplando en absorción profunda el espectáculo terrible que presentan esos mares tempestuosos. Desde las cumbres de esas rocas perdurables que encadenan los éxtasis furibundos del Océano en la sucesión infinita de los siglos, hemos escuchado atónitos los cantos más sublimes de la epopeya inmortal del universo, las notas discordantes de esa magnífica sinfonía que retumba eternamente en los peñascos cóncavos que mil tempestades socavaron. También hemos celebrado juntos las exequias de carísimas afecciones y las hemos acompañado a las moradas lúgubres del misterio y del olvido. Diez años hace que no te veo, porque mi fortuna ingrata ha querido poner entre nosotros una valla insuperable, tal vez eterna. Mas con todo, ya ves que no te olvido, te ofrezco ahora cuanto tengo, mis pobres cánticos, *Las Flores del Desierto*.

Tú las comprenderás, no lo dudo, porque tú me conoces perfectamente: tú has enjugado muchas veces el llanto que me arrancaba mis tormentosos delirios, y tú has conocido también a la hermosa que ha inspirado siempre a tú ———

Fernando

A J.A.T.

I

*Al amante así amorosa
Tu sensible trovador
Te contempla como hermosa
Blanca silfa misteriosa
Dulce espíritu de amor.*

*A mirarte así tan bella
Sin pena, susto mi afán,
Cual se mira blanca estrella
Que lumbre pura destella
Cuando pasa el huracán,*

*Extático de alegría
Y embargada mi razón,
Ah! no puedo, hermosa mía,
Explicarte cual querría
Lo que siente el corazón*

*Aunque miro delirante,
La simpática belleza
De tu plácido semblante
Con glorias tantas brillante,
Con la luz de la pureza;*

*Aunque en éxtasis te veo,
Como fantástica maga,
Ilusión de mi deseo
Cuando en dulce devaneo
Soñando amores divaga;*

*Y aunque escucho los sonidos
De tu garganta divina,
Como fantásticos ruidos
Que al viento vagan perdidos
En consonancia argentina;*

*Dudo, hermosa, de mirarte
Cuando pensaba perderte,
Cuando pensaba encontrarte
Para sufrir y llorarte
Por el horror de tu suerte.*

*Si supieras mi amargura,
Mis angustias y mi llanto
Al mirarte, virgen pura,
Vogando en tu desventura
Por los mares del quebranto!*

*Prosternada ante la fosa
De tu madre, suspirabas,
Melancólica y llorosa*

*La invocabas cariñosa
Y entre tanto me olvidabas.*

*Meditanto hermosa mía
En tu mísera orfandad,
Un abismo descubría,
Tal vez órbita sombría
De la negra eternidad.*

II

*Dejemos, hermosa, punzantes memorias
Que amargas inspiran dolor funeral;
Pasó la tormenta, presagio de glorias
Domina en los cielos un arco triunfal.*

*El iris divino,
La hermosa bandera
Que al viento tremolan
Los genios de paz.*

*¿No ves cuán brillante
La límpida esfera
De un polo a otro polo
Sin nubes está?*

*Los vientos callaron, la mar sosegada,
Sus ondas rugientes, su furia enfrenó,
Y en puros espejos fulgura copiada
La faz centellante del fúlgido Sol.*

*Pasaron tus males,
Tus cuitas y penas,
Y agora fortuna
Te brinda solaz.*

*Y en horas tranquilas
De músicas llenas
Las auras dichosas
Halagan tu paz.*

*Y brillas risueña cual mágica aurora
Que anuncia a los orbes espléndido Sol;
Y el pecho sensible que tanto te adora
Al verte tan bella suspira de amor.*

*Ah! mírame hermosa
Con dulce semblante,
Permite que fije
Mis ojos en él.*

*Atiende risueña
Mi súplica amante,
Si quieres que expire
De amor a tus pies!*

(Escrita a los 14 años de edad)

A J.A.T.

*Ayer me dijeron que luego partías
A climas remotos muy lejos de aquí,
Y entonces, mi vida, sentí tanta pena!
Al ver que tan lejos te vas para siempre,
Pensando que acaso te olvidas de mí!*

*Entonces en el alma
Sentí que fermentaban
Terribles pensamientos
Volcánica ansiedad.*

*Sentí que mis deseos
Profundos e insaciables
Salvando de los tiempos
Los ámbitos mezquinos,
Cruzaban misteriosos
La eterna inmensidad.*

*Mujer! Yo nunca supe
Que tanto te quería
Con tanta efervescencia,
Con tanta abnegación.
Quizá en mis convicciones
Fanáticas creía,
Que al fin la Providencia
Feliz nos uniría
Con vínculos sagrados
En dulce comunión.*

*Pero entonces satánica duda
Desde el fondo del alma surgió,
Desgarrando al surgir mi existencia
Cual infierno mefítico errante
Que el abismo tronando abortó.*

*Opaca y moribunda sentí que se perdía
La luz de mi esperanza, la antorcha de mi fe,
Y audaz analizando del dogma los misterios,
Discordes con mis ansias sus glorias encontré.*

*Dos lágrimas de fuego
Saltaron de mis ojos,
Hirvientes como lava
Que el Etna vomitó
Y entonces por instinto
Tal vez incomprendible
Mi madre al sorprenderme
Solicita exclamó:*

*“Bien, sufres, hijo mío! ya entiendo porqué lloras;
“Mas mira, ya es forzoso que olvides su beldad.”
Yo trémulo escuchaba su acento cariñoso,
Y al fin la dije, ¡Oh madre! con íntima ansiedad.*

*“Ah! dime si aquellos que niños se quieren
“Después de esta vida se juntan los dos,
“Y unidos por siempre, cual mística esencia,
“Surgiendo tranquilos de espacio en espacio,
Se elevan felices al seno de Dios?”*

*“Deliras, me dijo, quiméricas glorias
“Al cielo no suben amores de aquí:
“Amores que pasan muy pronto, hijo mío!
“Cuál rápido sueño, cuál ráfaga leve,
“Las cosas del mundo se olvidan allí.”*

*Las sombras del caos mi frente ofuscaron,
Y entonces de madre tan buena dudé...
Sin tí no concibo la gloria del Cielo,
Sin tí no concibo ni amor ni hermosura,
Después que te vayas, entonces... ¿qué haré?*

*Yo siento una pena que nunca he sentido,
Me abruma la frente profundo estupor,*

*Te vas para siempre! te vas, alma mía!
Te vas, y no puedo seguirte aunque quiera!
Si acaso me olvidas...! que haré sin tu amor!*

*Ah! siento un anhelo profundo, infinito,
Cual nunca ha podido ninguno sentir,
En vértigo inmenso mi espíritu gira
De abismo en abismo, tenaz pretendiendo
Saber los sucesos que están por venir.*

*Mujer! cuando miro tu dulce hermosura,
Mujer! cuando siento tu angélica unción,
Me inspiras delirios de amor sempiterno,
Furores ardientes de intensa locura
Que adusta rechaza la imbécil razón.*

*En estos amores hay algo terrible
Que nunca los siglos podrán destruir;
Mas ay! de qué vale mi eterno cariño,
Mujer! de qué vale mi ardor furibundo,
Si puedo a la suerte tu amor sucumbir.*

*Tú has visto esos hondos cantábricos mares
Rugir cuando truena feroz temporal:
Tú has visto esos tumbos que avanzan turgentes,
Que chocan y saltan en blancas columnas,
Y el mundo estremecen al son colosal:*

*Tú has visto esas rocas que el mar no carcome
Que el sol no calcina ni abate el turbión:
Contéplalas firmes después de cien siglos;
Pues mira, cual ella, profunda, indomable
Será eternamente mi intensa pasión.*

*Allá en otras tierras orillas del Betis,
En esos Edenes del suelo andaluz,
Verás otros campos más bellos y alegres
Y en vez de montañas colinas azules
Vestidas de flores, bañadas de luz.*

*Verás otros hombres con otra fortuna
Que adoren rendidos tu dulce beldad,
Y al verlos gallardos, risueños y hermosos,
Oirás sus palabras graciosas, melifluas,
Sintiendo en el alma tal vez ansiedad.*

*Y entonces las cartas de un rústico niño
Tal vez te avergüencen te cansen quizá!
Quizá estos renglones que ahora te escribo
Con pena tan triste, con fe tan sincera,
Tu mano inconstante tal vez romperá!*

*Ay! Todos me dicen que todo se olvida,
Los sueños del alma, las glorias de amor!
Yo siento al oírlo tan honda amargura,
Tan íntimo duelo, tan rudo despecho,
Que entonces quisiera morir de dolor.*

*Oh nunca lo creas, mujer! aunque todos
Cobardes afirmen tan negra verdad,
De mí nunca creas tan torpe cinismo,
Los hombres se engañan, los hombres blasfeman
Cediendo al torrente de loca impiedad.*

*La ley que transforma la fútil arcilla,
El férvido instinto del bien y del mal,
La enérgica llama que al Sol ilumina,
El místico anhelo que exalta la mente,
Principio incorpóreo del bien inmortal:*

*Que hierve en las hondas entrañas del globo,
Que radia en las cumbres del alto zénit,
Que allá en las auroras de Mayo sonrío,
Que brama en las noches oscuras del invierno,
Que vibra en los senos del aura sutil.*

*Que allá en las tormentas retumba sonoro
Con voz iracunda de airado Titán,
Que lanza a los polos montañas de hielo,
Que viste los montes de pampa salvaje,
Que muje en el vientre del ronco volcán.*

*Aquel a cuyos ojos
El orbe titubea
Que llena con su acento
La eterna inmensidad:
Aquél que en las estrellas
De noche pestañea,
Aquel que entre nublados
Lanzando tremebundo
La negra tempestad.*

*Mujer! es el mismo que siento en el alma
Bullendo terrible doliente y precoz:
El mismo que amarte por siempre me obliga,
El mismo que escribe con juego tu imagen,
El mismo que temple tu armónica voz.*

*Mujer! es el mismo que ahora me inspira
Tan miserables trovas, tan triste cantar:
El mismo que baña tu faz de hermosura,
Que allá en tus pupilas vivaz centellea,
Y el mismo que puede tu amor conservar.*

*Si acaso algún tiempo me olvidas ingrata
En otras regiones lejanas de aquí,
No pienses que pueda también olvidarte
Quien siente en el alma pasión tan inmensa,
Quien pasa las horas llorando por tí.*

*Yo iré a las orillas del patrio Vesaya
Buscando a mis penas cumplida expansión;
Allí donde juntos nos vimos primero,
Allí donde llena de amor escuchaste
Mi tierna plegaria, mi triste canción.*

*O allá en las riberas que azotan bramando
Las túrgidas ondas del cántabro mar,
Al bronco estampido que el orbe estremece
Mi voz levantando solemne y profunda,
Mi amargo infortunio podré consolar.*

*Empero aunque te vayas
E ingrata me abandones,
Me dejas, alma mía,
Fatal consolación,
Perdona si te aflige
Tan fúnebre recuerdo,
Me dejas una tumba!
Los huesos de tu madre!
Tu madre, a quien recuerdas
Con íntima efusión.*

*Sin miedo a los terrores de lóbregos misterios
El campo de las tumbas audaz visitaré,
Cual hijo cariñoso besando el yerto mármol
Que oculta para siempre su misero cadáver,
Llorando amargamente tu nombre invocaré.*

*Mujer! a la fortuna
Fatídica le plugo
Poner entre nosotros
El vínculo mejor.
Mujer! el infortunio
Nos liga eternamente,
Te aferran perdurables
Sus vínculos de bronca,
Si rompes por desgracia
Los vínculos de amor.*

*Mas ay! entre tantos te vas a otros climas,
Allá donde acaso jamás te veré:
Te vas para siempre, te vas alma mía,
Te vas, y no puedo seguirte aunque quiera,
Si acaso me olvidas, entonces — ¿qué haré?*

Hinojedo, octubre de 1839

DESPEDIDA

Escrita el año de 1840 a bordo
De la fragata Provisional, saliendo de Santander,
Y navegando a lo largo de las costas de Cantabria.

Adiós patria! adiós amores---

ESPRONCEDA

*Comprendo que el periodo más bello de mi vida
Fugaz con sus encantos al mar vino a morir,
Conozco que principio más triste otra existencia;
Silencio! y avancemos al negro porvenir.*

*El Sol entre nublados
A intervalos se oculta,
Y a intervalos deshace
La negra confusión.
Allá en los horizontes
Las nubes se condensan,*

*Formando enormes monstruos
Que raudos se atropellan
En grupos gigantescos,
En lóbrego montón.*

*El frígido nordeste soplando así en la popa
Meciéndose la nave comienza a navegar:
Muy pronto dejaremos los ámbitos de Europa,
Cruzando los desiertos magníficos del mar.*

*Ondina de estos mares, amor de estas riberas,
Suspende tus cantares, tus gritos de placer,
Y oyendo de mis trovas las notas plañideras,
Recibe cariñosa mis lágrimas sinceras
Las vierte por dejarte, querida Santander.*

*Son lágrimas sentidas
De un hijo que te quiere,
Que siente al despedirse
Las ansias del dolor.
Son lágrimas del alma,
Dolientes y espontáneas,
Son lágrimas de un triste
Que deja infortunado
Las playas de su amor!*

*Jamás entre las rocas
Gigantes de tu barra,
Jamás ha resonado
Tan flévil un adiós!
Recíbile entre tanto
Que voy a extraños climas,
De fábulas acaso
Quiméricas en pos.*

*Carísimas montañas! recónditas mansiones,
Asilos ignorados de paz y de salud,
Guardadme cariñosas mis dulces afecciones,
En tanto que iracundo me lanza a otras regiones
El genio que preside mi triste juventud.*

*Montañas! es muy triste, muy triste contemplaros
Del viento y de las olas rugientas al fragor:
Montañas! es muy triste, muy triste abandonaros
Dejando en esos valles afectos, ay! tan caros,*

Dejando entre vosotras perdido tanto amor.

*Oh patria! si supiera que nunca volvería
Debajo de tus robles por fin a descansar,
En medio de estas ondas audaz me lanzaría,
Y al menos ¡ay! mis huesos llegarán algún día
Tal vez en las riberas por siempre a reposar.*

*Oh dulce patria mía! Cuán rápida te alejas.
Tus cumbres ya trasponan la línea horizontal:
Se pierden en los vientos inútiles mis quejas,
Y en medio de los mares, cual huérfano me dejas,
Rumbando al hemisferio del mundo occidental.*

*Horribles pensamientos se agolpan en mi frente
Bullendo en torbellinos de negra confusión
Oh suerte! es muy amargo perder eternamente
La hermosa que adoraba frenético y ardiente
Con todas mis potencias, con todo el corazón.*

*Nacida en los delirios,
De un sueño de alegría,
Llegó a mi pensamiento
La inmensa eternidad.
Después, iluminando
La atmósfera sombría
Huyóse para siempre
Dejando el alma mía
Perdida en un abismo
De amor y de ansiedad.*

*Mas yo por todas partes
Circundar horizontes
La vasta superficie
Convexa y circular.
Detrás desaparecieron
Las cumbres de los montes,
Y sólo ven mis ojos
Los cielos y la mar.*

*Mi dulce paraíso de luz y de alegría,
Feliz o desgraciado, yo siempre te amaré.
Te quiero con el alma, querida patria mía,
No esperes que te pague con vil apostasía,
Jamás cosmopolita ni apóstata seré.*

*Qué mucho que te vuelva
Lo mismo que me diste
Frenético entusiasmo,
Profunda gratitud:
Qué mucho que te llore
Con íntima ternura,
Qué mucho que te cante
Con tanto sentimiento,
Vibrando tristemente
Mi fúnebre laud.*

*Que mucho patria mía
Si dejo en esos valles
Gloriosas esperanzas
Y afectos entrañables
De eterna duración!
Que mucho que al mirarte
Quizá la vez postrera
Suspiré enternecido
Con tanto desconsuelo
Mi triste corazón!*

*En mágicos palacios
O en misera cabaña
Tus plácidas memorias
De amor me exaltarán.
Si muero por desgracia
Vagando en tierra extraña,
Con hondo sentimiento
Tu dulce nombre, España,
Mis labios moribundos
Al fin invocarán.*

*No esperes que yo venda
Por nada de este mundo
El germen que me diste
De amor y gratitud.
No esperes que comercie
Jamás mis sentimientos
Cual torpe mesalina
Que trueca por escoria
Sus virgenes primicias,
Su hermosa juventud.*

*En páramos horribles
Errante peregrino
Y acaso abandonado
Del mundo en el confin,
Tendré consolaciones
Muy dulces, patria mía,
Tendré por compañeros
Tus plácidas memorias,
Ya cante en los desiertos,
Ya brinde en el festín.*

*Mas oye, si algún día
Resuenan en tus playas
Mis trovas plañideras
En triste vibración:
Si entonces te complacen
Y en ellos te glorías,
Si entonces me bendices
De amor estremecida,
Entonces ¡ay! se cumplen
Mi afán y mi ambición.*

SONETO

El Nacimiento de Sol en el Océano

*Jira veloz la cristalina esfera,
Fulgores brota el sonrosado Oriente,
Y en el vago confin del Occidente
Las sombras huyen en fugaz carrera;*

*Los tibios rayos de la luz primera
Del cielo pintan la soberbia frente,
Y allí en los senos de la mar luciente
El firmamento azul se reberbera.*

*¡Oh qué bello y sublime panorama
Mis ojos miran en el mar profundo!
El sol gigante, inextinguible llama,
Principio y móvil primordial del mundo
Por todas partes su esplendor derrama,
Germen de vida, manantial fecundo.*

AL PICO DE TEIDE

*¿Quién es aquel coloso de cónica estructura
Que arranca de las ondas del Sur al Septentrión?
¿Quién es aquel coloso que cierra el horizonte,
Que choca con la curva del alto firmamento,
Que espléndido sombrea la esférica extensión?*

*Quién es aquel gigante
Que en medio de los mares
Encierra en sus entrañas
Las furias de un volcán?*

*Que arroja con cien bocas
Mugidos tremebundos,
Que férvido respira
Columnas de humo y fuego.
Rival del Océano,
Rival del huracán?*

*Artífices humanos, raquíuticos pigmeos,
Enchidos de fantasmas de frágil vanidad,
Venid ante esta inmensa pirámide soberbia,
Venid a contemplarla pasmados de entusiasmo,
Y al genio de los genios atónicos mirad.*

*Qué valen vuestras obras,
Si son las más grandiosas
Del cieno deleznable
Fugaz transformación?*

*Geógrafos del mundo,
Decidme donde fueron
Las ínclitas mansiones,
Del genio del Oriente,
Sublimes epopeyas,
Sublime encarnación.*

*Decidme historiadores, decidme ¿qué se hicieron
Atenas y Corinto, Pentápolis, Salén,
Decidme, ¿qué se hicieron los mágicos pensiles
Que en medio a Babilonia colgados de las nubes
Al hombre recordaban las glorias del Edén?*

*Las nieblas del olvido
Reposan en silencio
Cubriendo de otras razas
El negro panteón.
Millones a millones
Pasaron otros pueblos
Pasaron sus historias,
Millones a millones
Cual pasan los nublados
Que lanza el aquilón.*

*Al soplo de los siglos que avanzan silenciosos
Rodaron desplomadas las torres de Babel:
Cayeron los gigantes del Eúfrates y el Tigris,
Volaron en cenizas pirámides de cráneos,
Cual polvo que lacentan las huellas de un corcel.*

*Pasaron los portentos
Fantásticos de Menfis...
¿Do fue tu gran Santuario
Sublime Salomón?
Temblaron y cayeron
Sus bóvedas inmensas...
También el gran coloso
De Rodas en escombros
Saltó de sus cimientos
Al choque del turbión.*

*También esas ciudades de fábrica moderna
Que pueblan hoy la Europa tendrán el mismo fin:
También, Albión soberbia, caerán tus monumentos,
También el domo inmenso del Templo de San Pedro,*

La Alhambra de Granada, las Torres del Kremlin.

*Mas ved ese gigante,
Que nunca se envejece
Audaz antagonista
Del tiempo asolador:
Miradle entre las nubes
Eternamente inmóvil;
En vano mil centurias
Se estrellan en su frente
Con ímpetu iracundo,
Con hórrido fragor.*

*Se acerca velozmente! mirad su inmensa mole
Que espléndida traspasa la esférica extensión,
Se acerca velozmente, las ondas turbulentas
Se rompen a sus plantas y saltan y blanquean
En flujo perdurable, con lenta ondulación.*

*Salud coloso de la mar de Atlante,
Levanta monstruo la cerviz sublime,
Titán soberbio, triunfador gigante,
Dime tu historia, tus anales dime.*

*Tu planta enorme del profundo abismo
La tenebrosa inmensidad abrumba,
Y en el excelso firmamento mismo
Al par ocultas tu grandeza suma.*

*Si en la cumbre del negro tormentorio
Retumba el trueno y el turbión rebrama,
Entonces alzas, cual hachón mortuorio,
Turbias columnas de sulfúrea llama.*

*Y entre los pliegues de crespón suspenso
Del torvo nublo que tu sien rodea,
Pareces, Teide, cenotafio inmenso
Donde vacila moribunda tea.
Y en tu espiral vertiginosa brotan
Monstruos, fantasmas y también vestiglos,
Que en remolinos gigantescos flotan
Como recuerdos de remotos siglos.*

*En fervorosa admiración suspenso
Tus colosales proporciones mido,*

*Y al contemplarte tan sublime, pienso
Que en otros siglos que absorbió el olvido.*

*Allá en los senos del espacio inmenso,
De fulgurante majestad ceñido,
Eran cien astros tu feliz diadema,
Siendo tú el centro de algún gran sistema.*

*Y al ímpetu después del cataclismo,
Total revolución del universo,
De tu centro saltastes al abismo
Tu gran sistema en confusión disperso,
Y quedaste en perpetuo antagonismo
Del Sol ardiente en el sistema adverso,
Mas siempre hirviendo en tu gigante cumbre
Viyas centellas de tu antigua lumbre.*

*A veces cantas tu falaz destino
Con esas bocas del volcán hirviente,
Y al estruendo del ronco torbellino
Que airado insulta tu indomable frente,
Y entonces eres triunfador, divino,
Por más que el rayo contra ti reviente,
Que los que grandes engendró el Eterno,
Serán colosos en el mismo infierno.*

*Tu vasta mole al argonauta asombra
Que te contempla de terror perplejo,
El mar te presta inmensurable alfombra,
Doseil profundo y cristalino espejo,
La noche inmenso pabellón y sombra
Y el Sol hermoso y temblador reflejo,
Y tu volcán terrífica harmonía
Que allá retumba en la región vacía.*

*Sublime Teide, tu grandeza admiro,
Mas no por eso la cerviz prosterno
Que yo también, aunque pequeño, aspiro
A conquistar un porvenir eterno
También yo, Teide, yo también deliro
Con los furores de un volcán interno
Que mi existencia borrascosa absorbe
Y me arrebató más allá del orbe.*

*Más allá! más allá! que el alma mía
Del horizonte al horizonte avanza:*

*Más allá! más allá! fortuna impía,
Al ímpetu veloz de la esperanza
Hasta perderme a la región vacía,
Raudo cometa que del caos se lanza,
Rayo que suelta de la eterna pira
Y en los desiertos del espacio gira.*

A LA VISTA DE LA ISLA DE CUBA

*El piloto por fin nos anuncia
Que hoy veremos las costas de Cuba,
Cuando al zénit espléndido suba
De los cielos el gran luminar.*

*El primer resplandor de la aurora
El espacio a los ojos aumenta,
Y la bóveda azul transparente
Y el abismo insondable del mar.*

*Desplegado el velamen turgente
Se adelanta veloz la fragata,
Y honda estela dejando de plata,
De un cometa parodia el perfil.*

*Desde el palo mayor, en la coja,
A la parte del Sur me dirijo.
Y en la línea distante me fijo
Contemplando con ansia febril.*

*Mas la vista tenaz no penetra
La extensión circular todavía,
Y en la vaga y azul lejanía
Se confunden los cielos y el mar.*

*Entre tanto las brisas arrecian,
La fragata veloz se adelanta,
Y triunfante divide o quebranta
Cuantas olas encuentra al pasar.*

*Sobre un fondo radiante de plata
Cual gigante encendido topacio,
Bello el Sol arrebola el espacio
Derramando océanos de luz.*

*Sacudidas del viento sonoro
Y bañadas de fuego las olas,*

*Resplandecen cual vagas aureolas
Si se miran alzarse al trasluz.*

*Suspendióse por fin la cortina
Que flotaba del mar en la espalda,
Y cual pura infinita esmeralda
Las campiñas de Cuba se ven.*

*Salve virgen del mar de Occidente!
Salve! Salve! magnífica Antilla!
Tu hermosura fantástica brilla
Con la pompa inmortal del Eden.*

*Salve virgen del trópico ardiente,
De tu seno en el centro fecundo
Reconcentras la magia del mundo
del Sublime Cristóbal Colón.*

*Apacibles las brisas te olean,
Y la mar te acaricia y te baña,
Y cual hija querida de España,
Enarbolas aquí su pendón.*

*Cuba hermosa! tú ahuyentas del alma
La tormenta huracánica y negra,
Refulgente esperanza me alegra
Contemplando tu gran majestad.*

*Mi entusiasmo también se enaltece,
Pues te miro feliz y española,
Cuando el Sol tropical tornasola
Tu florida y radiante beldad!*

*Cuba! Cuba! levanta tu frente
Del espacio en la azul transparencia,
Muestra al mundo tu inmensa opulencia,
Tu beldad, tu fortuna y saber.*

*Isla hermosa de luz y de aromas,
De verdura perenne y de flores,
Dulce sueños de ardientes amores,
Ilusión oriental del placer.*

*Oh que canten tus bardos,
Que comenten tu espléndida gloria,
Que inauguren cantando tu historia
Milanés y el sublime Roldán!**

* Poetas distinguidos

*Pues que pobre infeliz pègrino,
Y no acierto a cantar dignamente,
A no ser que en tormentas reviente
De mi amor el terrible huracán.*

*Hija hermosa y querida de Iberia,
Ilustrada feliz y opulenta,
A los pueblos más cultos ostenta
Progresando tu bello país.*

*Si te llaman algunos dementes
Vil esclava de leyes extrañas,
Cuba! Cuba! por Dios, no te engañas,
Si les das un solemne mentís.*

*Porque aun eres ¡oh Cuba! muy niña,
Y no hay cosa que tanto te cuadre
Como el pródigo amor de una madre
A quien debes también gratitud.*

*Y después la eterna Providencia
En sus hondos arcanos divinos
Te reserva grandiosos destinos
Cuando empieces tu gran juventud.*

*Mi patriótico afán se gloria
Contemplando este mundo moderno
Cual glorioso padrón sempiterno
De la audacia del genio español.*

*Aquí estás y estarán sus blasones,
A través de infinitas centurias,
Y a pesar de falaces injurias
Mientras radie en los cielos el Sol.*

*Cien naciones al par eternizan,
Noble España, tu nombre y tu gloria,
Tus costumbres, tus leyes, tu historia
Cien naciones comparten al par.*

*Porque tú presidiste en los siglos
El periodo más bello y fecundo,
Cuando grande en tu arroyo profundo
Avanzaste el Pacífico Mar.*

FANTASIA

*Cuando el cielo se oscurece,
Y las regiones del aire
Las envuelve la tormenta
Con su manto formidable:
Cuando estalla el ronco trueno,
Y rujen los hondos mares,
Y los rayos serpentean
En el espacio insondable,
Y el huracán se desata,
Y palacios, chozas, árboles
Y llanuras y montañas
Y pensiles y palmares
En su rápida carrera
Con ciego furor combate,
Rodando de monte en monte,
De nube en nube lanzándose:
Cuando los hombres mezquinos,
Hipócritas y cobardes
Por su existencia raquítica
Alzan súplicas falaces,
Y en el polvo prosternados
La menguada frente abaten,
Porque si miran al cielo
El negror amenazante
De la tempestad contemplan,
Si permite contemplarle,
El raudo brillo siniestro
De los rayos fulminantes;
Y, si en torno, los arroyos
Y los ríos desbordarse
Y extenderse por do quiera
Salvando en tropel los márgenes;
Entonces el bardo sublime
Con espíritu gigante
Abandona la materia
Torpe asaz y deleznable,
Y de afecciones terrenas
Rompiendo la estrecha cárcel,*

*Allá se lanza al espacio
Con audacia inalterable,
Y al huracán desafía
Y a la tempestad tronante,
Y recorre velozmente,
Desiertas inmensidades*

*Y sobrepuesto al turbión
Se mece donde radiante
Brilla el sol, y allí sereno
Ve en sus ejes de diamante
Estremecerse del mundo
La máquina perdurable
Al ímpetu furibundo
De las negras tempestades,
Que en furioso torbellino
La conmueven y combaten.
Olvida tal vez las penas
Inherentes a la carne,
La ambición y la miseria,
La ansiedad y los afanes,
Y sólo concibe entonces,
Una idea inmensurable,
Soberana, misteriosa,
Mágica, sublime y grande
Que le absorbe el pensamiento,
Cual en sus senos gigantes
Absorben el mar los ríos
Y la eternidad edades:
Es la indefinible idea
La divinidad que nadie
Ha podido comprender,
Por más que a lograrlo afanen
El filósofo en su estudio,
Y en sus éxtasis el vate:
Absorto en ella levanta*

*Por etéreas soledades
Su vuelo con ansia ardiente
En raudo y sublime arranque,
Sin que el caos de la nada
Le conturbe ni le espante,
Aguila audaz que procura
Al bello sol acercarse.
Mas cede al fin y desmaya,
Volviendo a la humana cárcel,
Cual el sol en occidente
Cual los ríos en los mares.*

*En tanto de la tormenta
Se desvanece el furor,
Y en las regiones etéreas
Triunfante domina el sol*

Y brinda pródigo al mundo
En torrente bienechor
Diáfana luz y colores,
Dulce paz y animación
Y los prados se engalanan
Otra vez con su verdor,
Y las flores reanimadas
En vistosa ondulación
Se mecen de leve brisa
Al soplo murmurador
Y esparcen fragante aroma,
Y encanto del prado son,
Y en las selvas solitarias
El sonoro ruiseñor
Desata la melodía
De su dulcísima voz,
Y los ríos confinados
Al cauce que les marcó
Próvida naturaleza
Ya no braman con furor

Que discurren sosegados
En melancólico son,
Y en su transparente espejo
Que blanda brisa rizó
Retratan la gran belleza
De la cóncava región,
Sus márgenes deliciosas
De esmeraldino color,
El penacho de las palmas,
De las rosas el botón,
De los sauces la tristeza
Y el plumage volador,
De las aves que le encantan
Y enamoran con tu voz.

Entre los hombres también
La escena de aspecto cambia;
Ya no tiemblan aterrados,
Ni les conturba ya nada,
Ni al cielo irritado envían
Sus votos ni sus plegarias.
De la tormenta se olvidan,
Y en brazos de la esperanza
La ilusión de sus deseos
De nuevo a cumplir se lanzan.

Discurren unos sin fin,
Sufren otros y trabajan:
Aquí rien, allí gritan,
Acullá festivos cantan:
Gozan unos sus placeres,
Otros lloran sus desgracias,
Y unos y otros de consuno
Injusta la suerte llaman.
Injusta la llama el rico

Porque progenie le falta,
Y llámala injusta el pobre
Que no puede sustentarla
Por más que de noche y día
En los trabajos se afana
Y sin cesar se fatiga
Debilitando su máquina.
Llora su suerte el amante
Porque sus ternuras paga
Con insolente desprecio
Alguna mujer ingrata;
Y la maldice también
El que dichoso lograra
Dulce amor de la que un día
Objeto fue de sus ansias,
Porque un maléfico hastío
Los placeres le acibara.

Mas el poeta ya vuelto
Del éxtasis, vé con clama
La miseria y los afanes
De la humanidad infausta.
También en su corazón
Alguna espina se clava
Y acaso un momento llora
Y son de fuego sus lágrimas,
Que también le guarda el mundo
Afecciones adoradas,
Y dulcísimas memorias
Hartos tristes y harto caras,
Con resignación después
La negra espina se arranca,
Suspira con honda pena
Y al cielo sus ojos alza,
Y del cielo le ilumina
Blanco rayo de esperanza

*A cuya luz bienhechora
Vé delicias ignoradas
Por los hombres que no se sienten
Más que pasiones prosaicas.
No las contempla en el mundo,
Que es el mundo la morada
De infortunios y pesares,
De lamentos y de lágrimas;
La eternidad es do espera
Perdurable venturanza*

*Al terminar de la vida
La fatigosa jornada.
Requiere luego el laud
Y con entusiasmo canta
Sus pesares, sus amores,
Los encantos de su amada,
Las bellezas de natura,
Y las miserias humanas,
Y cantando sus dolores
Se adormecen y se calman.*

EN LA ISLA DE PINOS

*El sol radiante descendió al ocaso
Entre celajes de amaranto y fuego:
Sorbió la noche su esplendor escaso,
Y en torno reina funeral sosiego.*

*El mar caribe en la extensión remota
Unisonante y vagabundo gime,
Y el cielo estrellas a millares brota
En armoniosa majestad sublime.*

*Las sombras crecen, y la luz se apaga
Del occidente en el confín lejano:
Mi pensamiento solitario vaga,
Y al fin descanso del afán mundano.*

*En paz la tierra de placer suspira,
La mansa brisa vagarosa ondula:
Todo al profundo sentimiento inspira,
Todo al doliente corazón adula.*

*Do quiera flotan impalpables vahos,
Do quiera gimen misteriosos ruidos,
La noche inmensa descendió del caos...
Venid recuerdos de mi amor perdidos.*

*Venid! venid! en fèrvido tumulto
A consolar mi corazón vacío,
Tierno, sensible y perdurable culto
Siempre os consagra el pensamiento mío.*

*Siento en mis ansias ambición eterna,
Siente mi corazón melancolía,
Por fin transpira mi ansiedad interna,
¡Medita en tus amores alma mía!*

*En vano, en vano contemplé entusiasta
Esta feliz americana tierra:
Su externa pompa al corazón no basta,
Otro hemisferio mi fortuna encierra.*

*En otras tierras por mi mal remotas
Entre montañas de beldad sombría
Sones dolientes, entrañables notas
Lloran perdida la esperanza mía.*

*Esta fecunda atmósfera de fuego,
Esta brisa, estos campos, estas flores,
Este vago y pacífico sosiego
Al hombre inspiran ilusión y amores.*

*Mas yo la magia del amor no encuentro,
Yo que a sus glorias ambicioso aspiro:
Mi pensamiento retrocede al centro
De sus recuerdos en perpetuo giro.*

*Mas a mi genio apasionado y triste
Le placen cuadros de terror profundo,
Que este ropage virginal que viste
Tan rico en galas el moderno mundo.*

*Ya no me inspiran las llanuras bellas
Vestidas siempre de verdor eterno,
Do nunca yertas estampó sus huellas
El tempestuoso encapotado invierno.*

*Ni los respiros de fragancia pura
De estos vergeles de esmeralda y oro,
Donde la brisa perennal murmura,
Do vuela y canta el tomequin sonoro.*

*Campos alegres! fértiles campiñas,
De ceibas, de cafetos y naranjas,
De saludables y sabrosas piñas,
De arroyos puros en corrientes franjas.*

*Recóndito santuario de alegría,
Do nunca el trueno retumbó de guerra,
Do nunca airada la discordia impía
Con sangre humana enrojció la tierra.*

*Ardiente amor del seno mejicano,
Sus ondas mansas te acarician ledas,
La hermosa luz del sol americano
Te envuelve en gasas y flotantes sedas.*

*Nunca tu pompa espléndida se pierde,
Aun no rasgaron tu cendal primero,
Tu cabellera transparente y verde
Flota entre brisas en el mes de Enero.*

*Si el eco ronco de mi voz inculta
Tu masedumbre y tu quietud profana,
Si tu sosiego patriarcal insulta,
Perdona virgen de la mar indiana.*

*Dulce perdona al trovador errante,
Si los alhagos de tu amor desdeña,
Porque de España en la región distante
Con sus afectos inmortales sueña.*

*Que yo no tengo la harmoniosa lira
Con que te ensalza tu cantor primero: *
Solo mi triste corazón se inspira
Con la ternura del amor sincero.*

*No soy cobarde y mentiroso bardo
Que siempre alhaga la beldad presente;
Mi sentimiento nunca fue bastardo,
Dicen mis trovas lo que mi alma siente.*

*Mas a mi genio solitario agrada
Vagar perdido en absorción profunda
Y en las reliquias de la edad pasada
Buscar terrible inspiración fecunda.*

* El célebre poeta D. Antonio Ribot, durante su destierro escribió en la Isla de los Pinos una de las más felices composiciones que existen en nuestro idioma.

*Mas me complace al moribundo brillo
Del Sol poniente divagar en torno
De algún antiguo y colosal castillo,
Que yace en ruina sin blasón ni adorno.*

*O en las medrosas solitarias naves
De alguna antigua catedral cristiana
Alzar la mente en distracciones graves
Cuando retumba la fatal campana.*

*Cuando su lenta vibración sonora
Por los espacios infinitos gime,
Cual eco dulce y funeral que llora
Con las memorias del amor sublime.*

*Cuando en los vientos palpitante ondea
Y entre las tumbas en vaivén profundo
Alzando el alma en la grandiosa idea
De amor eterno incomprensible mundo.*

*Cuando la mente fascinada piensa
Entre las orlas de crespón nocturnas
Ver en medrosa confusión inmensa
Surgir los muertos de las negras urnas.*

*Cuando en la sombra que el espacio puebla
Formas de fuego imaginarias brotan,
Los senos rasgan de la turbia niebla,
Ruedan, circulan y en los aires flotan.*

*Cuando los monjes en unión murmuran,
Y el gran Salterio del profeta cantan,
Y el maleficio de Satán conjuran
Y su impotente rebelión quebrantan.*

*¡Oh cuando es joven y ambiciosa el alma
Y en amorosa convulsión se agita
Busca entre sombras silenciosa calma
Y en la insondable eternidad medita!*

*Su vuelo alzando en expansión profunda
De lo infinito la región sondea,
Y audaz intenta sorprender fecunda
La misteriosa universal idea.*

*Porque es entonces tempestuosa y bella
En su ferviente exaltación, lo mismo
Que una radiosa y perennal centella
Que ardiendo rasga el insondable abismo.*

*En óptica fantástica ilusoria,
En sublime y glorioso panorama
Tal vez encarna la ambición de gloria
Que la divina inteligencia inflama.*

*Aun recuerdo las ideas
Y la fúnebre tristeza
Que siendo niño sentía
Cuando en alta noche oía
Las vibraciones solemnes
De las campanas sonoras
Del convento de Cordán.*

*Aquellos sonos punzantes
Que vibrando se prolongan,
Aquellos roncacos acentos,
Dolientes, pausados, lentos
Que estremeciendo el espacio
Con el vaivén de los vientos
Unos vienen y otros van.*

*Me inspiraban, me perdían
Meditando en otros mundos,
De terror estremecido
Mis cabellos se erizaban
Hirsutos sobre mi cráneo,
Y entonces me parecía
Que tronaba la armonía
De la trompeta final.*

*Y atónito imaginaba
Las más terribles escenas
Del Antiguo Testamento,
Las visiones más grandiosas
Del sublime Apocalipsis,
Las más bellas fantasías
Del Diablo-mundo inmortal*

EN LA ISLA

*Cansado el orbe sacudió sus hombros
De tanta mole rechazando el peso,
Y cien colosos convirtió en escombros
Arrebatado en iracundo exceso.*

*Y esos anales contemplar me gusta
De bronce y mármol, y rojiza piedra,
Donde domina soledad augusta,
Donde se arrastra la infecunda hiedra.*

*Esos fragmentos de terrible aspecto,
Páginas trucas de gloriosos fastos,
Me inspiran triste y misterioso afecto,
Fervientes ansias, pensamientos vastos.*

*Entre ruinosos quebrantados muros,
Arcos ojivos y columnas rotas,
Hondos arcanos comentar oscuros
Le place al bardo en funerales notas.*

*Desdeña entonces la ficción liviana
De brujas, duendes y risibles magos,
Y en lo más bello de la historia humana
Fija sus altos pensamientos vagos.*

*Con indeleble y prodigiosa tinta
Formas entonces colosales traza,
Y en fondo oscuro vigoroso pinta
El genio ardiente que inspiró otra raza.*

*Brillan entonces en pasmoso grupo
Cortés, Padilla, Calderón, Pizarro
Y el gran Cervantes que valiente supo
Forjar mil seres sin pincel ni barro.*

*Sublime y grande, cual Colón, entonces
Mundos eternos de ilusión descubre,
Más duraderos que macizos broncees
Sin esas galas que marchita Octubre.*

*Arrebatado en la harmoniosa idea
Que la existencia universal inflama
Virgenes bellas, cual Murillo crea,
Y allí sus ansias delirantes ama.*

DE PINOS

*Ecos perdidos, deleitables sonos,
Que entre las sombras murmurais errantes,
Despertad otra vez mis ilusiones,
Hijas alegres de mi amor constantes.*

*Venid hermosas ilusiones mías,
Aunque en oscura confusión vengais,
Aunque perdidas, moribundas, frías,
Sombra entre sombras de mi bien seais.*

*Esta dichosa inalterable calma
Vencer no puede mi profundo tedio,
Porque la interna enfermedad del alma
Ya nunca! nunca encontrará remedio!*

*Venid! venid espléndidos delirios,
Triste os espera el corazón abierto,
Puras esencias de fragantes lirios,
Desiertas flores que engendró el desierto.*

*Vuestra memoria mi esperanza sea!
Venid, cual viene la amorosa luna
Cuando las cumbres del zénit blanquea
Con su más bella y oriental fortuna.*

*Sólo vosotras conmovéis sonoras
Del armonioso corazón las cuerdas,
Cuando en las graves y nocturnas horas
Cesa el tumulto de las turbas lerdas.*

*Cruza los arcos de inmortal zafiro
Blancas y azules de esmeralda y oro;
Venid en suave y apacible giro,
Como el amante y virginal suspiro
De aquel ardiente serafín que adoro.*

*Venid cual viene la esperanza hermosa
Sobre este abismo de ansiedad y horrores,
Rica de galas ilusión dichosa
Cón sus aromas de naciente rosa
Brindando glorias, inspirando amores.*

Solo vosotras me arrancais gemidos

*Profundamente conmovida el alma
Cuando murmuran misteriosos ruidos
En la nocturna soledad perdidos,
Y el mundo goza indiferente calma.*

*Solo vosotras, ilusiones mías,
Mi pensamiento levantaiis del suelo,
Mis amarguras consolaiis sombrías
Y en las regiones sin confín vacías
A mi constancia prometéis un cielo.*

*Valles queridos! cántabras riberas!
Campos amenos, apacibles ríos
Donde mis trovas entoné primeras,
Do tantas muestras de amistad sinceras,
Tantos afanes merecí a los míos.*

*Breves, risueños y apacibles perennes,
Sentidas y entrañables alegrías,
Tempestuosas y terribles armonías
Que en esos mares retumbais solemnes.*

*Armonizad! armonizad los sonos
Que ardiendo lanza mi garganta ronca
Sacudid el volcán de mis pasiones
Como el son que estremece esas regiones
Cuando cien robles el turbión destronca.*

*Surgid recuerdos en tumulto ardiente
Y atropellados en montón lanzaos,
Aquí os espera un corazón doliente
Que el tormentoso torbellino siente
Aunque se pierda en la región del caos.*

*Dulces memorias que fluctuaiis inciertas
Sobre los mares del profundo olvido,
Hadas queridas! esperanzas muertas,
Rasgad las sombras de los tiempos yertas,
¡Surgid recuerdos de mi bien perdido!*

*Surgid! llegad! magníficas memorias,
Cual tempestades que el abismo aborta,
Las turbias nieblas disipad mortuorias,
El alma quiere contemplar sus glorias,
Su alegre infancia recordando absorta.*

*Atropelladas en montón sonoro
Girad en torno de mis patrios lares,
Y entre fulgores de esmeralda y oro
Guardad las prendas que entusiasta adoro,
Y en raudo vuelo traspasad los mares.*

*Con la violenta rotación del orbe
Seguid del alma las sublimes huellas,
Cual tromba inmensa que voraz absorbe
Cuanto su giro triunfador estorbe,
Venid memorias de la infancia bellas.*

*Venís muy triste! ilusiones mías
Cual blanca nube y transparente os miro,
Y entre las nieblas soñolientas, frías,
Escucho vuestras vagas melodías
Como un amante y postrimer suspiro.*

*Con suave adormidera, dulces hadas
Unjid mi frente si mi voz oís,
Llorad de amor! memorias bienhadadas
En las brisas nocturnas desatadas,
Si mis dolores a calmar venís.*

*Náufragas bellas! suspirad dolientes,
Solo vosotras mi aflicción sabeis.
Mis sentimientos despertad latentes,
En amorosa convulsión ardientes
Si mis dolores consolar quereis .*

*Mas ay! vosotras inmortales hadas
Venís muy tristes y de amor llorais,
No sé que voces murmurais sagradas
Y en la nocturna confusión veladas
Hijas del alma! para siempre os vais.*

*Siempre dulces prendas mías,
Que a la vida me tragisteis,
Que tanto por mí sufristeis,
Que llorais tal vez por mí!
Cual se aumenta mi tristeza
Mi aflicción y desventura
Cuando lleno de ternura
Os recuerdo desde aquí!*

*En esos valles queridos
Hay un sepulcro olvidado,
Símbolo triste y sagrado
De las glorias de mi amor
Vosotros que sois tan buenos,
Visitadle en mi memoria,
Y en su lápida mortuoria
Y en su lápida mortuoria
Consagrad alguna flor.*

*Yo no puedo, madre mía,
Olvidar aquella hermosa
Que tan buena y cariñosa
En esos valles me amó.
Mil veces por olvidarla
Reluché constantemente
Mas al fin rendí la frente,
No puedo olvidarla yo!*

*Bien sé que has de llorar, ¡oh madre mía!
Cuando mis trovas afligida leas,
Cuando comprendas mi desgracia impía,
Cuando tus ansias malogradas veas.*

*Si vieras, madre, mi paciencia inerte
En el recinto material del mundo...
A los furores de la infausta suerte
Por fin mi genio sucumbió iracundo.*

*Si vieras, madre, mi mortal angustia.
Mis ojos tristes y mi voz cascada,
Mis pasos lentos y mi frente mustia
De reluchar y de sufrir cansada.*

*No soy el niño incorregible y fiero
Que tantas penas te costó algún día;
Cedió a la suerte mi vigor primero,
Todo lo abate la fortuna impía.*

*Siempre me ha sido tan falaz la suerte,
Siempre me ha sido tan contraria y negra,
Que invoco a veces por solaz la muerte,
Nunca mi triste corazón se alegra.*

*Mas siempre os amo con amor profundo,
Con ciega fe, con entusiasmo santo...*

*En esos valles queridos
Hay un sepulcro olvidado,
Símbolo triste y sagrado
De las glorias de mi amor
Vosotros que sois tan buenos,
Visitadle en mi memoria,
Y en su lápida mortuoria
Y en su lápida mortuoria
Consagrad alguna flor.*

*Yo no puedo, madre mía,
Olvidar aquella hermosa
Que tan buena y cariñosa
En esos valles me amó.
Mil veces por olvidarla
Reluché constantemente
Mas al fin rendí la frente,
No puedo olvidarla yo!*

*Bien sé que has de llorar, ¡oh madre mía!
Cuando mis trovas afligida leas,
Cuando comprendas mi desgracia impía,
Cuando tus ansias malogradas veas.*

*Si vieras, madre, mi paciencia inerte
En el recinto material del mundo...
A los furores de la infausta suerte
Por fin mi genio sucumbió iracundo.*

*Si vieras, madre, mi mortal angustia.
Mis ojos tristes y mi voz cascada,
Mis pasos lentos y mi frente mustia
De reluchar y de sufrir cansada.*

*No soy el niño incorregible y fiero
Que tantas penas te costó algún día;
Cedió a la suerte mi vigor primero,
Todo lo abate la fortuna impía.*

*Siempre me ha sido tan falaz la suerte,
Siempre me ha sido tan contraria y negra,
Que invoco a veces por solaz la muerte,
Nunca mi triste corazón se alegra.*

*Mas siempre os amo con amor profundo,
Con ciega fe, con entusiasmo santo...*

*No hay acento ni voz en este mundo
Con que explicaros sentimiento tanto.*

[Nueva Gerona 1843]

NADA ME IMPORTA

*Nada me importa que en mis penas halle
Sangriento cebo la desgracia impía,
Ni que en la eterna inmensidad vacía
Lanzando el globo reventando estalle.*

*Nada me importa que el desierto valle
Cruce del mundo la existencia mía,
Sumida en densa lobreguez sombría
Cuando mi lira para siempre calle.*

*Nada me importa el torcedor interno,
Aro de bronce que circunda el alma,
Ni a queste lento abrasador infierno
Que me consume en espantosa calma,
Si amor me guardas, cual mi amor, eterno,
Y al mártir ciñes la amorosa palma.*

II

*Mas ay! si un tiempo indiferente olvidas
Aquellas horas de pesar ajenas,
Horas alegres de placer serenas
De nuestras almas a la par sentidas.*

*Cuando embriagadas y de amor perdidas
En bellas noches de ilusión amenas,
Llenas de gloria y de esperanzas llenas
Soñaban juntas a la par dormidas.*

*Ah! si tú olvidas el dolor profundo
Que mi existencia envejecida acorta:
Mujer! entonces que me importa el mundo
Ni cuanto grande el sentimiento aborta,
Si es todo polvo corrompido, inmundo,
Y nada, nada sin tu amor me importa!*

Solo el genio entiende el genio.

— Byron

Muchas veces me ha inspirado tu genio ambicioso,
vehemente y entusiasta, y si hubiera podido escojer
entonces una compañera para vivir en la eternidad,
nuestras almas se hubieran elevado para siempre a
las regiones increadas del amor sin fin, y de la
inteligencia infinita...

*Quando rompes ¡alma mía!
La vil cárcel que te encierra?
Quando dejas de la tierra
La mortífera prisión?
Quando cesan tus furoros?
Quando cesan tus latidos
Tu ansiedad y tus gemidos,
Turbulento corazón?
Por qué cantas, por qué lloras
En tan lóbrego desierto?
El mundo entero está muerto...
¡Pasad cánticos de amor!
Solo retumba entre nubes
La huracánica tormenta
Que se avalanza y revienta
Con espantoso fragor.*

*Los hombres ¡ay! te escarnecen,
A cada flébil estrofa
Te lanzan imbécil mofa
Sin alma y sin corazón...
Más que importan ¡miserables!
Vuestros dicterios malditos?
Ególatras parásitos,
Que importa vuestra irrisión?*

*El ciego de nacimiento
No concibe los colores:
Jamás tuvisteis amores,
No los podeis concebir,
Nunca trocara aunque sufro
Por vuestra indolente calma
Las borrascas de mi alma
Que se lanza al porvenir.*

*Quien sabe si alguna hermosa
Cuando escucha mis cantares
Comparte de mis pesares
Dulces lágrimas de amor!*

*Quien sabe si al ver en ellos
Sus ocultos pensamientos
Tiene dulces sentimientos
Y bendice al trovador!*

*Sublimes inteligencias!
Deidades del pensamiento,
Que sentís lo que yo siento,
Que en otro mundo esperais!*

*Ah, yo espero que vosotras
Cuando escuchéis mis canciones
Comprendais mis afecciones
Y también las compartais.*

*Las almas grandes y ardientes
Desde antípodas regiones
En latentes vibraciones
Traspasan la inmensidad.*

*Y se encuentran, se confunden
En iguales pensamientos,
En iguales sentimientos
En misteriosa hermandad.*

*Memorias de otra existencia,
Fugaces exalaciones,
Peregrinas concepciones,
De perfecta beatitud!*

*Dulces músicas del alma
Que fluctuáis en lo infinito,
¿Cuando en vosotras medito
Florece mi juventud!*

*Magníficas armonías
De las silfas y las hadas,
Lánguidamente pasmadas
En los deliquios de amor!*

*Qué gratos son vuestros ayes,
Cual sorprenden y reaniman
A los tristes que caminan
Por los valles del dolor!*

*Aun recuerdo todavía
De lo presente olvidado
Cuando pienso en lo pasado
Mi primer exaltación.*

*Entonces era muy niño,
Feliz, audaz, ignorante,
Tierno, sensible y amante,
Todo amor, todo ilusión.*

*Mi memoria sin principio
Era un album limpio y puro,
Un cuadro sin claro oscuro
De suavísimo color.*

*Y en vaga transparencia
Bañados de luz veía
Los sueños de mi alegría,
Los misterios de mi amor.*

*Y una mujer blanca y pura
Sobre el seno de la vida
Con las galas revestida
De su propia juventud.*

*Atónito la miraba
Con frenético entusiasmo...
¿Qué me importaba el sarcasmo
De la imbécil multitud?*

*Yo miraba la turgencia
De sus senos palpitantes
En vértigos delirantes
Físicamente y moral.*

*El alba de la pureza
Su talle esbelto ceñía,
Y en pliegues blondos caía
Vaporosa y virginal.*

*Qué me importaban entonces
Evoluciones mundanas,
Fórmulas necias livianas
De la estéril sociedad?*

*Qué me importaba el espacio
Con el Sol o las estrellas,
Ni los rayos ni centellas,
De la negra tempestad?*

Qué me importaba a mi entonces

*De los hombres la perfidia,
Los aplausos o la envidia,
Las lisonjas o el baldón?*

*Orgullosa y satisfecha
Con mi propio sentimiento,
Le bastaba al pensamiento
Su genial inspiración.*

*Era una noche de estío,
De brisas y luna llena,
Transparente, azul, serena,
Sublime noche de paz!*

*Las almas enamoradas
De ternura se morían,
Y cantaban y gemían
En son doliente y fugaz.*

*Entonces la virgen pura
De mi virgen sentimiento,
Contemplaba el firmamento,
Muriendo de amor también.*

*Plácidamente inspirada
Levantó su voz profunda,
Melodiosa y vagabunda
Como el misterio del bien.*

*Callaron las armonías
De aquellos valles sombríos,
Y los mares y los ríos
A su acento musical.*

*Y llenando los espacios,
Dominaba y presidía
La doliente sinfonía
Del amor universal.*

*El más fanático ateo
Perdiendo entonces la calma,
Confesara en fin del alma
La bella inmortalidad.*

*Aquel cántico sublime,
Aquella dulce armonía,
Un suspiro parecía
De la inmensa eternidad...*

Qué me importaba este mundo

*Con sus farsas o sus leyes,
Sus tribunales o sus reyes
Y su eterna esclavitud?*

*Indomable y turbulento
Cual los cantábricos mares
Entonaba mis cantares
Al compás de mi laud.*

*Sin embargo ya sentía
Incomprensible a mi mismo
Del eterno antagonismo
La eterna contradicción
Faltaba a mi venturanza,
La unidad del sentimiento,
Faltaba a mi pensamiento
La beatífica visión.*

*Por eso en mis sensaciones
Más recónditas había
Secreta melancolía,
Inexplicable ansiedad.*

*Y en medio de los deleites
De mi próspera fortuna,
Me gustaba de la luna
La tristísima beldad.*

*Siempre el Sol resplandeciente
Ha ofendido mis pupilas;
Me gustan nieblas tranquilas
Para poder meditar.*

*Dadme sombras! dadme el caos!
El mundo... el infierno... todo
Para poder a mi modo
Un universo formar.*

*Hermosa! tu pensamiento
Se ha encontrado con el mío
Fluctuando en un vacío
De frenética ansiedad.*

*Hermosa! nos comprendemos
Perdidos en un abismo...
Sucumba nuestro egoísmo,
En tan bella inmensidad.*

*Jamás implores funeral consuelo
Por qué desmayas, corazón cobarde!
Por qué tan joven sucumbir al duelo,
Medir aún puedes la región del cielo
Que aún fuego inmenso en tus entrañas arde.*

*Respire el cráter del volcán hirviente
Que largo tiempo comprimió su lava
Domina, oh corazón eternamente,
Con tu cariño y tu ansiedad demente
Que siempre ha sido mi razón tu esclava.*

*Si es más profunda que la mar tu pena
Por qué no lates con vigor más fuerte?
En torno tuyo la borrasca, trueno
Feroz trocando la estación amena
En yermo triste de horfandad y muerte.*

*El pensamiento en mi desgracia flébil
Lucha y relucha y pertinaz se afana;
Pero es su empeño y su constancia estéril
Que siempre ha sido mi razón muy débil
Cuando con ella el corazón no hermana.*

CONTEMPLANDO EL CADAVER DE UN NIÑO

Dedicada a D. Julián M. Pordillo en prenda de
la entrañable amistad que le profeso.

*Cual los ecos postrimeros
Del laud de las memorias
Cuando recuerda las glorias
De la primera ilusión.
Cual las músicas que ondulan
De la noche en la honda calma
Cuando insomne piensa el alma
Mientras duerme el corazón.*

*Cual la pena y las ideas
Del anciano desterrado,
Que, medio siglo pasado
En extranjera orfandad,*

*Vuelve a la casa paterna,
Y la encuentra inhabitada,
De todo el mundo olvidada,
Como yerma soledad.*

*Cual la tristeza inefable
Que el hombre siente profunda,
Cuando suena vagabunda
La solemne vibración.
De las fúnebres campanas
Que anuncian lentas, sonoras
Las melancólicas horas
De la nocturna oración.*

Así tú, bello cadáver,
Inspiras al alma mía
Doliente melancolía
Con tu horrificca beldad.
La mente absorta fluctúa
De la nada en el vacío
Y en su cóncavo sombrío
Siente fúnebre ansiedad.

Sin análisis profunda,
Sin lógica ni sistema
Profundiza el gran problema
Que no alcanza la razón —
El más allá de las tumbas
La misión postrer del alma
Que se oscurece en la calma
Del mortuorio panteón.

Cuando contemplo caidos
Tus suaves párpados yertos,
Y tus labios entreabiertos
Con risueña lividez.
Cuando miro tu hermosura
De la luz vital desierta
Por siempre perdida y muerta
Su radiante brillantez.

Mi corazón sus latidos
Suspende por un momento,
Y entonces mi pensamiento
Traspasa la inmensidad.
Pero atónico y pasmado
Retrocede hacia sí mismo,
Porque le espanta el abismo
De la negra eternidad.

Tu belleza indefinible,
Melancólica y doliente
Lastima profundamente
Las fibras del corazón.
Fantasmagórica ejerce
Tanta magia y tal prestigio,
Cual terrífico prodigio
Que fascina la razón.

Yo no sé que analogía,
En tí, cadáver, encuentro
Con el fantástico centro
De mi existencia moral,
Que al verte así me recuerdas
De mi amor las dulces glorias
Que pasaron ilusorias
Con su estruendo musical.

Hermosas, cual tú, nacieron,
Y hermosas, cual tú, brillaron,
Y también, cual tú, murieron,
Y, cual tú, no volverán!
Por eso siento al mirarte
Desolación tan inmensa,
Tan profunda, tan intensa,
Tanta pena, tanto afán...

Creaciones de mis sueños,
Auroras de mis amores,
Aromas, luz y colores
De mis delirios de ayer!
Vírgenes enamoradas,
Por qué me amásteis galanas
Para pasar tan livianas,
Para nunca más volver!

Sobre el féretro sombrío
Doblé por fin mi cabeza
Y vuestra dulce belleza
Cadavérica miré!
Y el solemne de profundis,
El cántico de los muertos
En sonos vagos e inciertos
Por vosotras levanté!

Yo celebré tus exéquias,
Casta virgen de la gloria!
Melancólica memoria
Del primer y último amor!
Y mi acento agonizante
Cruzó lánguido y perdido
Los abismos del olvido,
Los desiertos del dolor!!!

*En las místicas mansiones
Las almas se estremecieron
Y a mis trovas respondieron
En sus fúnebres también.*

*Por sus muertas simpatías
Yo sentí que suspiraban
Y fatídicas me daban
En funesto parabién.*

*Así fugaces
Las glorias pasan,
Así falaces
Las glorias son.*

*Un ay! profundo
Mi pecho lanza,
Que mi esperanza
Muriendo está.*

*Un eco vago
Fugaz retumba
De tumba en tumba
Rodando va.*

*El negro olvido
Tendió sus nieblas,
Quietud, tinieblas...
Tal vez allá!*

*Adiós, amores,
Adiós, memorias,
Oh dulce glorias,
Adiós! Adiós!*

*Cual se evapora el rocío
Que brilla sobre las flores
A los fúlgidos albores
Del crepúsculo oriental.*

*Cual la esencia que desprenden
De los lirios florecientes,
Los soplos intermitentes
Del vespertino terral.*

*Como el arco de colores
Del iris radiante y pulcro,
Cual blanca luz que un sepulcro
Fosfórica iluminó.
Cual las plácidas delicias
De la primer simpatía,
Cual suavísima armonía
Que a lo lejos onduló.*

*Cual diáfana y blanca nube
Que a la luz de luna llena
Por la atmósfera serena
Se ve rápida cruzar,
Y fantástica se pierde
Por los turbios horizontes,
En las tinieblas de los montes
O en las brumas de la mar.*

*Así fugaz entre sombras,
Rayo de luz peregrino,
Blanco espíritu divino
Proscrito del patrio Eden,
Entre los hombres naciste
Con el alba cristalina,
Y cual ella repentina
Desapareces también!*

*Los vínculos relajaste
De la máquina de arcilla
Para subir donde brilla
La perfecta Santidad.
Quizá vuelves al cariño
De algún alma enamorada
Que llora desconsolada
Por tu angélica beldad.*

*Si fuera así... cuanto envidio
Tu destino bienhadado
Yo que suspiro apartado
Del angel que tanto amé.
Yo que busco los placeres
En los éxtasis del alma,
Yo que ambiciono la palma
Del amor y de la fe.*

*Si el deleite miserable
De la carnal simpatía
Produce tanta alegría,
Tan delirante placer.
Qué serán las efusiones
De los seres más perfectos,
Que serán esos afectos
Que forman de dos un ser!*

*Esas dulces simpatías
Infinitas, inmortales
Armoniosas, ideales
Que llenan la inmensidad.
Eternidades de amores
Que sólo el alma comprende
Cuando en amores la enciende
La excelsa divinidad.*

*Espíritu bienhadado
Pronto cumples tu destierro
En este siglo de hierro
De impiedad y maldición.
Dichoso tú que tan pronto
Retrocedes a tu origen
Con el alma exenta y virgen
De su mortal corrupción.*

*Niño hermoso, nunca olvides
En tu patrio paraíso
La que aquí tanto te quiso,
Madre tierna de tu amor.
Por ti llora infortunada
Por ti sufre noche y día,
Consuela tú su agonía,
Consuela tú su dolor.*

*Cuánto padece una madre
Que ve difunto a su niño!...
Quien conciba su cariño
Comprenderá su aflicción.*

*La ternura de las madres,
La entusiasta idolatría
La instintiva simpatía
La sublime abnegación.*

*Es magnetismo increado
Que en los amores fermenta,
Es el fuego que alimenta
La existencia universal.
Nada existe más sincero
Más entrañable y sublime
Que el dulce beso que imprime
La ternura maternal.*

En este valle de lágrimas
Todo pasa, todo muere:
Pero una madre nos quiere
Cariñosa más y más.
Cuando somos desgraciados,
Aunque ciñamos corona:
Todo al fin nos abandona;
Pero una madre!... ¡jamás!*

*Desciende, pues, de los cielos,
Ángel de luz inocente,
Desciende plácidamente
Cual pacífica ilusión.
Cual fecundiza las flores
Una lluvia de rocío
Disipa tú el duelo impío
Que aflige su corazón.*

*Si consolarla pudieran
Yo inventara dulces nombres,
Pero nosotros los hombres
No sabemos consolar.
Yo no sé porqué nacimos
Con fortuna tan aviesa,
Desde la cuna a la huesa
Nuestro destino es llorar.*

* La Salve

*Por una mano de bronce
En este mundo arrojados,
Sentimos desesperados
Hidrofóbica ansiedad.
Ludibrio de las pasiones
Buscamos mil principios:
Los unos las llaman vicios,
Los otros sublimidad.*

*La miseria de la carne,
La impiedad, el egoísmo
Y el horrible pirronismo
Confunden el bien y el mal.*

*Esa ciencia presuntuosa,
Esa gran filosofía
Destruyó cuanto creía
Nuestra mente celestial.*

*La sociedad orgullosa,
Esa gran familia humana,
Despótica soberana
De la hermosa creación.
Es un monstruo, un amalgama
De ignorancia y de malicia,
De miseria y de codicia,
De indolencia y ambición.*

*Esqueleto de un gigante
Que el vil metal galvaniza...
Convertirse en ruín ceniza
Sin interés la verás!
Eleva sus pensamientos
En tan raquíptica escala
Que los mide y los iguala
Con la regla y el compás.*

*Enfermiza prostituta
Que se nutre con veneno,
Revolcándose en el cieno
Del más sórdido interés.
Disfrazada con las galas
De la belleza ficticia
Exaspera la codicia
De su máscara al través.*

*Ay! del niño candoroso
A quien fascine su pompa
Ay! del niño a quien corrompa
Su capciosa seducción.
Le obceca con sus alhagos
Y con hipócritas mañas
Le carcome las entrañas
Y le seca el corazón.*

*Le sumerge en el letargo
De la más servil inercia,
Sus afecciones comercia,
Las trueca por vil metal.
A su costa le envilece
De los vicios en la charca,
Con nota infame le marca,
Le sella con vil señal.*

*Y por fin cuando le arranca
Cuanto bello poesía
Con imprudente ironía
Le arroja procaz de sí.
Le abandona al desengaño
Y al infierno de sí mismo
En el horror del abismo
De su estéril frenesí.*

*Espíritu bienhadado,
Pronto cumples tu destierro
En este siglo de hierro
De impiedad y maldición.
Dichoso tú que tan pronto
Retrocedes a tu origen
Con el alma exenta y virgen
De su mortal corrupción.*

*Angel de luz, si pudiera
En vez de tierna elegía
Por tu muerte cantaría
Trocás alegres de paz.
Te ofrendara frescas rosas
De aromas fragantes llenas
Y cubriera de azucenas
Tu melancólica faz.*

*Madre tierra, por qué sientes
Tan penoso desconsuelo?
Los espíritus del cielo
No me causan pena a mí.
Si alguna lágrima humea
Por estas mejillas mustias
Me la arrancan tus angustias
No es por él, sino por tí.*

*Pero tú desconsolada
Profundamente suspiras
Y estupefacta le miras
Con frenética avidiez...
Mas porque tan pronto vienen
Con el féretro a llevarle...
Ah! bien haces en besarle,
¡Es la postrera esta vez!*

*Bien haces! porque es tu hijo
Pedazo de tus entrañas...*
No son lágrimas extrañas,
Las de pena tan cruel.
Las tiernas lágrimas curan
Del corazón las heridas,
Después ¡ay! encrudecidas
Fueran eternas en él.*

*No seré yo quien sofoque
La expansión del sentimiento;
Tu infortunio acerbo siento
Pero tus lágrimas no.
Porque el llanto, sólo el llanto
Remediará tu dolencia...
Quién tendrá más experiencia!
Quién lo sabrá como yo!*

**A SU MAJESTAD
LA REINA DE ESPAÑA
DOÑA ISABEL II**

Con motivo de haber sido declarada mayor de
edad por las Cortes del año 1844.

Fragmento

*Pasaron por fortuna
Las horas tenebrosas
De guerra fatricida
De aciaga destrucción.
Cesaron los sonidos
Marciales de las trompas
Los broncos estampidos
Los rayos del cañón.*

Pasaron las borrascas

*De sangre y exterminio
Que bárbaras tronaron
En Huesca y Arlaban,
Lanzando ensangrentadas
Cadáveres y escombros
Cual hojas desprendidas
Que arrastra el huracán.*

*Cedieron noblemente
Los déspotas del Norte,
Huyeron indomables*

* Cervantes

*Los hijos de Aragón.
Y en toda la Península
Cual símbolo glorioso,
Pacífico y triunfante
Tremola tu perdón.*

*Los votos espontáneos
Del pueblo omnipotente
Te exaltan de cien Reyes
Al ínclito dosel.
Las almas generosas
Te ensalzan y te ofrendan.
Olivas y coronas
De mirto y de laurel.*

*Bien hayas reina hermosa!
La eterna Providencia
Te dé constantemente
Salud y bendición!
El genio de los siglos
Profético te infunda
Sublimes pensamientos
En sabia inspiración.*

*Dios quiera que no olvides
Los votos de los pueblos
Que unánimes te exaltan,
Magnífica Isabel.
Dios quiera que repose
Pacífica y gloriosa
Debajo de la sombra
De espléndido laurel.*

*Acaso te sorprendan
Los férvidos arranques
Del fiero patriotismo
Que abrasa mis entrañas
Ardientes como el Sol.*

*Mas nunca en tus oídos
Más sinceros sonaron
Acentos de un arranque
Tan puro y espontáneo
Tan libre y español.*

*Desdeña los ejemplos
De Reinas corrompidas
Que truecan ese alcazar
En sórdido burdel.
Desdeña los ejemplos
De Reinas y tribunos
Que gastan nuestros bienes
En Francia* y en Argel.***

*Ahuyenta esa bandada
De buitres nauseabundos
Que hambrientos olfatean
La pútrida ración!
Confunde esa caterva
De hidrópicos vampiros
Que chupan nuestra sangre
Y humillan la nación!*

*Levanta ese coloso
Soberbio en su infortunio,
Que aun sueña con sus glorias
De inmensa excelsitud.
Anima el esqueleto
La momia del gigante,
Infúndele esperanza
Vigor y juventud.*

*Mas ah! yo bien conozco
Que casi es imposible
Volverle su grandeza
Perínclita cual fue.
Conozco que esos hombres,*

* La Reina María Cristina ha comprado en París magníficos palacios y los ha amueblado con magnificencia escandalosa.

** Mendizabal, el célebre dramaturgo, fomentó en Argel grandes establecimientos agrícolas, con la santísima intención, sin duda, de proteger la industria de su patria.

*Abyectos sibaritas
Sacriligos perdieron
La vida de la fe.*

*Mas ¡viva la esperanza!
Que aun radia en esos climas,
Un Sol resplandeciente
Con luz meridional.
Aun radia fulgurante
Vertiendo en nuestras almas
De grandes sentimientos
El germen inmortal.*

*Aún tienen nuestros campos
Bañados de cien ríos
Riquísima hermosura,
Feraz vegetación.
Aún bañan nuestras costas
Dos piélagos profundos
Que llevan nuestras aves
De Oriente al Occidente*

Del Sur al Septentrión.

*Dios quiera que no olvides
Los votos de los pueblos
Que unánimes te exaltan
Magnífica Isabel.
Dios quiera que repose
Pacífica y gloriosa
Debajo de la sombra
De espléndido laurel.*

*Jamás! Jamás! desmayes,
No pierdas la esperanza...
Si tienes alma grande,
Grandiosa es tu misión!
El genio de los siglos
Profético te infunda
Sublimes pensamientos
En sabia inspiración!*

Villa—Clara

Al retrato de J.A.T.

*Lámpara triste, cariñoso guía
En la noche medrosa del olvido,
Cara reliquia de mi amor perdido,
Náufraga sombra de la hermosa mía.*

*Por más que luche la desgracia impía
Siempre en mi pecho vivirás querido
Hasta que lance mi postrer gemido,
De mi existencia en el postrero día.*

*Cuando el polvo del sepulcro frío
Inmóvil yazga descarnado y muerto,
Y allá en mi cráneo cóncavo y sombrío,*

*Bullan gusanos en rumor incierto,
¡¡ ¡Av! que será de tí, consuelo mío,
Junto a un cadáver asqueroso y yerto!!!*

Al cumpleaños de...

*Atrás! hipócritas glorias,
Dejadme calmar mis dudas
Con los plácidos consuelos
Del amor y la amistad.*

*Si canta el vate inspirado
Los combates de la guerra
Que de orfandad y de lágrimas
Y de luto al orbe llenan.
Si describe como ruge
La furibunda tormenta
Que en los espacios inmensos
Sus furores desenfrena.
Si nos pinta de los mares
La borrasca turbulenta
Hondamente conmovidos
Desde el fondo de la arena
Hasta el alta superficie
Ondulante y verdinegra:
Si mil asuntos sombríos
Canta en fin con notas nuevas,
Y le escuchan los mortales
Con admiración atenta,
Y obtiene gloriosos lauros,
Honosres y prez eterna,
Y su nombre por los siglos
La fama en su trompa llena:
¿No habrá quien mi voz escuche
Cuando al natal de una bella
Me afano por entonar
Una alegre centinela,
Cuando quiero tributarla
De mi cariño en ofrenda
Un presente, una oblación
De pura amistad sincera?—
Al oír mi acento rudo
Que broncamente resuena,
Pues le empaña el infortunio
Y le quebranta la pena:
Al mirar mi pobre lira
Rotas ¡ay! sus dulces cuerdas,
En el polvo abandonada
Sin tonos y sin cadencias,*

*Pareceme asaz difícil
Y mi intención titubea;
Mas cuando tiendo la vista
Al puro azul de la esfera
Y miro ya confundirse
El brillar de las estrellas
Y en el confín del oriente
Disipadas y dispersas
De la noche pavorosa
La confusión y tinieblas,
Y los rayos luminosos
De la universal lumbrera
Decorar del firmamento
La concavidad inmensa
Con vivísimos matices
De purísima belleza:
Cuando escucho de las aves
Las suavísimas cadencias;
Cuando miro de las fuentes
Las limpias aguas serenas
Mansamente deslizarse
Entre doradas arenas:
Cuando aliento de las brisas
Las balsámicas esencias
Que les brindan las corolas
De las blancas azucenas:
Cuando absorto y admirado
Contemplo la pompa espléndida
Que en los valles y en los montes,
Y en los cielos y en la tierra
En grandiosa perspectiva
De consuno el orbe ostenta,
Mi corazón se engrandece
Y un sentimiento me afecta
Dulce, puro y espontáneo
Nacido de causa ingénita.
El entusiasmo del alma
La levanta de la tierra*

A las regiones del eter
Que surcan del Sol las ruedas,
Y mi espíritu, lanzado
En fantástica carrera,
Una visión deliciosa
En vagos delirios crea. —
Me parece que te veo
Dichosa virgen angélica
Suspendida en una nube
De peregrina belleza
A la sombra de las alas
Del ángel de la inocencia. —
Allí te contemplo, allí,
De la vida blanca estrella
Con la frente circundada
De tu virginal diadema,
Más hermosa que los rayos
De la Luna que rielan
En la limpia superficie
De las aguas más serenas. —
Allí te contemplo, allí,
Leve, mágica y risueña
Cual la idea de la gloria
Que acaricia los poetas,
Cual la imagen amorosa
Inextinguible y eterna
Que en el fondo de mi alma
Adorable se conserva,
Ilusión de mis amores
Y centro de mi existencia:
Allí te contemplo, allí,
Lánguida, inefable, aérea
Exhalando en tus suspiros
Aromáticas esencias,
Llena de luz y hermosura,
De amores y gracias llena...
Cuan rica naciste al mundo
En virtudes y en pureza!
Ah mil veces bienhechado
El mortal que te posea!
Venturosa! tú no sabes
Los dolores y las penas
Que corroen a las almas
Que a las pasiones se entregan.
Y nunca, nunca, mujer!

Por tu desgracia lo sepas,
Yo tengo gloria en tu dicha,
Preciosísima sirena
Apacibles se deslicen
Las horas de tu existencia
Cual arroyo cristalino
Que entre flores serpentea.
Ojalá que siempre el Sol
Mientras gire por la esfera
Ilumine los espacios
Del cielo de tu belleza
Ojalá te preste el mundo
Las glorias que tú deseas
Y pacíficos amores
Y mil bienes y mil fiestas.
Ojalá que Dios bendiga
Esos ojos de gacela,
Y ese talle, y esos labios
Con que cantas y embelesas!
Y ojalá que siempre así
Con sus cendales te envuelva
Y te cubra con sus alas
El ángel de la inocencia!
Es la inocencia del alma
De la ventura gemela,
Es un sueño en la esperanza
De las glorias sempiternas,
Ay de ti! Si de este sueño
El huracán te despierta!
¡Ay! entonces tus encantos,
Tu dulzura ¿qué se hicieran?
Breves primicias del alma,
Tiernas flores ay! cayeran
Al soplar del cierzo impío
Amarillas, mustias, secas!
Mas prosigue venturosa,
Hermosa niña, no temas,
Porque tú bajaste al mundo
Con harto feliz estrella
Sé dichosa, por fortuna
El genio del bien te vela,
Y disipa con sus alas
Las horribas tormentas
Que arrancan del corazón
Las flores de la inocencia.

A la niña de diez meses R.C. y Un Recuerdo a J.A.T.

Bien hayas, niña inocente
Llena de paz y alegría,
Los votos del alma mía
Te dan mil veces salud.

Permite que en blanda trova
Te consagre un pensamiento
Al son vago y soñoliento
De mi fúnebre laud.

Mis ojos están cansados,
Mi garganta seca y ronca,
Como el simún que destronca
Las palmas hecho un volcán.
En mi frente la memoria
Se agita cual la balumba
Que en los espacios retumba
Con la voz del huracán.

De mi cántico el acento
Vibra informe, extraño y hueco,
Cual ciprés crujiendo y seco
Que derrumba el aguilon.
Pero tú a cantar me inspiras
Armonizando los sonos
Y las hondas vibraciones
Del harpa del corazón.

Tú me darás melodías
Unción profética y magia
Cual las glorias que presagia
La mente del trovador.
Y bellas serán mis trovas
Cual músicas prodigiosas
Que en noches de luna hermosas
Los mundos llenan de amor.

¡Qué alegre estás! dulce maga,
Velos de luz apacibles,
De contornos invisibles
Envuelven tu blanca faz.
¡Qué hermosa estás! en tus ojos
Radiante brilla la idea
De un mundo que el bardo crea

Soñando en noches de paz

Yo no sé que sentimiento
Profundamente me afecta
Al ver la gracia perfecta
De tu angélica beldad.

En óptico panorama
Se presenta a mi memoria
De la niñez transitoria
La inmensa prosperidad.

Verde y pacífica oasis,
Permite que un peregrino
Que fatigó el torbellino
Se recline junto a ti

Permíteme que a la sombra
De tus árboles me aduerma,
Porque pueda el alma enferma
Descansar en paz aquí.

A la orilla de tus fuentes
Necesito recostarme,
Y en vago insomnio olvidarme
De mi terrible inquietud.

Porque tú con tus aromas,
Con tus frutas y tus auras
Del caminante restauras
La cansada juventud.

De tus aguas cristalinas
En la plácida corriente
Hundiré mi roja frente
Con hidrópica ansiedad.

Y después que al fin apague
El volcán que me atormenta,
En languidez soñolienta
Cantaré mi soledad.

No te sorprenda mi trova
Por triste y flébil que sea,
¡Si comprendieras la idea
Que al verte me hace llorar!
Mas ¡ay! dejaré mi llanto

Para llorar cuando llores,
Cuando entiendas, mis dolores
Y concibas mi pesar.

Yo tuve lejos, muy lejos
En otra tierra apartada,
Una pasión desgraciada,
Una ilusión inmortal.

Era un mundo, era un poema,
La concebí siendo niño,
Cuando gozaba el cariño
Que tu gozas, maternal.

Al despertar de los sueños
De la dichosa inocencia
Cuando sintió mi existencia
Por vez primera ansiedad.
Era tan grata y tan bella!
Era luz y melodía,
Colores y poesía,
Religión, virginidad.

Mas pasó con sus delicias
En su casta florecencia
Sin dejarme la conciencia
De su ansiada plenitud.
Cual desmaya en los desiertos
La solitaria viola
Al desplegar su corola
Colmada de juventud.

Pero ya que aquí conservo
Sus despojos insepultos,
Y les doy solemnes cultos
En funeral abstracción,
Qué mucho que yo ambicione
Tener con formas de niño
De tan íntimo cariño
Viviente recordación!

Qué mucho que yo suspire,
Por consuelo a mi fortuna,
Que fueras tú blanca luna
De las noches del dolor.
Entonces, hada inocente,

Melancólica alegría
Las penas consolaría
De mi fatídico amor.

Si fueras tú, niña hermosa,
Esa memoria del cielo
Esa prenda, ese consuelo
Si fueras ¡oh niña! tú.

Si fueras junto de mi amor perdido,
Hija de aquella que recuerdo ahora,
Tu luz rasgará del profundo olvido
Las torvas nieblas, inmortal aurora.

Tú de mis sueños realidad palpable,
Tú tan alegre, tan feliz, tan pura...
Ay! en la vida tanto bien no es dable,
No es de los hombres tan cabal ventura.

Yo contemplara tu dormir sereno,
Y al despertar después te besaría,
Yo con mi seno paternal tu seno
Muriendo de placer estrecharía.

Yo de ternura cariñosa lleno
¡Oh! Hija de mi amor! exclamaría...
Vínculo santo, comunión dichosa
Del padre esposo con la madre esposa.

Mi mente se exalta inquieta
Al oír tan dulces nombres...
¡Oh! no dudes que el poeta
Cuando toma su paleta
Es algo más que los hombres.

Gloriosa prosperidad
De amor inmensa ambición!
Quién comprende esta ansiedad,
Esta eterna tempestad
De mi ardiente corazón?

Quién a sujetar alcanza
El furor del torbellino

*Que al porvenir se abalanza
Con indómita pujanza,
Con inflexible destino?*

*Huracanes turbulentos,
No sucumbo en mi destierro...
Vuestros choques son violentos,
Mas tienen mis sentimientos
Una constancia de hierro.*

*Si a veces furtivamente
Otras pasiones bastardas
Se revelan en mi mente
Con la apariencia esplendente
De reales y gallardas,*

*Y si el alma al contemplar
Su risueña aparición
Llega tal vez a dudar
No deja de suspirar
Siempre fiel mi corazón.*

*Porque es la pena mayor
El más horrible dolor
Que mi pensamiento alcanza
Ay! vivir sin ese amor,
Ay! perder esa esperanza.*

*Esa esperanza de gloria
Vive Dios! nunca la pierdo
Por más que fuere ilusoria
Mientras viva en mi memoria
De mi infancia algún recuerdo.*

*Pasad, delirios, pasad,
En sublime confusión,
No irriteis esta ansiedad
De inmensa felicidad
Que siente mi corazón.*

*En torbellino violento
Se agita mi fantasía
Cual turbión que arrastra el viento
Retronando turbulento
Por la atmósfera sombría...*

*Entretanto, hermosa maga,
Qué envidiable es tu quietud!
Al verte en mí se propaga
Una idea incierta y vaga
De amor, de paz y virtud.*

*Ven a mis brazos, hermosa,
Ven, y deja que delire,
Permite naciente rosa
Que tu esencia deliciosa
Por un momento respire.*

*En tus ojos y en tu frente,
Tronos de luz e inocencia,
Fijaré mi afán ardiente,
Por sorprender en tu mente
Algún bien a mi existencia.*

*Risueña luz de alegría
Tu blanca paz ilumina,
Y la suave melodía
Dulces efluvios te envía
De tu música divina.*

*Cariñosos y alhagüenos
Los espíritus del bien,
Porque te alhagüen los sueños
Con sus lánguidos beleños
Empapan tu blanda sien.*

*Y entonces del fango vil
Se desprende tu alma virgen
Y en dando vuelo sutil,
Salvando regiones mil
Vuelves dichosa a su origen.*

*Y átomo de luz viviente
Que cruza la inmensidad,
Comprendes perfectamente
La gran máquina esplendente
Que abortó la eternidad.*

*Y probando de la ciencia
Del ser que engendra los seres,
Te revela tu conciencia
La misión de tu existencia*

Y al menos sabes quien eres.

*Y espíritu radiante y puro,
Ves cual giran velozmente
Lo pasado y lo futuro,
Gigante círculo oscuro
Cuyo centro es lo presente.*

*Y en grandes revoluciones,
En sucesión inmortal,
Contemplas generaciones,
A millones de millones
En vértigo perennal.*

*Y ves a tus plantas en rápido giro
Rodar mil planetas, mil astros y mil
Que en cóncavo espacio de bello záfiro
Con zonas argentan de lumbre sutil.*

*Y diáfanos mares de leche muy pura
Con islas que ondulan en lento vaivén
Y niños vestidos de luz y hermosura
De lejos tus ojos estáticos ven.*

*Y lunas dormidas
En cielos azules
Que en lagos reflejan
De pura esmeralda
Y hadas aéreas
Vestidas de tules
Con vivas estrellas
De luz por guirnalda.*

*Y campos pintados
De nítidas flores
Do brotan fecundas
Mil fuentes de plata,
Con líquidas linfas
De bellos colores,
Formando murmurios
De música grata.*

*Y en suave colina
Que al lejos se pierde
Mil cedros gigantes*

*Mil palmas altivas,
Gloriosos laureles
De copa muy verde
Naranjos, nopales,
Y tilos y olivas.*

*Magníficos pinos
Y al par sicomoros
Gayombas floridas,
Y bellas magnolias
Do pulsán los genios
Del canto sonoros,
Las cítaras suaves,
Las arpas eolias.*

*Y en otro apartado
Secreto retiro
Que envuelve en cien velos
Pacífica sombra
Más dulces, más suaves
Que amante suspiro
Contemplas las hadas
En mágica alfombra.*

*Y escuchas entonces
De gozo suspensa
Las músicas santas
Que en trépido son
Atruenan vibrando
La bóveda inmensa
De aquella esplendente
Dichosa región.*

*Aunque conciba el mortal
Ese deleite profundo,
Se explica niña muy mal
Lo sublimes y lo ideal
Con imágenes del mundo.*

*Nosotros en esta feria
Que torpes llamamos vida
Y es vil cárcel de miseria
El alma con la materia
Tenemos ya confundida.*

*Y el origen olvidamos
De donde al mundo venimos,
Y por más que meditamos
No sabemos donde vamos
Cuando al cabo nos morimos.*

*Que inflama rije y limita
En armoniosa igualdad
A todo cuanto se agita
En la región infinita
De su bella inmensidad.*

*Tal vez tú, niña, inocente
Que no comprendes las letras,
Por instinto solamente
El misterio sorprendente
De la existencia penetras.*

*Tal vez tú, si hablar pudieras,
Misteriosas profecías
De otros mundos nos dijeras
Y esperanzas lisonjeras,
Y futuras alegrías.*

*Quien sabe si en tu memoria,
Que no empaña negro olvido,
Conservas, virgen, la historia
Del paraíso de gloria
Que los hombres han perdido.*

*Cuantos grandiosos arcanos
Alcanzará tu razón
Que no comprenden, enanos,
Esos filósofos vanos
En tenaz lucubración.*

*Quizá sabes mi destino
Cuando cadáver sucumba,
Cuando en fin, el peregrino
Finalice su camino
Sobre el umbral de la tumba.*

*Este vago pensamiento
Que suspende el alma mía
Es quizá del sentimiento*

*El vapor calenturiento
Que inflama mi fantasía.*

*Armónicas vibraciones
De un corazón moribundo
Que al perder sus ilusiones
En quiméricas regiones
Soñando busca otro mundo.*

*Confuso y flébil lamento,
Melancólica plegaria
Que al manso compás del viento
Va cruzando el firmamento
Gemebunda y solitaria!*

*Mas tú no entiendes ahora
Del infortunio los gritos
Porque oh niña encantadora,
Donde tu inocencia mora
Los bienes son infinitos.*

*Pero ya vendrá algún día
En que entiendas aunque mal
Esta misera agonía
Que destruye el alma mía
Con dolor tan infernal.*

*Y acaso sensible viertas
Alguna lágrima pura
Cuando medites y adviertas
Estas memorias ya muertas
De mi amarga desventura.*

*¿Dónde entonces vagará
Tu desgraciado cantor?
¿Acaso feliz será
De la tumba más allá
Con romántico amor?*

*Tras ese azul suspendida
Dicen hay otra morada
A las almas prometida
Cuando acaban de la vida
La fatigosa jornada.*

*¿Quién sabe?... tal vez allá
En unión eterna moran
Los espíritus que aquí
Desgraciados ¡ay de mí!
Sin poder unirse lloran!*

UNA NOCHE TEMPESTUOSA EN EL OCEANO.

*Adiós hermosa Cuba! me alejo de tus playas
Temblando de esperanza, de júbilo y placer,
Con todo, al despedirme, magnífica esmeralda,
Dulcísimos afectos me inspiras esta vez.*

*El Sol hundi6 su frente detrás del horizonte,
Tambi6n el grupo inmenso de nubes que incendi6,
Los p6jaros marinos anuncian la tormenta,
Tambi6n estremecido la anuncia el coraz6n.*

*La b6veda inmensa del cielo gigante
Descansa en las ondas rugientes del mar,
Y un c6rculo vago, lejano y flotante
Los ojos en otro contempla no m6s.*

*Domina la noche, del mar turbulento
Los broncos rugidos redoblan su horror,
Retumban los truenos, rebraman los vientos,
Y es todo tinieblas, tristeza y pavor.*

*Apenas de lejos se ve el horizonte
Que aborta de nubes negruzco mont6n;
Semeja entre sombras fant6stico monte
Lanzando volcanes en honda explosi6n.*

*Cual se oye el estruendo, veloz tremebundo
Del viento y las ondas al rudo chocar,
Parece que estallan los ejes del mundo,
Parece que revientan los senos del mar.*

*Mil rayos ardientes en ronco estampido
Las nubes rasgando se ven fulgurar.
Parece que incendian el monte tupido
Que ci6ne del cielo la c6ncava faz.*

*Y a sus humeantes y opacos reflejos
Las raudas balumbas más negras se ven;
Informes nublados se ven a lo lejos,
Hirvientes montañas de cerca también.*

*Misterio terrible de negras tormentas
Fatídico monstruo, fantasma infernal,
¿Pretenden soberbias tus furias violentas
El globo terráqueo tal vez trastornar?*

*Engendro espantoso, ¿qué genios malditos
Dirigen tu vuelo crujiendo y veloz?
¿Por qué tus rugidos y fúnebres gritos
Conmueven tronando la hueca región?*

*¿Qué instinto obedeces, siniestro gigante,
Feroz amalgama del viento y del mar?
¿Pretendes surgiendo con brazo pujante
De allá del Empíreo los astros lanzar...?*

*Dragón formidable de fuego y de nieblas
Bramando el infierno tu esencia engendró,
Tus raudas miradas incendian las nieblas,
Tu acento profundo fugaz retumbó.*

*Tu soplo conmueve las ondas violentas,
Tus ojos fulminan mil rayos y mil,
Tu manto espantoso de negras tormentas
Andaz suspendiste del alto zénit.*

*Rodad sobre mi frente borrascas tormentosas,
Contrarios elementos frenéticos chocad,
Mi espíritu se inflama rodando en las balumbas
Que lanza turbulenta la negra eternidad.*

*Catástrofes inmensas! terribles desconciertos!
Mi ser se transfigura, revienta el corazón.
Al trueno repentino que rueda en los desiertos
Al soplo que trastorna la inmensa creación.*

*El vértigo infinito rozó con mis cabellos,
Mis ojos en los cielos inmóviles están,
También en mis entrañas retumba un torbellino,
También en mi cabeza rebrama un huracán!*

*Andaz he contemplado magníficas escenas
Cruzando mil abismos en mística absorción,
Mas nunca en mi conciencia tan férvida he sentido
Tu fiebre incomprensible, soberbia inspiración.*

*Recuerdos de la tierra, pasad rápidamente,
Letárgicos vapores del bátratro infernal,
Pesais en la memoria, cual vil remordimiento
Que punza la conciencia de un alma criminal.*

*Me alegra de los truenos el cóncavo estampido,
Me alegra de los mares el hórrido fragor,
Me gusta palpitando mirar este desorden,
De rayos y centellas al cárdeno fulgor.*

*El númen eterno mi espíritu inflama,
Y siento! Ya siento! La enérgica llama
Ya brilla radiante la luz oriental.
Rompí con mis brazos la férrea coyunda.
El vértigo inmenso mi frente circunda,
Ya sorbe mi aliento la tromba inmortal.*

*¡Oh patria de los genios! espíritu infinito,
Principio indestructible de luz y majestad!
Cuan grande te comprendo, con cuanta fe te adoro!
Salud del pensamiento! Sublime libertad!*

*Rodando en el consorcio de sed corrompidos
Cual pérfida estrategia del hombre te miré;
Los grandes! los más grandes... también te profanaban,
Por eso te maldije, por eso blasfemé.*

*Los hombres mezquinos no entienden tu ciencia:
¡Qué saben los pueblos lo que es libertad!
Autómatas siguen sus ciegas pasiones,
Blasfemos ultrajan tu gran majestad.*

*Virtud de mi existencia! Carísimo amor mío!
También aquí te adoro, dulcísima ilusión!
Estás a mi esperanza tan tiernamente unida
Que siempre al recordarte suspira el corazón.*

*Después de tantas horas de mísero abandono,
Después de tantas horas de tanto padecer,*

*Mis ojos necesitan la luz de la hermosura,
Sediento estoy de amores! Sediento de placer!*

*En todo cuanto existe fantástico y glorioso
Te busca el pensamiento, te encuentra el corazón!
Levántate, alma mía! levántate amorosa!
Salud! Bendito seas! Seráfica ilusión!*

*En todo cuanto existe magnífico y eterno
Contemplo cariñosa tu mística beldad;
Sensiblemente unidos exaltan mi existencia
Dos grandes pensamientos— tu amor, la eternidad!*

*No puede ser estéril tan vívida esperanza
No puede ser eterno tan íntimo sufrir!
Mujer! Si tú desdeñas seis años de martirio
No tengo otro consuelo más dulce que morir!*

*Después de tantos años no sé si tú conservas
La sincera ternura que un tiempo te inspiré...
¡Quién sabe si ese mundo también ha corrompido
La espléndida belleza que atónito adoré!*

*Maléfica serpiente, tu aliento me emponzoña,
Me rasgas las entrañas, mortífero escorpión!
Espectro ensangrentado, demonio de la duda
¡Atrás! yo te conjuro, satánica visión.*

*Flamíjeros planetas, girad desenfrenados
Las órbitas eternas, excéntricos salvad,
Y al ímpetu sublime rodando en los espacios
Planetas con planetas concéntricos chocad.*

*Quien sabe si al encuentro de estrellas con estrellas
Un rayo tan sublime comience a refulgir
Que rasge las tinieblas del pobre pensamiento
Y alumbre los abismos del negro porvenir!*

*Chocad horriblemente contrarios elementos
Me gusta contemplaros en férvida absorción,
Me gustan de los rayos los círculos de fuego,
Me gusta de las truenos la cóncava explosión.*

*Mi frente se inflama, mi pecho revienta
Ya siento! Ya siento! la eterna tormenta,
Ya escucho tronando la voz inmortal.*

*Ya miro en los cielos del mártir la palma,
Por fin os comprendo, misterios del alma,
Por fin sucumbisteis, principios del mal.*

A bordo del Bergatin, Correo de La Habana,
No. 3, Octubre 1844.

Las Flores del Desierto, se terminó de imprimir en el mes de setiembre de 1982, en los Talleres de SAGSA, – Av. Petit Thouars 1440, Lince.